

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO XIX NUMERO 940

1 DE ENERO DE 1900



MONTANER
Y SIMON
EDITORES.
BARCELONA

LA ILUSTRACIÓN

Artística

AÑO XIX
número 240
1 de enero de 1900

SUMARIO

La Clavariesa, cuadro de costumbres valencianas, por Andrés Miralles, ilustraciones de Fernando Cabrera. — *El guarda del monte*, por Jacinto Octavio Picón, ilustraciones de Méndez Bringa. — *La venganza del cachorro*, cuento japonés traducido por Angel R. Chaves, ilustraciones copiadas de originales japoneses. — *El tres de nueve*, cuadro de costumbres catalanas, por J. Tomás Salvany, ilustraciones de José Luis Pellicer. — *Una colegialada*, tradición peruana, por Ricardo Palma, ilustración de Apeles Mesures. — *En el valle de Pas*, cuadro de costumbres montañesas, por Kasabal, ilustración de Mariano Pedrero. — *La puerta negra y la puerta azul*, cuento, por D. José de Echegaray, ilustraciones de José Triadó. — *El molino*, cuadro de costumbres gallegas, por Emilia Pardo Bazán, ilustraciones de Angel Huertas. — *Sidi Messaúd*, leyenda marroquí, por Felipe Rizzo,

ilustraciones de A. Parladé. — *La última jota*, cuento aragonés, por Eusebio Blasco, ilustraciones de Méndez Bringa. — *La palabra de Farrán*, narración andaluza, por M. Martínez Barrionuevo, ilustraciones de J. García Ramos. — *Las adivinas de Calquin Leuví*, recuerdos de la frontera argentina, por E. S. Zeballos, ilustraciones de B. Gili y Roig. — *El pez tonto castigado*, cuento japonés traducido por A. Sánchez Ramón, ilustraciones copiadas de originales japoneses. — *Los ratones y su hijita* (fábula), por A.



ADVERTENCIA

Siguiendo la costumbre de todos los años, inauguramos la serie de 1900 con el presente número que bajo todos conceptos merece llamarse extraordinario.

En él hemos reunido una colección de narraciones populares de varias regiones españolas, con las cuales alternan algunas de otros países, que dan idea del modo de ser y de sentir de unas y otros, presentado en forma de cuento, tradición ó leyenda de asunto siempre interesante.

Los originales literarios y los dibujos que los ilustran llevan las firmas de nuestros primeros escritores y artistas, cuyos nombres son por sí solos la mejor garantía de la bondad de los trabajos que les hemos encomendado y la prueba más patente del empeño que hemos puesto en que el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA sea verdaderamente notable.

Esto, unido á las condiciones materiales de este número, es la mejor demostración del modo como procuramos corresponder al favor constante que el público nos dispensa, favor que es la mejor recompensa de nuestros esfuerzos, y á la vez el mayor estímulo para que no cesemos en nuestros propósitos de mantener siempre LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA á la altura de los mejores periódicos de su índole.

Otra prueba de ello la tienen nuestros suscriptores en la novedad que en la serie del año 1900 de EL SALÓN DE LA MODA introducimos: consiste ésta, como podrán ver nuestros lectores en el número de dicho periódico que con el presente se reparte, en la publicación de un *Tratado general de corte* verdaderamente práctico que comprenderá tres partes: una para los trajes de las personas adultas, otra para los vestidos de niños y otra para las canastillas de los *bebés*, en todas las cuales se explican clara y sencillamente los procedimientos para cortar y confeccionar con poco coste y gran perfección las principales prendas de vestir para todas las edades, así como para aprovechar telas, forros, adornos, etc., ya usados. El *Tratado general de corte* va ilustrado con profusión de grabados y lo publicamos en forma tal que las dos páginas que le dedicaremos en cada número de EL SALÓN DE LA MODA podrán separarse fácilmente del cuerpo del periódico y aun encuadernarse formando un tomo de gran interés para las madres de familia laboriosas y económicas.

LOS EDITORES



LA

4C 3

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

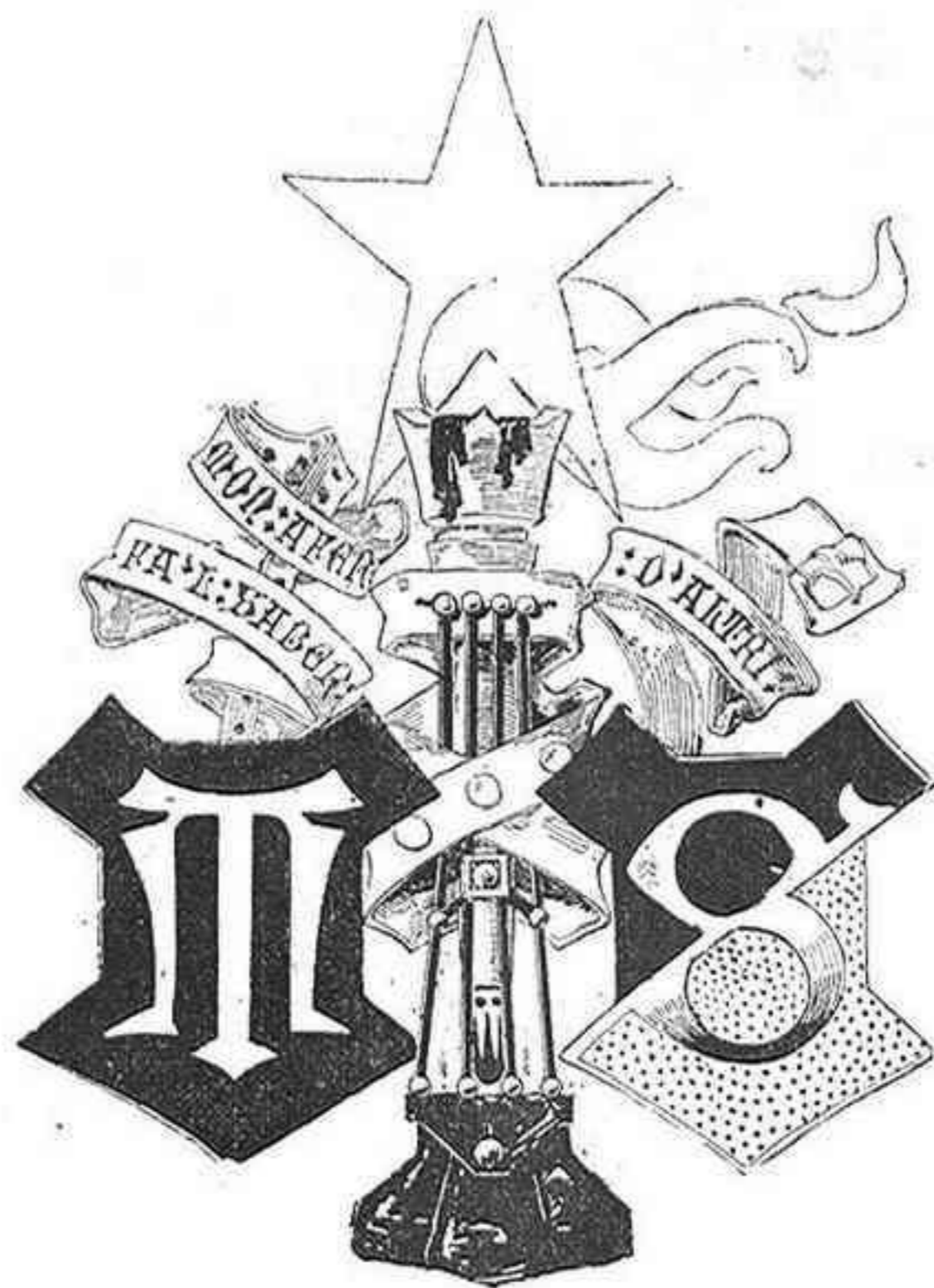
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XIX.—AÑO 1900

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1900

FOR A BETTER FUTURE

THE NATIONAL ANTI-CORRUPTION COMMISSION

FOR A BETTER FUTURE

2006

ROSELLÓ (D. Jerónimo), 322.
 ROSTHORN (austriaco), 534.
 RUSKIN (Juan), 98.
 SALVAGO-RAGGI (marqués, italiano), 534.
 SAN ADRIÁN (marqués de), 521.
 SAYMAN (El general boer), 246.
 SEGANTINI (Juan), 779.
 SOLER Y ROVIROSA (Francisco), 799.
 SOMAY (P. S.), 285.
 SOROLLA (Joaquín), 427.
 STEVENS (Alfredo), 667.
 TANG TZE TUNG, 830.
 UN ACTOR JAPONÉS, 620.
 URIARTE (Carmelo de), 838.
 VÍCTOR MANUEL III, nuevo rey de Italia, 540.
 VILLEBOIS MAREUIL (El coronel conde de), 146.
 VILLIERS (Jorge), duque de Buckingham, 569.
 VOLLON (Antonio), 610.
 WALDERSEE (conde de), 562.
 WALTHER (Clara), 834.
 WARREN (general Sir Carlos), 110.
 WILLIAMS (Jorge), 438.
 WOODGATE (general E. R. P.), 110.
 ZEPPELIN (Fernando), 646.
 ZMURKO (Francisco), 379.

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

Aplicación de la electricidad en la explotación de minas, cuatro grabados, págs. 325 y 326.
 Barcelona. -- Vistas de la Exposición fabril artística «Singer» y del antiguo despacho y oficinas de la sucursal, dos grabados, 774.
 Buques sorprendidos por la nieve en el puerto de Novorossisk, cuatro grabados, 157.
 Carolinas Occidentales. -- Isla de Langar, cinco grabados, 382 y 383. -- Isla de Yap, diecisiete grabados, 396, 397, 635, 636 y 637.
 Carolinas Orientales. -- La colonia de Ponapé, siete grabados, 332 y 333. -- Isla de Ponapé. -- Isla de Choca's, nueve grabados, 348 y 349. -- Isla de Ponapé. -- Ranchería de Aguak y Kamar, seis grabados, 368, 369 y 370.
 Congreso ibero-americano. -- Grupo de congresistas, 767. -- Te en la presidencia del Consejo de Ministros, 770.
 Corona dedicada al rey de Italia Humberto I. 706.
 Costa oriental de Africa, siete grabados, 443, 444 y 445.
 El acuario de agua de mar en la Exposición de París, dos grabados, 726 y 727.
 El cuerpo diplomático de Pekín. -- El Tsungli-Yamen. Ministerio de Negocios extranjeros de Pekín, 534.
 El eclipse del día 28 de mayo de 1900, cuatro grabados, 374 y 375.
 El gigante español Arrudi, 134.
 El globo dirigible «Zeppelin», cuatro grabados, 646.
 El palacio de Monza, 542.

El perspector mecánico, tres grabados, 198.
 Escena del drama argentino *Juan Moreira*, representado por la compañía de Juan G. Podestá, 290.
 Estados Unidos. -- La ciudad de Galveston, destruida por un incendio, 648.
 Ferrocarril aéreo de Barmen á Elberfeld-Vohwinkel, cuatro grabados, 821 y 822.
 Ferrocarril de la Jungfrau, tres grabados, 582.
 Fuentes de Versalles, once grabados, 651, 652, 653 y 654.
 Francisco Zmurko en su taller, 379.
 Gran Canaria. -- La Atalaya. Una industria primitiva, tres grabados, 409.
 Habitación donde murió Juan Segantini, 780.
 Himno nacional transvaalense, 127.
 Inauguración de la cruz erigida en el monte Vesubio, 530.
 Isla de Capri (Italia). -- El arco natural, 422.
 Islas Filipinas. -- Manila. Barrio de la Hermita. -- Indígena del Norte de Luzón. -- Prisioneros filipinos. -- Calzada del general Solano, 414 y 415. -- A orillas del río Pasig. -- El río denominado de Mariquina. -- Chino fumador de *ambón*. -- Soldado filipino. -- Monumento á Magallanes, 429 y 430. -- Isla de Luzón, cuatro grabados, 518 y 519. -- Manila. El Matadero. -- Capilla del cementerio de Binondo. -- Puertas del cementerio de Binondo, 550 y 551. -- Isla de Luzón. Provincia de la Laguna, dos grabados, 566 y 567.
 Islas Marianas. -- Saipán, diez grabados, 571, 572 y 573. -- Isla de Guam, once grabados, 678, 694, 710 y 711.
 Kimberley. -- Palacio del gobernador general. -- Minas de diamantes, 54.
 La araña sericígena de Madagascar, tres grabados, 806.
 La Coruña. -- Cuartel de Alfonso XII. -- Torre de Hércules. -- Instituto Da Guarda, 750.
 La escenografía en las óperas de Wagner *El oro del Rhin* y *Sigfrido*, cuatro grabados, 766 y 767.
 La fototerapia, tres grabados, 342.
 La futura Universidad de California. -- Plano del proyecto. -- Vista en perspectiva del proyecto, 59.
 Las Arenas de Barcelona, lámina de siete grabados, 454.
 Limpiabotas automáticos, 328.
 Los enanos Fathma y Smann, 134.
 Los títeres de la Exposición de París. «Bonshommes Guillaume», tres grabados, 742.
 Máquina para hacer esculturas, dos grabados, 182.
 Mortero mantuano de 1322. -- Bombardas italianas de mitad del siglo xv, dibujos de Pisanello, 150.
 Nerón se preparaba á entonar un canto (muestra de los grabados de *Quo vadis?*), 794.
 Niños boers ejercitándose en el tiro al blanco, 168.
 Omnibus automóviles, dos grabados, 166.
 Péndulo de A. Berget, 726.
 Proyecto de edificio para el «Círculo Mallorquín» de Palma de Mallorca, 774.
 Radiografía de un feto. -- Exposición de radiografías de los señores Comas y Prió en el Ateneo Barcelonés, 470.
 Regocijo de los japoneses al despedir á las tropas que marchan á China, 799.
 Relojes curiosos, tres grabados, 598 y 599.

República Argentina. -- Panamá (Entre Ríos), cuatro grabados, 390. -- Buenos Aires. Hospital español, cuatro grabados, 406 y 407. -- El Mercado del Centro. -- Tipos de vendedores callejeros. -- Vendedora de Alfajores. -- Un rincón del Mercado del Centro. -- Naranjero. -- Pescadero. -- Vendedor de sandías. -- Cebolleros. -- Un lechero á la antigua usanza, 413. -- Inauguración de la plaza España. -- Coros y orfeones en el momento de colocar las placas. -- Modelo de las placas. -- Medalla conmemorativa, 438 y 439. -- Inauguración del monumento erigido á D. Domingo F. Sarmiento, tres grabados, 486 y 487. -- Gran manifestación española en honor del pueblo argentino, 496. -- Viaje del presidente del Brasil Dr. D. Manuel Ferraz de Campos Salles, y los retratos en grupo de éste y del presidente de la República Argentina, ocho grabados, 814, 815, 818 y 824.
 Salón de exposiciones de los secesionistas de Tokio. -- Los miembros del «Hakuba-Kwai» en Tokio, 619.
 Tabla comparativa de la longitud de las líneas ferroviarias de las principales naciones, 214.
 Tablas comparativas del tráfico ferroviario de las principales naciones, 216.
 Tejedora araucana, 310.
 Tejedora de Ka-chin (Japón), 310.
 Tractores linguales mecánicos, dos grabados, 278.
 Trolley subterráneo, tres grabados, 662.
 Un rincón del estudio de Apeles Mestres, 299.
 Vapor *Francisco Pizarro* construido por el gobierno peruano y destinado á la navegación de los afluentes del Amazonas, 56.
 Velo-parihuelas, cuatro grabados, 294.
 Vía de ferrocarril para dos usos, tres grabados, 86 y 87.

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

CABRINETY (J.). -- Ilustraciones de la novela «Los dos pilletes», págs. 339, 355, 357, 371, 387, 389, 403, 405, 419, 421, 435, 451, 453, 467, 483, 485, 499, 501, 515, 531, 547, 549, 563, 564, 565, 579, 580, 581, 595, 596, 597, 611, 613, 627, 643, 645, 659, 661, 675, 677, 691, 693, 707, 709, 723, 725, 739, 741, 755, 757 y 758.
 CUTANDA. -- Ilustraciones de la novela «El último caballero», 771, 787, 789 y 790.
 GASCÓN DE GOTOR. -- Ilustraciones de la novela «La venganza de Inés», 803 y 805.
 GILI Y ROIG (B.). -- Ilustraciones de la novela «El petardo», 275, 277, 291, 292, 293, 308, 309, 323 y 324.
 MARCHETTI. -- Ilustraciones de la novela «El obstáculo», 35, 37, 51, 67, 68, 69, 83, 85, 99, 101, 115, 117, 118, 131, 133, 146, 148, 163, 165, 179, 181, 195, 197, 211, 213, 227, 259, 260 y 261.
 PROBLEMAS DE AJEDREZ, págs. 50, 82, 114, 130, 146, 162, 178, 210, 226, 258, 290, 306, 322, 338, 354, 370, 386, 418, 434, 450, 466, 482, 498, 530, 546, 562, 578, 594, 610, 642, 658, 674, 690, 706, 722, 738, 754, 770, 802 y 822.

La Ilustración Artística.—Número de Año Nuevo

Cuentos y narraciones populares ilustrados



Salió la procesión con todos los mozos, y todas las mozas presididas por María Rosa

LA CLAVARIESA, cuadro de costumbres valencianas.—Ilustraciones de Fernando Cabrera.

I

Benalfaraig se despertó aquella mañana brincando de alegría.

Benalfaraig no es ningún personaje más ó menos moro — como podría creerse, — ni brincaba como persona más ó menos *jurídica*; brincaba en colectividad; porque Benalfaraig es un pueblecillo de la huerta de Valencia.

Aquel día — el 8 de septiembre — al amanecer, los mozos del pueblo recorrieronlo cantando las tradicionales *albaes*; las campanas voltearon estrepitosamente, y las calles fueron cubiertas de *murta*, de laurel y de olorosas enramadas. Los estampidos de la *traca* y de dos ó tres mil *masquets* — morteretes, — colocados en doble hilera desde la puerta de la iglesia á todo lo largo de la calle Mayor, atronaron el espacio.

Después del *pasacalle* de rúbrica, el famoso *donsayner* de Tales se situó frente á la casa de María Rosa, la hija del alcalde, *clavariesa* aquel año de la fiesta dedicada á la Virgen por *les fadrines* — muchachas solteras — de Benalfaraig, y allí fueron de oír los primorosos arabescos sacados por Tales á la morisca dulzaina y los vivas entusiastas del numeroso y complacido concurso, á la Virgen, á la *clavariesa* María Rosa y al *donsayner* de Tales — dando á cada cual lo suyo.

Aparecía la excelsa Señora, Reina de los cielos y patrona de Benalfaraig, colocada sobre una mesa cubierta de damasco carmesí, á la derecha de la gran sala de entrada de la casa del alcalde, luciendo ricas alhajas y un precioso manto de terciopelo blanco recamado de oro, regalo de la *clavariesa*, y ésta, acompañada de un buen golpe de bonitas muchachas, engalanadas, como ella, con el típico y pintoresco traje de la labradora valenciana, daba guardia de honor á la Virgen.

Era aquella una hermosa mañana. Un cielo azul, limpio, sin una nube, cubría el horizonte; todo era

palpitación de fiesta, y en el ambiente ondulaban perfumes de flores y cambiantes de luz.
¡Benalfaraig brincaba de alegría!

II

No era la hija del alcalde una mujer precisamente hermosa; pero sí un encanto de muchacha.

Tenía María Rosa dieciséis años; talle espigado y cimbreante; labios rojos y frescos; dientes menudos, apretados y blanquísimos; ojos y pelo negros; nariz respingadilla y saladísimas, y una tez quebrada — *trencá* — con orientaciones de perla ceilanésca, deliciosa.

Resplandecía además en ella, como nota atractiva y simpática, esa quisicosa que los andaluces llaman «ángel.»

Contenta y feliz, cortejada por lo más granado del pueblo — apetitoso bocado *per se* y por las huertas de su padre, el *tío Rich*, — su corazón no le había señalado preferencia alguna.

María Rosa reía y coqueteaba, espontánea, franca, alegremente, sin segunda intención, como quien recibe con agrado naturales homenajes.

Causaba esto la desesperación de *Chimo* y de *Batistet*, hermanos gemelos — *basons* — buenos mozos y trabajadores á carta cabal, ciegameamente enamorados de la gentil *clavariesa*. Funesta rivalidad que había matado el gran cariño que se profesaban, cediendo el paso á un rencor profundo, apasionado, africano.

Ya no se les veía ir juntos á trabajar los campos patrimoniales; ni asistían como antes, los domingos por la tarde, cogidos del brazo en fraternal unión, á los partidos de pelota organizados en la calle Mayor por los mozos de su edad, alardeando de buen humor y comentando con agudas frases — *charraes* — los diferentes lances del juego.

Allí estaban también *Batistet* y *Chimo* — aquella mañana — frente á la casa de la encantadora María Rosa; cada uno por su lado, taciturnos y silenciosos, fija la mirada en la linda muchacha que les enloquecía.

Y cuando la santa imagen fué conducida á la iglesia parroquial, allá fueron ellos entre la piadosa co-

mitiva, pensando sólo en la hechicera heroína de la fiesta á la Natividad de la Virgen.

III

La misa mayor, cantada, estuvo lucidísima. Oficiaron tres sacerdotes; el *siñor retor*, el vicario y el cura de otro pueblecillo. El sermón fué una oración tierna y edificante, pronunciada por el reverendo padre Carlos, escolapio afamado por su saber y cristianas virtudes. Al alzar á Dios parecía que el pueblo entero se volaba; asfixiábanse los fieles entre nubes de incienso; clamaban las campanas frenéticamente, y los estampidos de los *masquets* retumbaron en toda la vega. La *canterelleta* final casi arrancó el pueblo de cuajo.

Pues ¿y la procesión, al anochecer? Fué típica, original, impregnada de suave poesía.

Moría aquella tarde tibia y embalsamada. Caprichosamente colgados los balcones con damascos de variados colores, ilumináronse con profusión de luces. Abrióse de par en par el templo, dejándose ver el sagrado recinto brillante como un ascua, y salió la procesión con todos los mozos, y todas las mozas presididas por María Rosa, escoltando las andas. El Santísimo, bajo palio, y los tres sacerdotes lujosamente revestidos, cerraban la marcha, y desde los balcones arrojaban los fieles sobre la Virgen y el Santísimo rosas y claveles deshojados, jazmines y madreselva. Dos músicas alternaban en la ejecución de religiosos motivos, y un gentío inmenso se agolpaba al paso admirando el *agüelo del colomet* — Noé, — el *bou y la mula*, *els chagants* y *els nanos* — gigantes y cabezudos — y á Josué, que con el sol en la siniestra mano y la espada en la diestra, íbalo deteniendo al compás de majestuosos y bien estudiados movimientos.

¡Santa y sencilla alegría la de los vecinos de Benalfaraig!

IV

Tétricos y ensimismados, *Batistet* y *Chimo* habían asistido á todos los festejos.

Por ley del contraste el regocijo general entenebreció sus espíritus. Sentían celos recíprocos y rabiosos, sin más causa que el ser uno mismo el objeto de su adoración.

María Rosa ni siquiera lo había advertido. Libre

su alma de preferencias, absorbióla todo el día su brillante éxito de *clavarieta* y de muchacha bonita y festejada, y el entusiasmo místico — delicadeza característica de la mujer valenciana — que la produjo aquella gloriosa exaltación de su querida y venerada Virgen de Septiembre.

Eran las nueve de la noche, y bajo un cielo cuajado de puntos brillantes encendieron el castillo de fuegos artificiales plantado frente á la iglesia, maravillosa obra pirotécnica del popular *Choro*.

Rasgaron los aires incontables cohetes voladores — *ysides*, — describiendo elegantes ramas de parábola ó de hipérbola; giraron las ruedas, sacando vistosos juegos de oro — fuentes, cascadas, dragones, pórticos... — y en medio de aplausos y vítores, después del fantástico ramillete final, despejóse la calle de mujeres y chiquillos, cerrándose todas las puertas.

Iba á empezar la *cohuetá*, infernal batalla de cohetes y salvaje remate de toda fiesta en los pueblos de Valencia.

Son los cohetes que para esto se usan, tubos de gran tamaño de hoja de lata ó de caña recubierta de cordel embreado, cargados de pólvora y fuertemente atacados con tierra, y suelen llevarlos los mozos, en gran cantidad, entre el pecho y la camisa — el *si*, — arrojándose los encendidos unos contra otros. Por toda defensa en tan tremenda pelea, cúbrense la cabeza con la manta morellana.

Movidos por el odio condensado en sus corazones, *Chimo* y *Batistet* pusieron á la cabeza de cada uno de los bandos que se formaron, rompiendo en seguida un fuego rudo y graneado que llenó de espanto á sus respectivos compañeros, menos por el

la calle, persiguiéndose sañudamente, disparándose cohetes sin tregua ni descanso.

Hubo un momento en que los amigos quisieron intervenir.

¡Llegaron tarde!

Los luchadores habían ido aproximándose. Amenazadores, tenaces, feroces en su odio, casi se tocaban...

De pronto se detuvieron; una ráfaga de amor fraternal iluminó sus almas, y exclamaron conmovidos:

— ¡Batistet!

— ¡Chimo!

Y se abrazaron estrechamente.

Entonces ocurrió una cosa espantosa, horrible...

La mecha de *Batistet* prendió en el cebo de uno de los cohetes que *Chimo* llevaba en el *si*, y antes de que pudieran separarse, comunicándose el fuego á los otros, cayeron al suelo los dos hermanos, entre cien estallidos, mutilados y deshechos..., ¡muriendo á la vez, como habían nacido!

Un grito angustioso, inmenso, salió de todos los labios, mientras á lo lejos, como estruendo de la fiesta, oíase cantar á los chicuelos:

« Ya no en queden,
Ya no en queden,
Ni cohuetes, ni borrachetes,
¡Ni dinés pera palletes! »

ANDRÉS MIRALLES



Cayeron al suelo los dos hermanos...

peligro que por el estupor que les produjo la rabiosa acometida de los hermanos.

Un vago malestar hizoles comprender que iba á ocurrir algo terrible.

Los dos gemelos quedaron solos en el centro de

EL GUARDA DEL MONTE, POR JACINTO OCTAVIO PICÓN. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

Entre Villalba y el Escorial tiene mi amigo Pérez un monte donde me permite ir de caza, ó simplemente de paseo, siempre que quiero. Cuando me hasta

la vista, tiene por su forma, por su color y por sus proporciones un sello de grandiosidad que admira y sobrecoge. No es un paisaje bonito ni riente; pero

hay en él cierto aspecto de desolada hermosura que sugiere é impone al alma ideas de tranquila y austera poesía: los pensamientos que allí se enseñorean del espíritu no son alegres; mas, como si con la viveza del aire se limpiasen, dan juntamente á la voluntad vigor, y á la imaginación esa apacible melancolía que sólo saben saborear los capaces de sentirla.

**

Tiene mi amigo en el monte dos guardas, Ramón y Andrés, que son padre é hijo; de cincuenta ó pocos más años el primero, de veinticinco el segundo. Lo frecuente de mis excursiones, y sospecho que también de mis propinas, me ha hecho amigo de ambos, pero sobre todo del padre; hombre en lo físico tan corpulento y de tan recia contextura que parece un Hércules, y en lo moral de tan buena índole que luego de conocerle se le cobra verdadero afecto. Sin embargo, á primera vista no atrae porque es huraño, tosco y poco comunicativo; anda triste, esquiva la conversación, y lleva casi siempre el semblante como contraído y afeado por un gesto de amargura que no predispone al prójimo en favor suyo. En cambio, cuando se consigue distraerle

habla mucho, es afable, hasta gracioso, y aquel mohín de tristeza que altera las líneas de su fisonomía, se trueca en una sonrisa que respira bondad y franqueza.

Una noche, después de haber permanecido allí el día entero, al levantarme de cenar me dijo Ramón:

— Señorito, hay que darse prisa: se nos ha hecho tarde; no le queda á usted más que el tiempo tasado para bajar al apeadero, y pronto, porque el último tren debe de haber salido ya del Escorial.

**

De la casa del monte al apeadero se tardaban veinte minutos. A buen paso, casi corriendo, emprendimos la marcha tropezando en piedras y malezas, porque era oscura la noche; y ya teníamos ganada

la mitad de la cuesta que hay que bajar hasta la vía, cuando al salir de entre unas encinas vimos el farolón delantero del tren que se acercaba á todo vapor.

— Es inútil correr, dijo Ramón; hemos calculado mal el tiempo. Además, yo no porque conozco bien el piso, pero usted puede caerse y hacerse daño.

Comprendí que tenía razón: nos paramos: el tren llegó al apeadero, se detuvo los dos minutos de reglamento, y partió, despidiendo la locomotora nubes de humo y gruesas chispas, algunas de las cuales incendiaban á trechos las matas secas inmediatas á la vía.

— Volveremos despacio, dije.

— Y en vez de acostarse usted en una de las camas que hay para los convidados que vienen á cazar, le haré la del señorito: es mejor porque tiene colchón de muelles.

**

Echamos á andar cuesta arriba, hacia la casa, y de allí á poco, en tanto que soplaban un airecillo fresco, en extremo grato después de lo ardoroso del día, allá muy lejos por la última línea del horizonte empezó á surgir la luna, colosal y rojiza, cuyo disco al través de las ramas de los árboles parecía un encaje de fuego.

Nos detuvimos maravillados, y yo, sacando dos cigarrillos y dando uno á Ramón, le dije:

— Ahora no hay prisa: vamos á descansar un rato.

Me senté en el suelo y Ramón hizo lo propio; pero en vez de seguir contemplando como yo aquel grandioso espectáculo, apoyó los codos en las rodillas, la cara entre las palmas de las manos y se quedó tristemente ensimismado. Así permaneció un rato muy largo, y Dios sabe cuánto hubiese estado si yo no le llamase. Su actitud no era de cansancio ni fatiga, sino de pena: bastaba mirarle á la cara para comprender que sufría, que su pensamiento le hostigaba con recuerdos de pesadumbres pasadas ó temor de males venideros.

— Pero hombre..., Ramón..., ¿qué diablos le sucede á usted, que siempre está triston y cabizbajo como pastor á quien se le mueren á docenas las ovejas? ¡Cuidado que hace tiempo que vengo y le conozco á usted! ¡Pues aún no le he visto á usted un día entero de buen humor! ¡Vamos, hombre, anímese usted, y si yo puedo servirle de algo en remedio de sus males, eche usted por esa boca!

Mucho más debí de decirle, é indudablemente le conmovió la sinceridad que respiraban mis palabras, ó tal vez le sorprendí en uno de esos momentos en que el más receloso siente la necesidad de aliviar su dolor contándose á quien tiene cerca, sea quien fuere.

— Sí, señor, repuso, una pena muy grande, de todos los días, de todas las horas..., desde hace años.

— Hable usted, hombre, hable usted, y á ver si yo le encuentro remedio.



Ando mucho y á la noche vuelvo por el último tren...

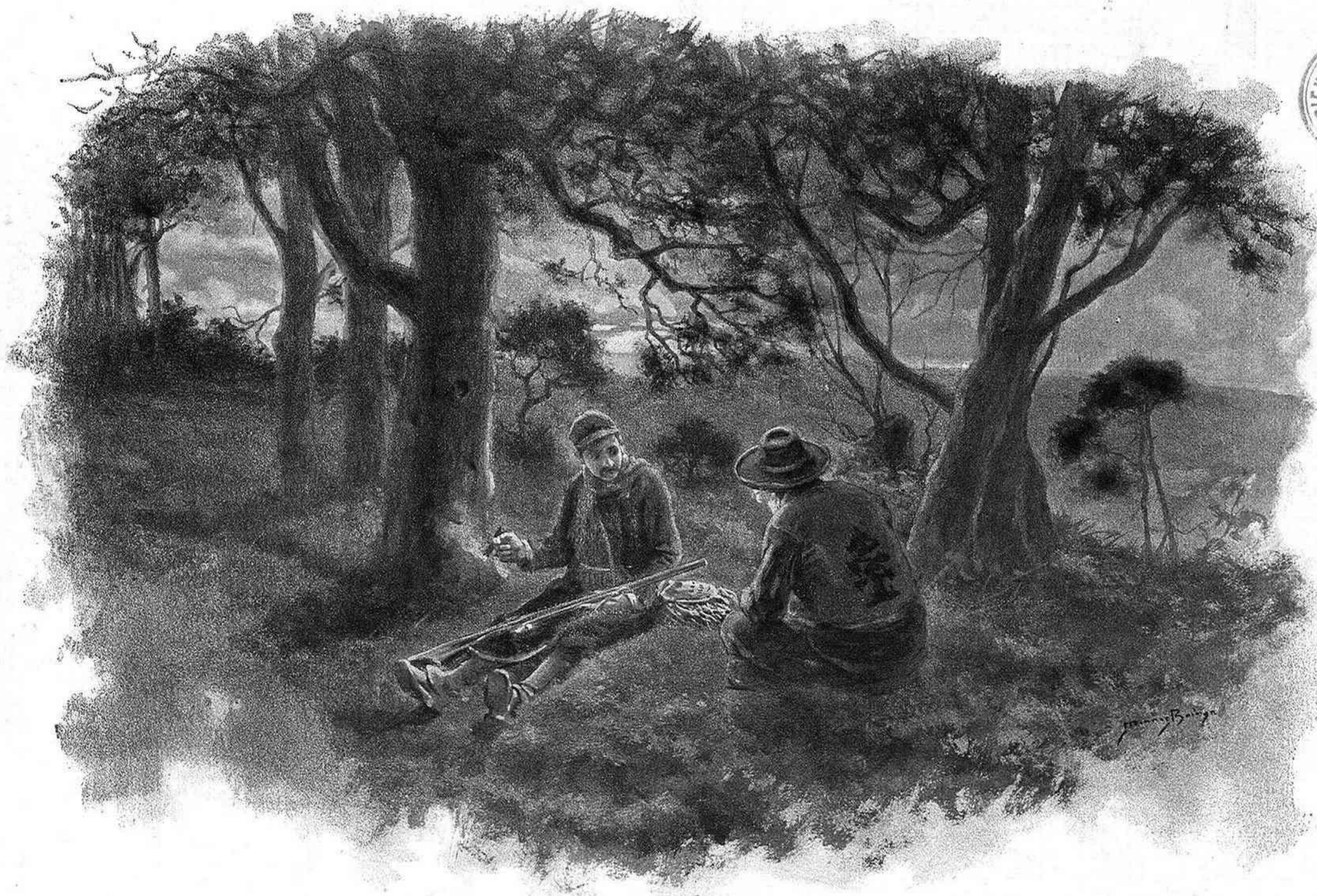
la vida de Madrid, aún más fatigosa para el espíritu que para el cuerpo, hago el esfuerzo de madrugar, que en un madrileño es casi rasgo de heroísmo, tomo el tren de las siete, llego al monte á las ocho, paso el día procurando no acordarme de nada enojoso, como fiambres que llevo y sabrosos guisotes que allí me hacen, ando mucho y á la noche vuelvo por el último tren que para en el apeadero cercano, distante de la casa de mi amigo poco más de un kilómetro.

Los nacidos en otras regiones de España dicen que el campo de los alrededores de Madrid es feísimo: á mí, sin encantarme, me gusta. El suelo pardusco, quebrado y duro; el arbolado verde grisáceo de chaparros, robles y encinas; las tremendas peñas cenicientas cubiertas de musgo alagartado que les hace parecer colosales bestias dormidas en inmóvil reposo; el contorno de las montañas, cuanto abarca

- Ni usted ni nadie; pero le contaré á usted el origen de todo para que se persuada de que no exagero. De este modo me perdonará si alguna vez parece que pecho de desatento ó de perezoso por andar metido en mis cavilaciones.

Aquel año hubo mucho robo en el monte, sobre todo allá arriba: el invierno fué muy crudo; los pobres y los malhechores de los pueblos cercanos venían á cortar leña ó poner cepos; y el amo nos dió orden de que Andrés y yo nos quedásemos por

alguno; lo que sucedió no se explica más que por ese deseo necio que sienten algunas personas de contar y repetir todo lo que saben y escuchan; pero lo cierto es que aquel hombre, no sé si estúpido ó malvado, le refirió, con detalles y fechas, que muchas



Hable usted, hombre, hable usted, y á ver si yo le encuentro remedio.

Y sin esperar á que le hiciese más protestas del interés que me inspiraba, siguió de esta manera:

- Ha de saber usted que yo enviudé hace diez años, quedándome de mi primera mujer, á quien tenga Dios en su gloria, ese hijo que usted conoce, Andrés, más bueno que el pan y que ya entonces era mozo. Al año de morir la madre el muchacho se enamoró de una chica hija del administrador del soto de los Molinejos y tuve que dejarle que se casara. El amo le dió casa con la condición de que en vez de vivir en esta de la parte alta del monte, que usted conoce, habitase en la de allá abajo.

- ¿La que está junto á la vía?

- La misma; yo me quedé en la de aquí arriba sin más compañía que la vieja que cuida de los puercos y las gallinas. Aquella soledad, ó aquel apartamiento de mi hijo, á quien no veía más que una vez al día y menos cuando el tiempo se metía en aguas, me hizo mucho mal. Vamos, le aseguro á usted que creí que se me había muerto también el chico. Aquí, como usted sabe, en invierno no viene nadie más que un viejo que trae el pan de Villalba. Una mañana, en lugar del viejo, que se había puesto malo, tan malo que se murió aquella semana, vino su hija, viuda de treinta y tantos años, pero muy reguapa; una gran mujer. Pregunte usted á quien quiera y le dirá que en dos leguas á la redonda no hay otra como la Tomasa. Para no cansarle á usted, yo viudo y solo, ella lo mismo, comenzamos á hablar hoy un rato, mañana otro más largo, entre burlas y veras, que si ella me ponía los ojos dulces y á mí me gustaba que me los pusiese..., total, vaya..., dijimos, «pues casámonos...» Y nos casamos. Andrés lo llevó muy á mal; no sé por qué. Un día hasta se atrevió á decirme que Tomasa tenía en Villalba mala fama y que yo estaba demasiado viejo para marido: en esto último puede que tuviese razón, pero lo otro..., lo otro era mentira; nadie podía decir con fundamento cosa fea de Tomasa.

las noches en la casa alta, y que mientras durasen los robos las dos mujeres fuesen á vivir á la casa de abajo, la de junto á la vía. Así se hizo, de modo que Andrés y yo no las veíamos más que de día y por turno: unas veces bajaba yo..., otras veces él. Aquello duró dos meses, y luego volvieron las cosas á quedar como antes: ellos en la casa baja y nosotros en la alta. Esta separación fué causa de todas nuestras desdichas. A la mujer de mi hijo le hizo el amor un mozo de Villalba que pasaba por allí todos los días, y la grandísima infame se dejó querer, abriéndole la puerta y recibéndole ó marchándose con él por esos campos en cuanto lograba burlar la vigilancia de Tomasa. De allí á poco no había por estos contornos quien lo ignorase; el único que no lo sabía era mi pobre hijo. Aquella grandísima sinvergüenza hasta se iba algunas veces al Escorial á buscar á su amante. Llegó el año del cólera, que todavía no sabíamos lo que era; pero ¡vaya si vino! En Pedrales, en Navamata, en Pozalillo se moría la gente que daba miedo. Aquí no hubo más que dos casos, Tomasa y Pepa, que murieron con diferencia de cuarenta y ocho horas. Excuso decirle á usted la impresión que aquello nos causaría. Esto es muy triste, ¿verdad? Mas nada tiene de extraordinario que el cólera se lleve dos personas de una misma familia. Pero verá usted lo que sigue. Una noche de otoño mi hijo se quedó á dormir en la casa de abajo para tomar de madrugada el primer tren que fuese hacia Madrid, donde tenía que hacer compras. Hubo una tormenta horrosa: el agua caía á torrentes y los rayos encendían el aire.

De pronto comenzaron á aporrear la puerta; una voz pidió socorro y Andrés se asomó á la ventana. Era un empleado de la estación del Escorial que iba á Villalba y al cual la tempestad había sorprendido en el camino. Mi hijo le abrió para que se guareciese, y allí estuvieron fumando, hablando y jugando á la brisca hasta el amanecer. Ni Andrés le conocía ni él al muchacho; no había entre ambos resentimiento

veces pasando por allí á horas distintas, precisamente en la época en que Tomasa y Pepa habitaron solas la casa, había visto entrar un mocetón á quien una de ellas hacía primero señales desde las ventanas; y que en otras ocasiones les había visto de lejos juntos por el campo cogidos de la mano, como van las parejas enamoradas que huyen de la gente cuando creen que no les mira nadie.

Andrés, según me ha dicho, hizo todo lo posible para que aquel hombre le diese algún dato, alguna seña, algún detalle por donde colegir cuál de las dos era, si la más joven ó la de más años, y al fin logró arrancarle una afirmación: la de que la mujer llevaba siempre un corpiño rojo que se veía desde muy lejos. Es decir, era mi nuera, porque Tomasa no usó corpiño de tal color, por lo reciente que estaba la muerte de su padre, y en cambio aquélla tenía uno.

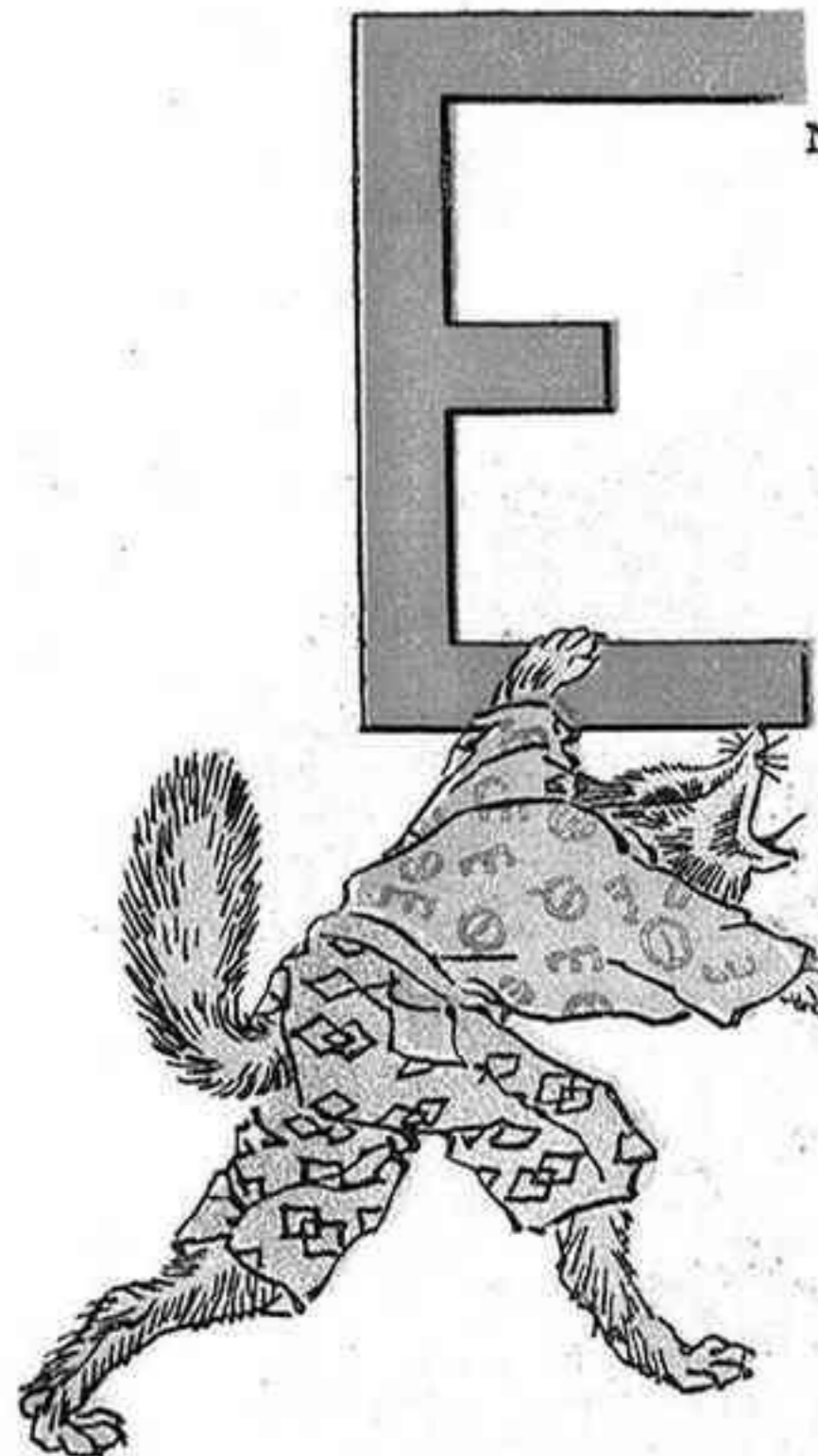
A partir de la imprudencia cometida por aquel hombre, mi pobre hijo comenzó á sufrir lo indecible. Yo le veía triste, pensativo, huraño, como usted me ve á mí, hasta que un día á fuerza de súplicas y ruegos conseguí que me lo contara todo. Su modo de hablar, sus frases, su vehemencia, sus miradas de loco, todo me convenció de que aquella idea acabaría con él. Entonces..., entonces yo hice una cosa que no sé si es buena ó si es mala, pero con la cual estoy cierto de que le he salvado. Le dije que la culpable era su madrastra, que yo lo sabía desde mucho tiempo atrás, y que también sabía que para evitar sospechas ó para que cayesen sobre Pepa, Tomasa le hurtaba y se ponía el corpiño rojo. Andrés me pidió juramento de que decía verdad y juré.

Y el pobre Ramón acabó su relato diciéndome: - De Tomasa nadie maldecirá porque mi hijo guarda el falso secreto de mi deshonra; y yo prefiero que crea que me equivoqué al elegir mujer á que sufra y se muera creyendo que le engañó la suya.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

LA VENGANZA DEL CACHORRO

(CUENTO JAPONÉS)



En otro tiempo vivían en un bosque un tejón y una zorra.

Los matrimonios desiguales no son de ahora, y por eso la raposa, viuda de un zorro de alta suposición en toda la comarca, pasados los lutos no tuvo dificultad en contraer segundas y legítimas nupcias con un tejón que á falta de alta alcurnia tenía figura gallarda y un ingenio agudo y sutil, que á pesar de sus títulos de nobleza ya hubiera querido para sí el primer marido de la zorra.

La nueva pareja, con-

sagrada por entero á las delicias conyugales y á la educación de un cachorro que quedó á la esposa de su primer matrimonio, pasaron los primeros años en la más completa de las felicidades.

Pero como la dicha dura poco, los cazadores dieron con aquel bosque olvidado, se encontraron con que la caza era en él más sabrosa y abundante que en parte alguna, y á fuerza de flechas y de venablos ni ciervo, ni oso, ni liebre, ni comadreja quedó para contarlos.

Gracias á su astucia, el tejón y la zorra con su querido cachorro fueron los únicos animales que lograron escapar del temido azote.

Pero lo que hasta allí había sido vida de holguras y de abundancia, lo fué en adelante de miserias y estrecheces.

Por no atreverse á salir de la madriguera, seguros de tropezar con algún cazador, que era lo mismo que si toparan de manos á boca con la muerte, se morían de hambre, y consumidas hasta las amargas raíces que había en la cueva, no les quedaba otro remedio que sucumbir.

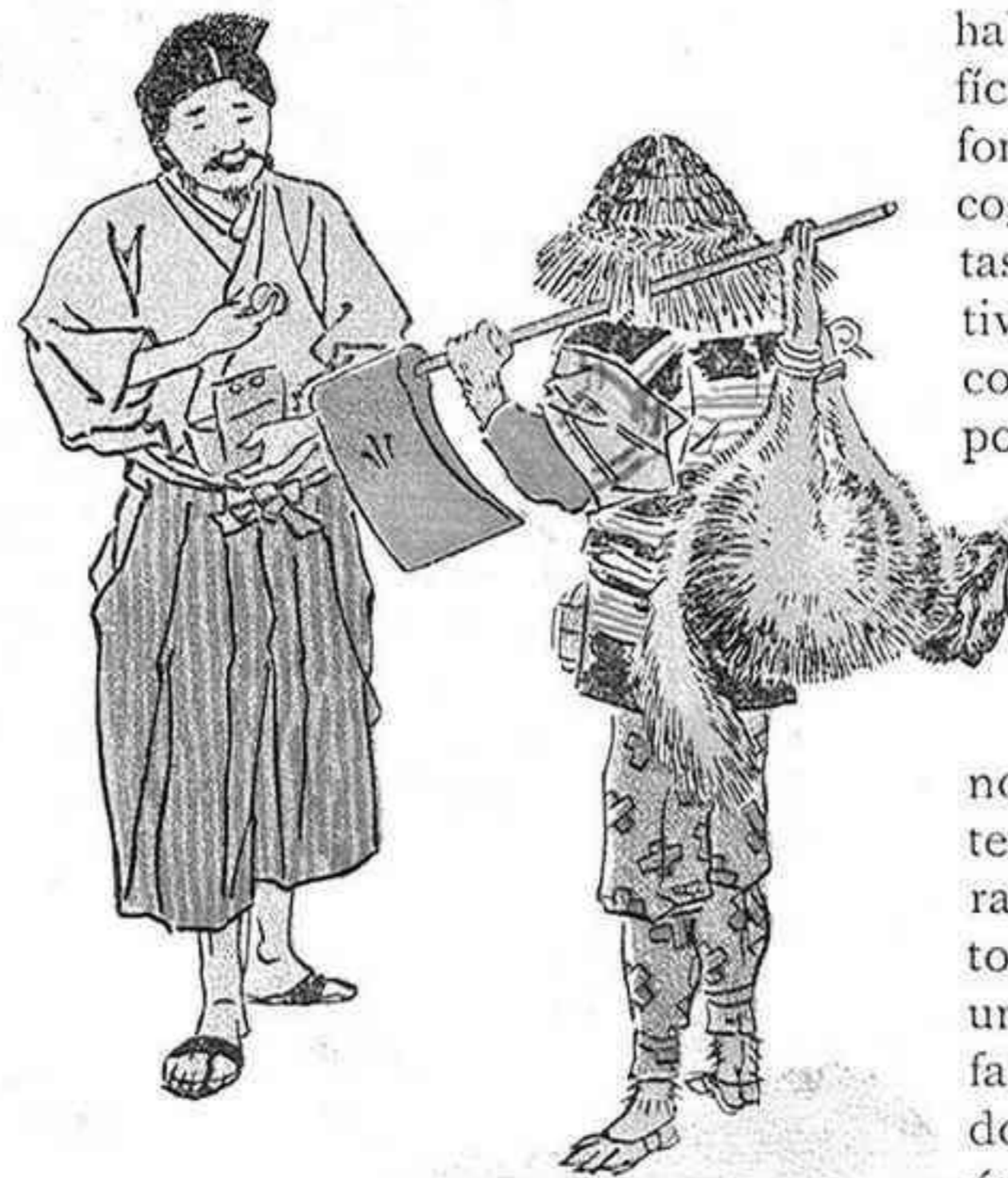
El tejón entonces tuvo una idea.

— He meditado largamente sobre nuestra situación, dijo á la zorra, y creo haber dado con la solución del problema.



— Habla, dijo entonces la tierna esposa con viva ansiedad.

— Tengo un plan que me parece excelente. Voy á hacerme el muerto, cosa que dado el estado de extenuación en que me hallo no ha de ser difícil. Tú tomarás la forma de hombre, y cogiéndome de las patas como si real y efectivamente tuviera el corazón traspasado por una flecha, me llevas á vender á la ciudad. El dinero que te den lo empleas en alimentos sanos y substanciosos y te vuelves aquí á esperarme; que tan pronto como yo encuentre una coyuntura no me faltará resquicio por donde escaparme. Lo único que te encargo



es que no toques á la comida hasta que yo vuelva.

— Eso, sin embargo, sólo nos hará salir de la situación por unos días, objetó la zorra.

— No lo creas. La cosa podrá repetirse. La semana que viene el que cambie de forma seré yo y tú la vendida.

La zorra acabó por encontrar el plan excelente, y todo se hizo como el tejón había pensado.

Cuando se disponía á salir de la madriguera dijo al cachorro:

— Tú no asomes la nariz de la parte de afuera; estate quietecito y no tardaré en traerte que comer.

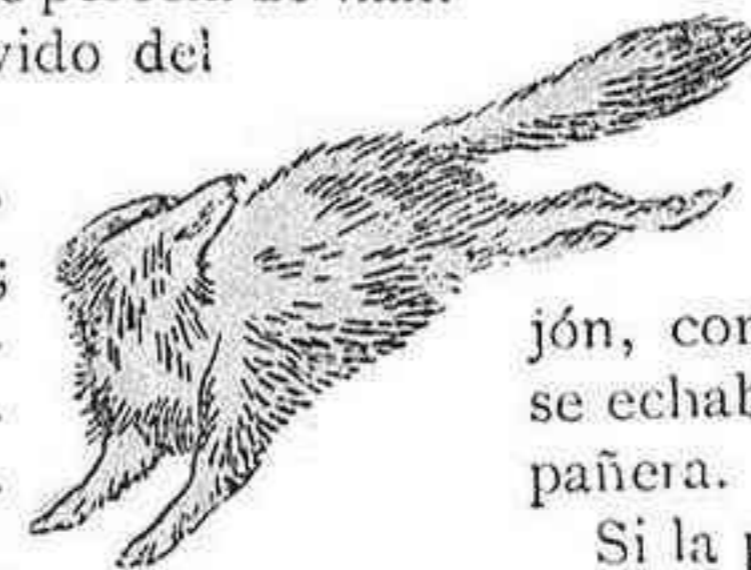
Dicho esto, tomó la forma de un leñador, cogió por las patas al tejón que no daba más señales de vida que si efectivamente estuviera muerto, y echándose al hombro tomó el camino de la ciudad.

La venta no le fué difícil; y como sabía regatear, el precio que obtuvo no fué despreciable.

Con el dinero compró pescado, algunas legumbres y hortalizas, y en cuatro saltos se internó en el bosque.

Cuando llegó á la boca de la madriguera recobró su forma habitual, y corrió á estrechar contra su seno al cachorro, que aunque se parecía de hambre no se había movido del sitio en que le dejó.

El cachorro quiso comer á toda costa; pero la zorra, sobreponiendo al amor maternal la rectitud, acalló su hambre con cariño diciéndole:

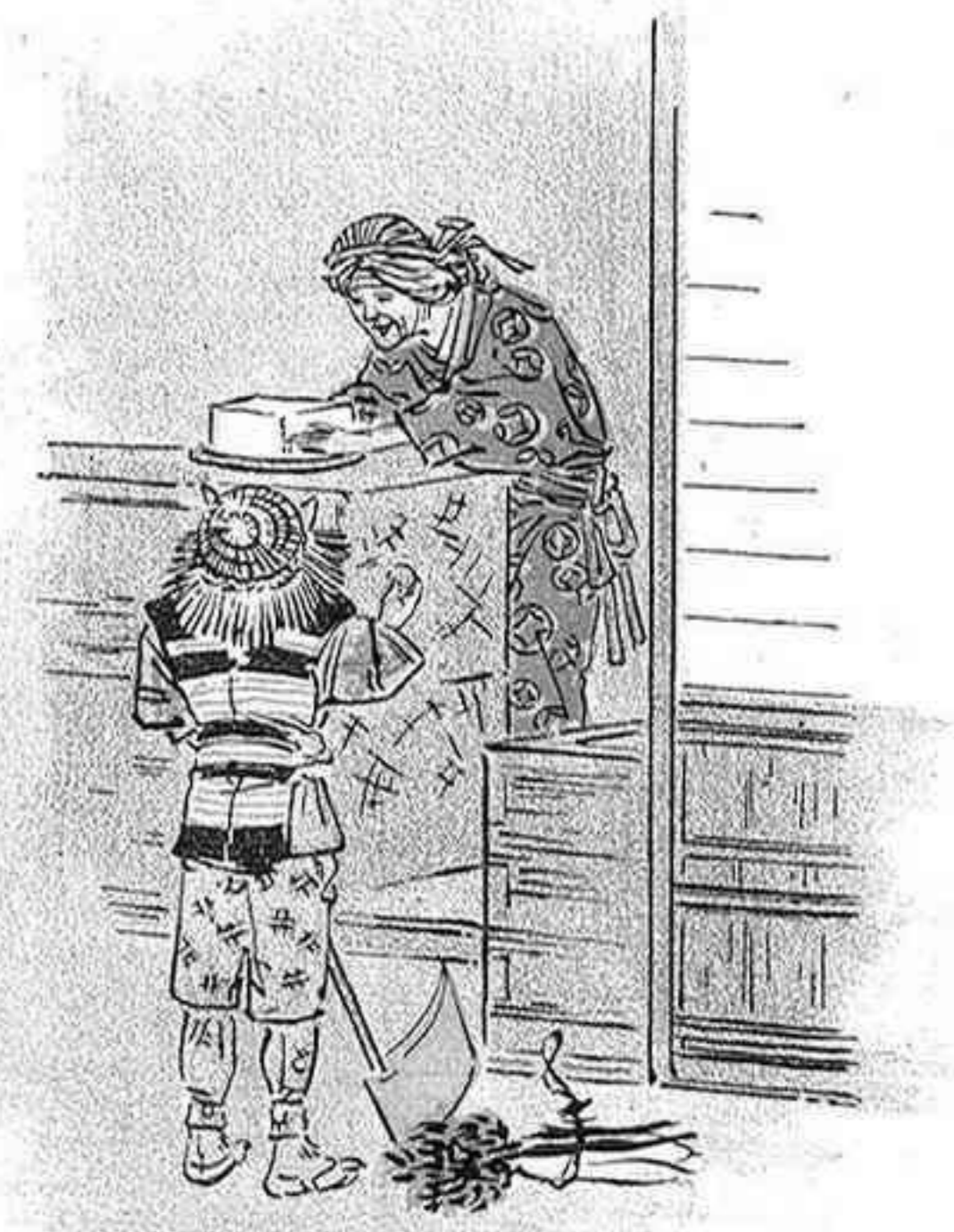


— No, no; hasta que vuelva el tejón no se toca á nada.

Por suerte la espera no fué larga.

El tejón, jadeante por la carrera, entró exclamando:

— No he podido venir antes. El hombre á que me



vendiste llamó á su mujer para que me viera, y ni uno ni otro se cansaban de mirarme, satisfechos de la buena adquisición que habían hecho. Por fin me que-



dé solo y pude escapar, gracias á la ligereza de mis piernas.

En la mesa, aunque el tejón se cuidó de conservar para sí la mejor parte, todos quedaron satisfechos.



A los pocos días, sin embargo, los víveres comenzaron á escasear de una manera notable y el hambre volvió á asomar su escuálida cara en la guarida de los animales.

Entonces el tejón dijo á la zorra:

— Ahora te toca á ti.

Y ésta, aunque en razón á su sexo era tímida y asustadiza, se resignó.

Unos momentos después la nueva transformación estaba hecha, y el tejón, convertido en un robusto cazador, era el que se echaba al hombro el cuerpo inmóvil de su compañera.

Si la primera venta fué buena, no lo fué peor la segunda.



Lo que no se pareció en nada fué la lealtad de ambos vendedores.

La zorra era todo abnegación; pero en el alma



de su esposo no había más que egoísmo y perfidia.

Por ello, deseando que todo el provecho fuese suyo, cuando hubo ultimado el negocio susurró al oído del comprador:

— Os advierto que ese animal finge estar muerto y al primer descuido se os escapará.

— No paséis pena por eso, contestó el hombre.

Y sin pararse en más tomó un pesado martillo y lo descargó con tan certera mano sobre la cabeza de la zorra, que la infeliz quedó sin vida.

bate, ya que no poner la superioridad de parte suya.

Para conseguir el objeto que se proponía, devoró sus lágrimas y hasta acabó por decir en el tono más alegre que le fué dado fingir:

— Para no sentir el hambre no hay como distraerse. Si te parece, vamos á pasar el rato con un juego que ha de resultar muy interesante y que nos ha de hacer aguzar el magín.

— ¿Qué juego es ese?, preguntó el tejón.

— Uno muy sencillo. Primero me transformo yo en hombre, me echo á andar por el bosque, y si con la forma que tome me conoces, tú ganarás y yo confesaré que no hay quien te aventaje á finura de olfato ni á perspicacia de vista. Después serás tú el que se disfrace y yo haré por reconocerte.

El tejón aceptó la partida; pero el cachorro, que



había estado venteando el aire un buen rato, en vez de efectuar la transformación, se escondió tras de un árbol y esperó los acontecimientos.

Estos no tardaron en dejar cumplida la venganza.



Ésta dirigió tal mirada al tejón, que si éste hubiera tenido entrañas habría sucumbido presa de los remordimientos.

Pero como era un malvado, de lo que cuidó fué de hacer buen acopio de provisiones y volverse con ellas al bosque.

El hijo de la desgraciada zorra, que esperaba todavía con más impaciencia que la venida de los alimentos que tanto necesitaba la vuelta de su madre, al ver que ésta no aparecía rompió en amargo llanto.

Sin embargo, el detalle de que el tejón se engulle- ra las provisiones sin ofrecerle un mal bocado ni reservar la menor porción á la zorra, fué una espantosa revelación para él.

Lo que tiene es que como astuto que era comprendió que para vengarse no le convenía luchar de frente con el que ya conceptuaba como el más odiado de sus enemigos.

Siendo fuerte aquél y él débil, sólo la maña bien empleada podía equilibrar las condiciones de com-

Mientras el tejón buscaba por todas partes al hijo de la que fué su esposa, por el puente que conducía á la ciudad desembocaba un noble y rico caballero,



seguido de monteros, hombres de armas y su larga jauría.

El tejón, tomándole por el cachorro, lejos de huir se fué á él gritando con aire de triunfo:



— ¡Te he conocido! ¡No finjas más! ¡Ya sé que eres tú! ¡He ganado la partida!

Pero el noble y rico caballero, sin oír sus palabras, exclamó á su vez:

— ¡Un tejón! ¡Soberbia pieza!

Y armando en seguida la ballesta que llevaba consigo, asestó con tan buena puntería una flecha al corazón del péfido animal, que éste dió una vuelta en redondo y cayó inerte lanzando un caño de sangre por la boca.

Mientras los perros, dando saltos de alegría, se lanzaban á la presa, una diabólica carcajada salió de detrás de uno de los árboles.

Era el cachorro de la zorra que corría á ocultarse en su madriguera rugiendo para su coletto:

— ¡Ya estoy vengado!

TRADUCCIÓN DE ANGEL R. CHAVES



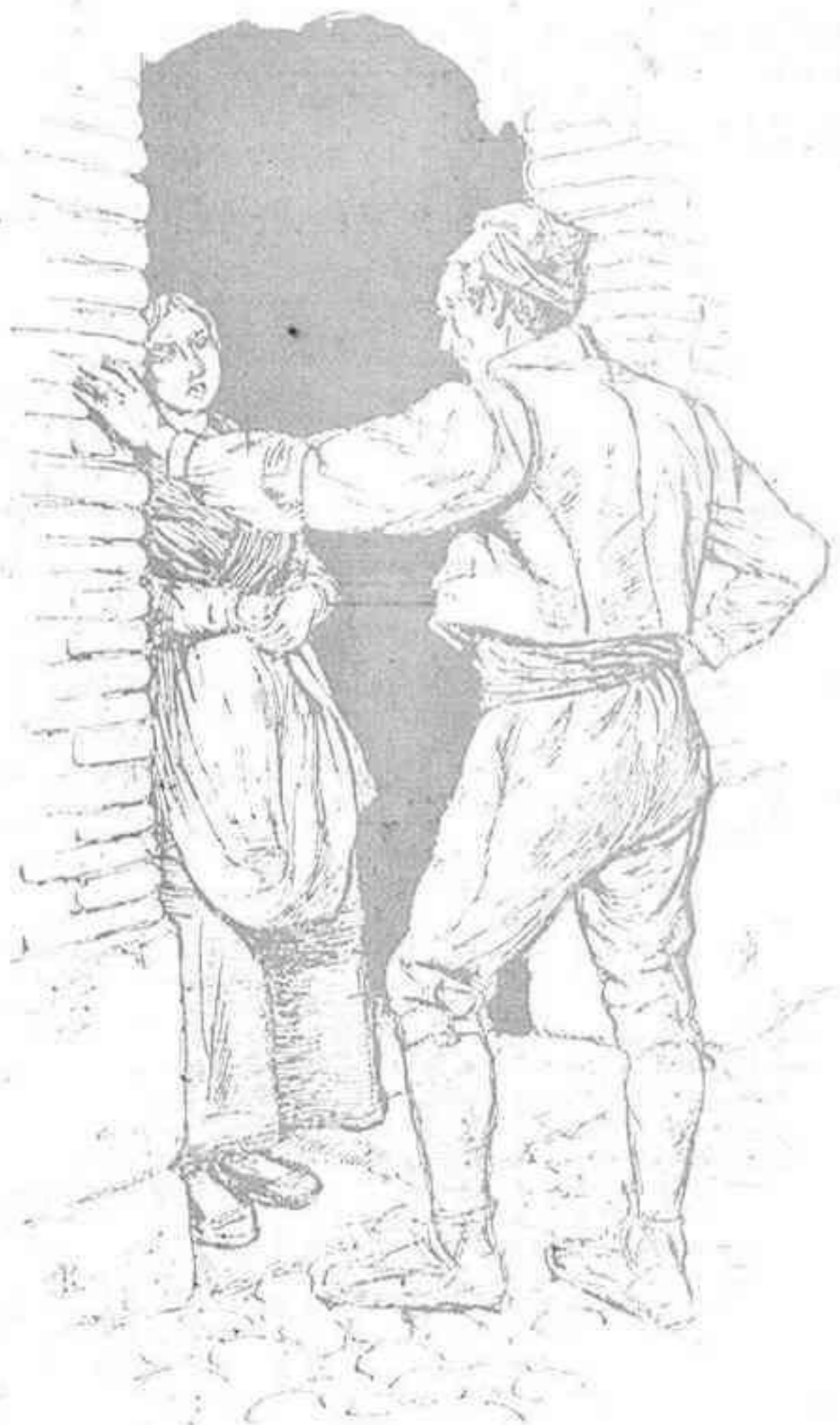


Se alejó silbando á través de los frutales.

EL TRES DE NUEVE, cuadro de costumbres catalanas.—Ilustraciones de José Luis Pellicer.

I

Caía la tarde, una tarde de abril, inundada de luz, de aromas y colores. El agua corría rumorosa en la profunda acequia, desde la cual, embocando al correr multitud de angostos canalillos, iba á regar la feracísima huerta de los Fontanales, á la orilla derecha del Francolí, á cuatro kilómetros de la industriosa ciudad de Valls y á doce ó catorce de Reus y Tarragona. Un esbelto y curtido mozo en mangas de camisa, con un vistoso pañuelo arrollado á la cabeza, calzón corto, pierna desnuda y pie descalzo, abriendo aquí, cerrando allá su curso con el hierro de la azada, conducía el agua por los surcos plantados de hortaliza y árboles frutales. Al llegar al límite de un cuadro de coles y lechugas, hincando en la



Domingo pelaba la pava con Marieta

mojada tierra el rústico instrumento, apoyó ambas manos en el mango de la azada y se detuvo ante un fornido labrador que, á pocos pasos de él, en la vecina huerta, practicaba igual faena.

— *Piporro*, Dios te guarde.

— Él te guarde á ti también, Domingo, respondió el interpelado, con cierta violencia en el acento, aunque sin hacer caso del apodo con que su interlocutor le saludara.

— No me tengas mala voluntad, no hay para tanto.

— Bien sabe Dios, Domingo, que por tus prendas jamás te aborrecí: eres honrado, laborioso y amigo de hacer bien; pero...

— ¿Qué culpa tengo yo, di, de que la Marieta no te quiera?

— La tienen tus verdes años, la tienen los míos, aunque verdes también, un poco más maduros. ¡Que me desprecie esa moza porque te llevo quince abríles! Como si un hombre á los treinta y cinco, sin desmerecer su juventud, no aventajara en juicio y experiencia á otro de veinte.

— Las mujeres son caprichosas.

— Eso, ¿qué quieres que te diga?, no lo he podido digerir.

— Peor para ti entonces.

— ¡Peor para mí! Pues yo te digo, añadió exaltándose el *Piporro*, yo te digo que ni tú ni ella gozaréis en paz uno de otro.

— No te comprendo, *Piporro*.

— Me comprenderás en otra ocasión.

— ¿Cuándo?

El *Piporro* clavó la vista en un próximo cerezo, dejó vagar por sus enjutos labios una sonrisa de cruel satisfacción, y dijo, como inspirado por una idea diabólica:

— El día de la fiesta mayor.

— ¿Por San Juan?

— Eso es.

— Bueno.

— Abur.

Y al hombro la tosca azada, que chorreaba agua y lodo sobre sus calzones y camisa, el *Piporro*, á quien por su vozarrón daban este mote, saltó la rumorosa acequia y se alejó silbando á través de los frutales.

Domingo, sin cambiar de postura, paseó en torno una mirada distraída; abarcó, sin darse cuenta de ello, la extensa y pomposa huerta, el largo y sinuoso río, el cielo entre azul y cárdeno, el anfiteatro de montañas que, comenzando á negrear, limitaba el horizonte hasta el vastísimo escenario del Mediterráneo, y murmuró maquinalmente:

— ¡Por San Juan!..

II

Tres horas después, Domingo pelaba la pava con Marieta, junto á la casa de la misma, casa destartada y vieja, situada en los arrabales de Valls. Marieta, una mocetona robusta y bien formada, de rústica y sólida hermosura, apoyada al desgaire en el quicio de la puerta, oía, riéndose, los requiebros y ocurrencias de su novio.

— Ya sabes, decía éste, que me muero por tus pedazos, y en cuanto nos echen la bendición...

— ¿Cuándo va á ser?

— La huerta no da sino para ir tirando; pero así que llegue la vendimia y realice la cosecha...

— Por San Juan os lo dirán de misas, interrumpió de pronto la voz rimbombante del *Piporro*, al pasar junto á la casa y desaparecer tras la inmediata esquina.

— ¡Mochuelo! ¿Qué dice ese mochuelo?, profirió Marieta.

— No le hagas caso: ¡escucha!

Y Domingo refirió á su novia la escena de aquella tarde junto al río.

— ¡Ay, ay!, repuso ella, ¡rabia de celos y no se conforma con que le haya dado calabazas! ¡Oso, más que oso! ¡Iba á casarme yo con un hombre que casi puede ser mi padre!

— A mí, ya lo sabes, Marieta, no me asusta ningún hombre; pero si sus amenazas vinieran contra ti...

— ¡Por Dios, Domingo, no te comprometas!

— En ese caso..., ¡voto á...!, el vendimiado será él. Y soltó Domingo un taco tan redondo que, á ser menos moreno, hubiérase teñido de carmín el rostro de su novia.

III

La víspera de San Juan, día de su fiesta mayor, comenzaba á alborotarse la ciudad de Valls. En el teatro, en el Casino y en el Centro de Lectura se preparaban lucidos bailes; los gigantes, sacudido el



Caminaban llevando hachas encendidas y muy inclinadas

polvo y las galas renovadas, al son del tamboril y la dulzaina, salían á recorrer la población; en las casas particulares, en los cafés, en los comercios, apenas se hacía otra cosa que leer y comentar el programa de la fiesta; los párvulos, á sus lecciones desatentos, habían obligado á los maestros á darles asueto aquella tarde, y aquí y allá corrían alborozados en busca de ramas secas, virutas y otros inflamables combustibles para las tradicionales hogueras de la noche; las lindas muchachas de quince abríles pedían á sus madres ó enviaban á sus sirvientes á quitar á las gallinas del corral el fresquísimo huevo que, estrellado en un plato al dar las doce, cuando la hija del rey Herodes bailase en torno de la luna, había de dibujar, con todos los pelos y señales, el destino de su futuro amor. En la iglesia parroquial de San Juan Bautista y en el Ayuntamiento tampoco se dormían en las pajas, siendo grande el trajín de sacerdotes y monagos, de concejales y alguaciles. En un balcón de la Casa Consistorial, con regocijo y admiración de las comadres y chiquillos, que desde la plaza la contemplaban, veíase dispuesta á engalanar la procesión la enorme águila de pintado cartón con su blanca paloma en el pico y su corona de reina de las aves sobre la cabeza.

Durante la noche, entre el regocijo y algazara generales, Domingo y Marieta, agarrados del brazo y seguidos de los padres de la segunda, dos rústicos viejecitos, iban de calle en calle divirtiéndose en ver á los rapaces saltar, á riesgo de abrasarse ó desnucarse, las filas de hogueras, cuyas crujientes llamas amenazaban devorar los edificios. Al retirarse, satisfechos y contentos, á sus respectivas viviendas, ni

uno ni otro recordaban en modo alguno las enigmáticas y amenazadoras palabras del *Piporro*.

Al amanecer del alegre día, imposibilitado de dormir, despertó como un solo

Los de la danza de los Bastones, vistiendo pañuelos liados á la cabeza, faldellines azules y blancos zaragüelles hasta media pierna, venían de dos en dos esgrimiendo, al son de flautas, cortos y macizos palos. Seguían á estos y otros bailes y mojigangas, los gremios y cofradías con sus respectivos estandartes; tras ellos el pendonista, que era el diputado del distrito, cuyo séquito formaban, elegantes y solemnes, los jóvenes de las familias principales. Luego el águila, presa en el pico la cándida paloma atada al cuello una cinta de seda carmesí, rodeada de rapaces disfrazados de aguiluchos; después, bajo palio, la gloriosa imagen del Bautista entre sacerdotes revestidos de sus ornamentos, y finalmente, el ilustrísimo Ayuntamiento en traje de etiqueta, ostentando bandas amarillas y encarnadas, de las cuales pendían sendos espaldines; la música municipal y un piquete de infantería, acompasado el paso al lento redoble del tambor, las armas á la fune-
rala y los roses á la espalda.

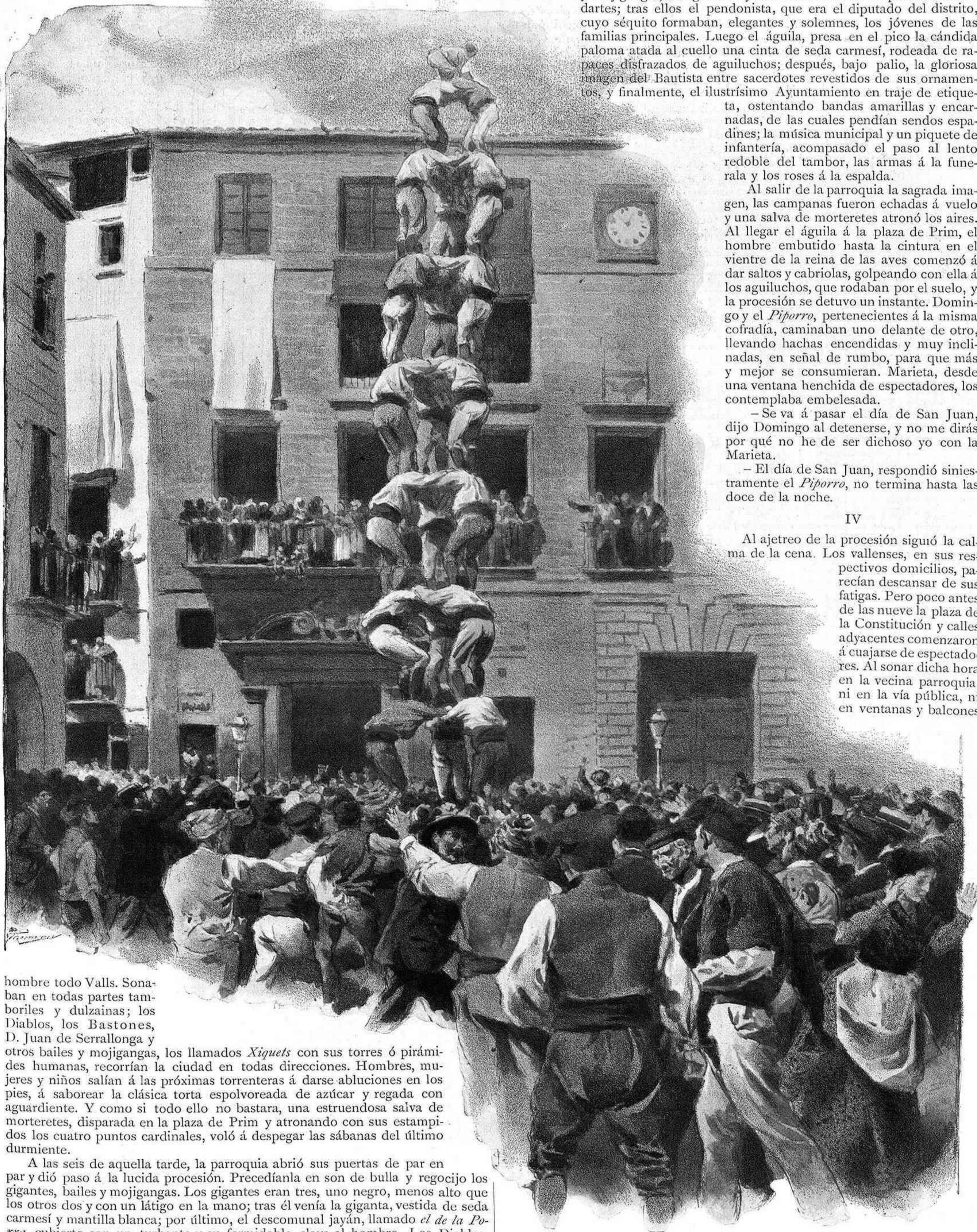
Al salir de la parroquia la sagrada imagen, las campanas fueron echadas á vuelo y una salva de morteretes atronó los aires. Al llegar el águila á la plaza de Prim, el hombre embutido hasta la cintura en el vientre de la reina de las aves comenzó á dar saltos y cabriolas, golpeando con ella á los aguiluchos, que rodaban por el suelo, y la procesión se detuvo un instante. Domingo y el *Piporro*, pertenecientes á la misma cofradía, caminaban uno delante de otro, llevando hachas encendidas y muy inclinadas, en señal de rumbo, para que más y mejor se consumieran. Marieta, desde una ventana henchida de espectadores, los contemplaba embelesada.

— Se va á pasar el día de San Juan, dijo Domingo al detenerse, y no me dirás por qué no he de ser dichoso yo con la Marieta.

— El día de San Juan, respondió sinictramente el *Piporro*, no termina hasta las doce de la noche.

IV

Al ajetreo de la procesión siguió la calma de la cena. Los vallenses, en sus respectivos domicilios, parecían descansar de sus fatigas. Pero poco antes de las nueve la plaza de la Constitución y calles adyacentes comenzaron á cuajarse de espectadores. Al sonar dicha hora en la vecina parroquia, ni en la vía pública, ni en ventanas y balcones



hombre todo Vall. Sonaban en todas partes tamboriles y dulzainas; los Diablos, los Bastones, D. Juan de Serrallonga y otros bailes y mojigangas, los llamados *Xiquets* con sus torres ó pirámides humanas, recorrían la ciudad en todas direcciones. Hombres, mujeres y niños salían á las próximas torrenteras á darse abluciones en los pies, á saborear la clásica torta espolvoreada de azúcar y regada con aguardiente. Y como si todo ello no bastara, una estruendosa salva de morteretes, disparada en la plaza de Prim y atronando con sus estampidos los cuatro puntos cardinales, voló á despegar las sábanas del último durmiente.

A las seis de aquella tarde, la parroquia abrió sus puertas de par en par y dió paso á la lucida procesión. Precedíanla en son de bulla y regocijo los gigantes, bailes y mojigangas. Los gigantes eran tres, uno negro, menos alto que los otros dos y con un látigo en la mano; tras él venía la giganta, vestida de seda carmesí y mantilla blanca; por último, el descomunal jayán, llamado *el de la Porra*, cubierto con un turbante y su formidable clava al hombro. Los Diablos, embutidos en sus estrafalarios trajes pintados de llamas, ostentando cuernos en los capuchos y rabos en la parte posterior, iban agitando sendas mazas, sujetas á las cuales rodaban, esparciendo un mar de chispas, hirvientes carretillas.

Sobre ellos se encaramó el octavo, un mancebo de dieciséis abriles, que encima de todos se colocó en cuclillas

cabía un alfiler. Un runrún semejante al oleaje recorrió como un espasmo aquel mar hormigueante de cabezas.

— ¡El tres de nueve, van á probar el tres de nueve!

En efecto, los *Xiquets de Valls* iban á levantar sus sorprendentes torres ó pirámides humanas. *El tres de nueve* era un nuevo y arriesgado castillo, no intentado hasta entonces, un loco alarde de fuerza y equilibrio. La muchedumbre estaba ansiosa, los edificios iluminados; los hachones, empotrados en el piso de la plaza y atestados de leña, ardían como hogueras; las carretillas de los diablos y los triquitraques que quemaban los pilluelos, aumentando la algazara, llenaban el aire de chispas y detonaciones. Brillaba abajo tanta luz, que el cielo, estrellado y con luna, parecía el caos.

De pronto rasgó el espacio el alegre son de la dulzaina.

— ¡Ahora, ahora!., rugió la muchedumbre.

Allá, en la parte baja de la plaza, no lejos de la fuente y al pie de las gradas que la ponen en comunicación con la calle contigua, vióse elevarse como por ensalmo una columna de cinco hombres uno sobre otro; en mangas de camisa, calzón corto y pañuelo liado á la cabeza, un niño de ocho años trepó por la columna hasta afirmar los pies sobre los cinco, puso los brazos en jarras y miró al espacio. Estrechada por una piña de gente que sostenía y ayudaba al de abajo, la humana columna fué subiendo la gradería, cruzó lentamente la plaza hasta la Casa Consistorial, á cuyos balcones se aferraron y subieron el niño y los dos que le seguían, mientras los otros tres, deshaciendo el castillo, se confundieron con la multitud.

— ¡El tres de nueve, el tres de nueve!, tronó ésta, alborozada.

Transcurrieron algunos minutos; redobló el tamboril y rasgó nuevamente el aire el son de la dulzaina. A favor de una oleada de cabezas abrióse un extenso claro en el centro de la plaza. Tres hombres, tres héroes, en mangas de camisa, al aire el velludo pecho, afirmaron los pies en el suelo, se trabaron fuertemente de brazos en forma circular; otros tres, saltando sobre los hombros de los primeros, tomaron igual postura, y cuarenta manos, cuarenta garras de los que junto á los de abajo se apiñaban, se clavaron en sus corvas. Otros tres hombres, uno de los cuales

era el *Piporro*, se encaramaron sobre los anteriores hasta colocarse de idéntica manera. Y así sucesivamente, por razón de estética y de equilibrio, yendo de más á menos en fuerza y corpulencia, alzándose hasta siete pisos de tres hombres cada uno. El séptimo lo constituían tres ágiles y esbeltos jóvenes de veinte años, cuyas cabezas casi se juntaban y entre los cuales se veía á Domingo. Sobre ellos se encaramó el octavo, un mancebo de dieciséis años, que encima de todos se colocó en cuclillas, dispuesto á servir de pedestal á la figura que iba á coronar aquel humano campanario. Aquello erizaba los cabellos, suspendía el ánimo. Tratábase de una colosal pirámide cuyas aristas eran cariátides vivientes y al través de cuyas vacías caras descubriáse allá, en el fondo de la inmediata callejuela, el ancho y pintado rosetón de la gótica parroquia. La pirámide se bamboleaba como un olmo sacudido por el viento; no obstante, aquellos temerarios, apretados los dientes, saltados los ojos, hinchadas las venas, dobladas las rodillas, manando ríos de sudor y las uñas de cada cual hundidas en las corvas del de encima, se mantenían firmes, guardando la ley del equilibrio. El niño de antes, trémulo, pero impávido, con un ramito de albahaca en la boca, aferrándose con manos y pies á las cariátides vivientes, había comenzado á preparar por las espaldas del *Piporro*, quien murmuró unas palabras al sentirlo, y seguía trepando, trepando en seguimiento del octavo. Al encaramarse á los hombros de Domingo, balbuceó muy callandito:

— El *Piporro* me ha dicho que no suba, que me va á pasar algo malo; pero yo no le hago caso. ¿Qué diríais vosotros si me volviera atrás?

Domingo, bamboleante y sudoroso, recordando las siniestras amenazas de su rival, sintió como con una súbita revelación iluminarse su cerebro; quiso advertir al muchacho, pero era tarde, porque éste escalaba ya la espalda del octavo, que acababa de tomar su arriesgada posición.

Ya las dulzainas lanzaban alegres una nota aguda y prolongada, ya el angelito, de pies sobre el octavo, agitaba á modo de alas y en señal de triunfo los bracitos, cuando el *Piporro*, que formaba parte de los terceros, fingiendo resbalar sobre su segundo, perdió el equilibrio, lo hizo perder á los demás, y aquella portentosa máquina humana se vino toda al suelo como un castillo de naipes. Las dulzainas pararon de repente, y durante algunos segundos sólo se vie-

ron hombres en el aire y, abajo, un bosque de brazos desnudos alzados al cielo; sólo se oyeron lamentos, alaridos y blasfemias, siendo indescriptibles la confusión y el movimiento. De los *xiquets*, tan puntillosos como valientes, unos corrían en auxilio de los heridos, otros entre maldiciones arrojaban con furia la *barretina*, se mesaban las barbas ó se arrancaban los cabellos á puñados. Junto á un portal, asistido de muchos y rodeado de un compacto grupo, yacía Domingo sin conocimiento. Marieta, que como un rayo había bajado de un balcón, pálida, desgreñada, semejante á una leona en celo, olvidada del pudor, apartando á manotazos y empellones á los hombres, conseguía abrirse paso.

— ¡Fuera! ¡Dejadme! ¡Quiero verle!

Al llegar hasta él, Domingo abrió los ojos, se palpaba el cuerpo y procuraba darse cuenta del suceso.

— Tranquilízate, no tengo nada, dijo al ver á su novia.

— ¡De veras! ¿No tienes herida ni fractura?

— Nada, me cogieron al caer; el golpe, la conmoción...

— ¡Alabado sea Dios! ¡Qué susto me has dado!

— ¿Hay muchas desgracias?, repuso Domingo, poniéndose en pie.

— Contusiones y chirlos de poca importancia, respondieron los del grupo; sólo un muerto...

— ¿Quién?

— El *Piporro*. Aunque procuró guardar el bulto, tropezó en el aire con otro que caía, y fué á dar de cabeza contra un canto, con tan mala suerte que se saltó los sesos.

— Ahora se lo llevan... ¡Mirad!

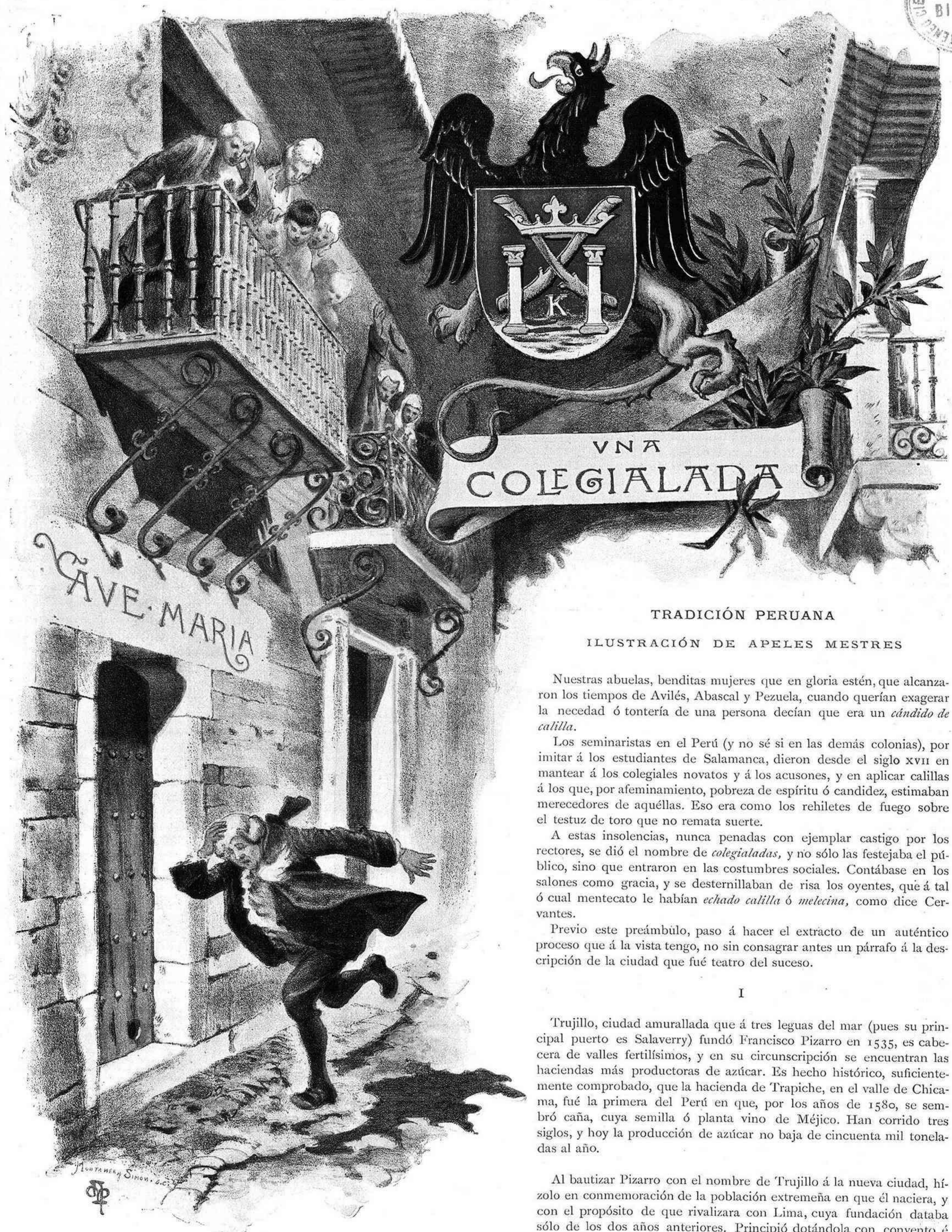
— ¡Pobre! Dios le haya perdonado, suspiró Marieta.

Domingo miró á su novia, y al verla desgreñada, palpitante, con sus mejores galas en desorden, tan rústica, tan salvajemente hermosa, pensó que también él, en el lugar del *Piporro*, hubiese hecho aquella barrabasada, porque... ¡recristina, ver en brazos de otro esa mujer!..

Y él, el único que estaba en el secreto, generoso en medio de su dicha, no quiso deshonorar la memoria de su rival, y se calló como un muerto, dejando ignorar á sus compañeros la verdadera causa del fracaso del *tres de nueve*.

JUAN TOMÁS SALVANY





TRADICIÓN PERUANA

ILUSTRACIÓN DE APELES MESTRES

Nuestras abuelas, benditas mujeres que en gloria estén, que alcanzaron los tiempos de Avilés, Abascal y Pezuela, cuando querían exagerar la necedad ó tontería de una persona decían que era un *cándido de calilla*.

Los seminaristas en el Perú (y no sé si en las demás colonias), por imitar á los estudiantes de Salamanca, dieron desde el siglo XVII en mantear á los colegiales novatos y á los acusones, y en aplicar calillas á los que, por afeminamiento, pobreza de espíritu ó candidez, estimaban merecedores de aquéllas. Eso era como los rehiletos de fuego sobre el testuz de toro que no remata suerte.

A estas insolencias, nunca penadas con ejemplar castigo por los rectores, se dió el nombre de *colegialadas*, y no sólo las festejaba el público, sino que entraron en las costumbres sociales. Contábase en los salones como gracia, y se desternillaban de risa los oyentes, que á tal ó cual mentecato le habían *echado calilla ó melecina*, como dice Cervantes.

Previo este preámbulo, paso á hacer el extracto de un auténtico proceso que á la vista tengo, no sin consagrar antes un párrafo á la descripción de la ciudad que fué teatro del suceso.

I

Trujillo, ciudad amurallada que á tres leguas del mar (pues su principal puerto es Salaverry) fundó Francisco Pizarro en 1535, es cabecera de valles fertilísimos, y en su circunscripción se encuentran las haciendas más productoras de azúcar. Es hecho histórico, suficientemente comprobado, que la hacienda de Trapiche, en el valle de Chicama, fué la primera del Perú en que, por los años de 1580, se sembró caña, cuya semilla ó planta vino de Méjico. Han corrido tres siglos, y hoy la producción de azúcar no baja de cincuenta mil toneladas al año.

Al bautizar Pizarro con el nombre de Trujillo á la nueva ciudad, hizo en conmemoración de la población extremeña en que él naciera, y con el propósito de que rivalizara con Lima, cuya fundación databa sólo de los dos años anteriores. Principió dotándola con convento é iglesia de las órdenes dominica y franciscana, viniendo más tarde el establecimiento de mercedarios, agustinianos, jesuítas y beletmitas. Las monjas clarisas y las carmelitas de Santa Teresa vinieron en los tiempos

en que la población de Trujillo excedía de quince mil almas, tiempos que fueron de positivo apogeo para la ciudad.

En 1609, y por Breve de Paulo V, se efectuó la erección del Obispado, estrenándose en 1616 la Catedral, cuya fábrica, realizada con el óbolo del vecindario, era suntuosa.

Fatalmente Trujillo rivaliza con Lima hasta en la frecuencia de los temblores, y á los ochenta y cuatro años de fundada, un día del año 1619, á las once de la mañana, espantoso sacudimiento de tierra, cuya violencia duró tres minutos, convirtió en escombros la hasta entonces alegre y progresista ciudad.

Trató, por entonces, el Cabildo de la traslación á otro lugar en donde la ola sísmica no había causado estragos; pero la mayoría de los vecinos se opuso al propósito, y procedióse á la reedificación. La de la nueva y actual Catedral quedó terminada en 1666.

Años luctuosos para Trujillo, además del ya apuntado, son el de 1725, en que un día, también á las once de la mañana, un fuerte temblor que duró poco más de un minuto echó por tierra seis casas maltratando el resto de edificios, y el de 1759, á las once de la noche, cuya violencia y daños casi lo igualaron con el terremoto de 1619.

Los trujillanos tuvieron siempre humos muy aristocráticos; y tanto que los burlones limeños decían de aquéllos que, en la plaza mayor, tenían enterradas, como reliquias caballerescas, una costilla y la lanza de Don Quijote. Blasonaban los buenos hijos de Trujillo de que el escudo de armas otorgado por Carlos V á su ciudad, fué el primero que hubo en el Perú, pues el de Lima fué expedido por el monarca con posterioridad. Duélenos *desilusionar* á los trujillanos comprobando que no están en lo cierto.

En el *Nobiliario de Indias*, publicado en 1892 por la Sociedad de bibliófilos andaluces, figura una real cédula, expedida en Valladolid el 7 de noviembre de 1537, designando el escudo de armas para Lima, y con fecha 7 de diciembre del mismo año se expidió, también en Valladolid, otra real cédula, dando escudo de armas á Trujillo.

Resulta de lo dicho (¡cuánta honra para mis tataranietos y choznos!) que, nada menos que en treinta días, está la noble Lima sobre la noble Trujillo. ¡Que no valga!

En lo que sí lleva ésta indisputable ventaja nobiliaria que yo, si fuera trujillano, no cambiaría ni por una cajetilla de cigarros, es en que mientras los alcaldes del Cabildo de Lima nunca pasaron de caballeros de hábito, condes ó marqueses, Trujillo tuvo por alcalde á todo un príncipe. ¡Cómo ha de reír la humanidad futura de la estulticia y candidez americana que fincaba orgullo en futesas tales!

II

D. Juan Bazo y Berry, que alcanzó á ser oidor en la Real Audiencia de Lima y que, después de jurada la independencia, se embarcó para España, desempeñaba el cargo de teniente asesor en la intendencia de Trujillo.

Fué D. Juan Bazo y Berry quien más influyó para que en la sesión que celebró el Cabildo el 1.º de enero de 1793 se eligiese, como en efecto se eligió, para alcalde de Trujillo al príncipe de la Paz y duque de Alcudia D. Manuel Godoy y Alvarez, disponiéndose que, por residir el electo en España, se entregase, en calidad de depósito, la vara de justicia al

alférez real D. Juan José Martínez de Pinillos. Sabido es que Godoy aceptó la honra que los trujillanos le dispensaban, y que obtuvo del rey tres ó cuatro cédulas acordando mercedes á la ciudad y á su puerto. El hombre era agradecido.

Sigamos con Bazo y Berry, dejando dormir en paz al favorito de Carlos IV.

En el primer año de este siglo que ya agoniza lo ascendió el rey á oidor de la Audiencia de Buenos Aires, ascenso que provocó envidiosas murmuraciones entre los leguleyos de la ciudad. Distinguióse entre los maldicientes un abogadillo ramplón, á quien nadie encomendaba la defensa de un pleito porque, amén de ser piramidal su reputación de bruto é ignorante, era persona ridícula de quien todos se mofaban, recargándola de apodos.

Habíase educado en un colegio de Lima; pero el colegio no entró en él, como decía el obispo Villarroel hablando de su convento. Mas tuvo padrino poderoso en el claustro universitario, y por aquello de *accipiamus pecunia et mitamus asinus in patria sua*, le dieron el diploma de licenciado en leyes.

Un chismoso llevó á oídos de doña Josefa Villanueva, esposa del nuevo oidor bonaerense, las ofensivas palabras que el licenciado D. Mariano de Mendoza profiriera en uno de los corrillos, siendo una de las más graves injurias haber dicho que las oidorcitas, hijas de D. Juan Bazo y Berry, eran unas señoritas del pan pringado.

Otro que tal llevó idéntico chisme á D. Francisco Bazo y Villanueva, mancebo de veintiún años, seminarista ordenado de cuatro grados, y que había merecido del virrey inglés el título de sacristán mayor de Cajamarca, empleo nominal muy codiciado, pues daba honra y renta (muy pequeña) sin ocasionar la menor fatiga.

Entre madre, hijo y hermanas formaron consejo de familia, y por unanimidad de pareceres se resolvió aplicarle un par de calillas al licenciado D. Mariano de Mendoza, en castigo de su bellaquería.

III

Con fecha 2 de diciembre de 1801 presentó Mendoza, ante el ilustrísimo obispo Minayo y Sobrino, un recurso querellándose contra el seminarista ordenado en grados menores D. Francisco Bazo y Villanueva, porque éste, con el pretexto de que tenía una encomienda que entregarle, lo llevó á su casa en la tarde del domingo 29 de noviembre, lo condujo á una de las habitaciones interiores, y con sus criados, que le menudeaban golpes, le hizo vendar los ojos y acostar sobre un colchón. En seguida le aplicaron dos velas de sebo, lo pusieron en la puerta de la calle, y le dieron un puntapié, festejándose la colegialada por la oidora, las oidorcitas y amigos y amigas que las acompañaban, amén del famulicio que actuaba en el ultraje.

El seminarista D. Francisco, á quien el obispo corrió traslado del recurso, se vió, como dicen, en mula chúcará y con estribos largos, ó sea en calzas prietas, pues la colegialada podía costarle, por lo menos, la expulsión del Seminario y crear obstáculos para el logro de su aspiración al sacerdocio. Por eso, á la vez que intrigaba para entrar en componendas con el querellante, contestó al traslado pidiendo que Mendoza afianzase la calumnia, petición que fué apoyada por el promotor fiscal.

Así la opinión pública como la rectitud del obispo Minayo y Sobrino favorecían á la infeliz víctima del

insolente colegialito; pero, repentinamente, fué general el cambio de simpatías, y todo Trujillo convino en que Mendoza era digno de que en él se consumiera todo el sebo de las velas del Perú.

IV

Yo también, después de un siglo cabal del suceso, opino lo mismo. ¿Por qué? Porque Mendoza, con fecha 7 de diciembre, firmó un recurso, á presencia de dos testigos, en el que se desistía de la querrela contra el seminarista, su señora madre y hermanas, á quienes confesaba haber agraviado con su falta de consecuencia al buen trato que de esa familia había siempre merecido. Agregaba que, estando ya su espíritu más sereno, reconocía que Francisco, el futuro presbítero, no había desempeñado otro papel que el de mirón en una broma de la señora y de las niñas.

En el mismo día recayó, sobre este recurso de desistimiento, el siguiente notabilísimo auto: «Por desistimiento; pague el suplicante las costas, y archívese. = EL OBISPO. = Ante mí, *Merino*.»

Aquí, con el auto en que no sólo se quedaba el licenciado muy fresco con las calillas dentro del cuerpo, sino que hasta las pagaba con el dinero que, por costas judiciales, se le condenaba á satisfacer, creará cualquiera fenecido el juicio. Pues no, señor; todavía hay rabo por desollar.

V

Si estúpido y sin vergüenza estuvo Mendoza con su recurso de desistimiento, tres días después acabó de consolidar su reputación de tonto de capirote, presentando nuevo escrito que, por ser típico, quiero copiar *ad pedem literae*.

«Ilmo. señor: El licenciado Mendoza en los autos criminales contra doña Josefa Villanueva, sus hijos y criados, digo: Que el día lunes de esta semana, 7 de diciembre, como á las diez de la mañana, el regidor D. José de la Puente me trajo cien pesos, en seis onzas de oro, para que me desistiese del pleito, con más un escrito de puño y letra de la parte contraria para que lo firmara. En efecto, así porque me hallaba en cama con las costillas maltratadas, porque como con ese dinero podía ayudarme para la curación, alimentos, médico y medicinas, accedí á firmar dicho escrito. Pero como documentos que se hacen bajo la opresión, siempre que se reclame con tiempo, no valen ni hacen fuerza, á Useñoría Ilustrísima rendidamente suplico se sirva mandar la prosecución del juicio, y que se proceda á la sumaria.»

— ¡Vaya un hombre para indigno! ¡Valiente gazañapiro!, exclamó el obispo después de oír leer por el notario Merino este recurso.

Consideró su señoría que sería el cuento de la buena pipa ó de nunca acabar el seguir admitiendo recursos de un *calillado* de condición tan bellaca. Es dar puñaladas al cielo ó intentar lo imposible el imaginarse que de un imbécil pueda sacarse un hombre discreto.

He aquí el auto final que dictó el ilustrísimo señor obispo:

«No ha lugar, no ha lugar y no ha lugar. Quédese el suplicante con sus calillas, ú ocurra donde le conviniera, no siendo ante esta curia eclesiástica. = EL OBISPO. = Ante mí, *Merino*.»

RICARDO PALMA

Lima, 1899.



EN EL VALLE DE PAS.—COSTUMBRES MONTAÑESAS.—ILUSTRACIONES DE M. PEDRERO

Una de las comarcas de España donde por más tiempo se han conservado las tradicionales costumbres de los antiguos, ha sido el valle de Pas, pintoresco y quebrado espacio de terreno enclavado en la provincia de Santander, y que alejándose de la costa llega á tocar con Castilla la Vieja por la parte de Espinosa de los Monteros.

Es la del valle de Pas una población eminentemente pastoril, dedicada al cuidado de las vacas en primer término, y como complemento al de las cabras y las ovejas.

Los pasiegos y las pasiegas nacen pastores; el niño apenas sabe andar aprende á cuidar el ganado; el hombre y la mujer viven por completo consagrados á él; á su calor se conforta el anciano en los últimos años de su existencia, y de lo que la leche produce, de la manteca y del queso principalmente sacan los recursos para vivir honradamente, aunque con muchos afanes y sin salir nunca de la pobreza.

El afán de prosperar hizo que la gente joven, lo mismo hombres que mujeres, se dedicasen durante mucho tiempo á las arriesgadas empresas del contrabando. Quedábanse en el valle, al cuidado del ganado y en las faenas domésticas, los ancianos y los adolescentes; pero el mozo varonil y la moza nada tímida se lanzaban á las más peligrosas aventuras, marchando hasta Bayona á recoger la carga de tela, que sigilosamente llevaban á los comerciantes de Santander.

Con esto se ganaba más que haciendo mantecas y quesucos y llevándolos á vender á los mercados de la provincia. ¡Pero cuántos riesgos se corrían en la lucha entablada con los carabineros! Tenían que andar siempre por los caminos más escabrosos; ellos con el largo palo que les ayuda á dar saltos maravillosos, y ellas agobiadas bajo el peso del cuévano, que no les impide, sin embargo, correr con singular destreza.

Unos y otras conocían lo más intrincado de los montes, lo más profundo de los valles, lo más alto de las montañas, para esconder entre la maleza ó entre las rocas la preciosa carga, cuando no había otro medio de librarla de las garras de los representantes del fisco, y volver á buscarla después de pasado el peligro.

El pasiego contrabandista, que no conoció hasta después de la primera guerra civil las armas de fuego, no hacía frente á su encarnizado enemigo, el carabnero, y buscaba su salvación y la del género que llevaba en la fuga, poniendo en juego todos los recursos de su agilidad, de su fuerza y de su destreza.

La pasiega consagrada al contrabando se distinguía por su ingenio, por sus mañas, por su travesura, que la hacía salir bien de los más apurados lances.

Cuando salían bien de sus empresas y recibían en Santander el fruto de sus afanes, volvían contentos y satisfechos al valle, y en la cabaña, donde estaba establecido el hogar, había durante muchos días pan de trigo para alternar con la borona, chocolate para regalo de los viejos, galletas y otras golosinas para los muchachos, y galas que lucían las mozas y los mozos para ir á misa los días festivos y bailar debajo de los nogales.

El principal producto del contrabando se dedicaba á aumentar las cabezas de ganado y á extender los prados que producen la hierba para criarle, y eran las más ricas las familias que disponían de más gente joven y arriesgada para las faenas contrabandistas, y fué la del contrabando una de las épocas de más prosperidad del valle de Pas.

Cuando por los cambios y mudanzas que traen consigo los tiempos el contrabando decayó, el pasiego y la pasiega contrabandistas se dedicaron al comercio, para el que tienen singulares aptitudes, y abandonando el valle nativo, se extendieron por todas las provincias de España.

Raro es el pueblo de las Provincias Vascongadas, de Aragón, de Castilla y de Navarra donde no haya tienda de pasiego.

Otra industria, si así puede llamarse un tráfico

poco delicado, ha tenido y tiene todavía el valle de Pas; pero ésta, aun entre los mismos naturales, está algo desacreditada, y no se dedican á ella sino las familias más pobres ó menos aficionadas á la rudeza del trabajo: la de las amas de cría.

La pasiega es una nodriza robusta, sana, con leche abundante, hábil y cuidadosa para el manejo de los

adornándole con vistosas mantillas; en él se traslada á los ancianos que no pueden subir del caserío á la braniza; con él se va al mercado á llevar los quesos y las mantecas, y no se abandona ni aun para ir á las romerías.

El cuévano del hombre es más tosco y más grande; con él se va á buscar la hoja y la leña al monte y se saca el abono de las cuádras. El pasiego tiene, además del cuévano, el dalle bien afilado para segar la hierba y el palo alto, recio, liso, que es su compañero inseparable, su apoyo en los pasos malos y su arma de ataque y de defensa en caso de peligro.

El calzón corto, dejando asomar una parte del calzoncillo, la media azul, la chaqueta ceñida y el chaleco de pana con botones de plata, que hacen juego con los del calzón y la chaqueta; para los pies la abarca colocada sobre el escarpín de lana bien respunteado, y el pañuelo de seda bien doblado, ciñendo la frente y atado al lado izquierdo, constituyen el traje clásico del pasiego.

Su diversión favorita es el juego de bolos, y no hay pueblo del valle que no tenga su bolera próxima á la iglesia, ni su alameda de nogales, bajo cuya sombra bailan los mozos y las mozas al son de la pandereta hábilmente manejada.

La danza, ya sea á lo alto, á lo bajo ó á lo ligero, es salerosa y acompasada, y los cantares que la acompañan tienen el sello de melancolía propio de la montaña.

Todos los domingos bajan por grupos de las branizas más lejanas los que las habitan, menos los ancianos y los niños que no pueden andar. Ir á misa es una obligación y una fiesta, y constituye además una necesidad, porque el día de

fiesta es el de mercado, en que se hace provisión para toda la semana.

Antes de llegar al pueblo hay por regla general un santuario donde se reza y una fuente junto á la cual se completa el tocado, poniéndose los zapatos y los pañuelos de lujo para ir á la iglesia bien engalanadas.

Las mujeres llevan la cesta con las candelas de cera, que encenderán sobre la tumba de sus antepasados; las mozas lucen sus mejores galas y los mozos sus más lucientes palos.

Después de la misa es el mercado, las comidas al aire libre, y por la tarde el juego de bolos y el baile, que dura hasta la hora de regresar á la braniza, llevando en los cuévanos las compras que se han hecho.

No hay que decir que las mozas casaderas van bien acompañadas por los galanes que las rondan y que consagran las noches á ir de *rolda* por los diseminados caseríos.

Algunas veces los celos, los desdenes y las amorosas competencias promueven las dimensiones en que se entablan luchas reñidísimas. Antiguamente no se usaban más armas que los palos, y todo terminaba con algunas descalabraduras más ó menos graves. Después se mezclaron á los palos las armas blancas, causando heridas mortales, y hoy ya toma parte en las peleas el revólver que deja tendido en el suelo algún cadáver.

Como el homicida no sea cogido *in fraganti* es muy difícil averiguar quién ha sido el autor de una muerte. En Pas hay una aversión instintiva á la justicia, y el pasiego nunca delata. El guardia civil, el carabnero, el alguacil, todo el que investido de autoridad llega de afuera, es considerado como enemigo, y el que sufre persecución de la justicia puede estar seguro de que tiene en sus convecinos decididos protectores.

El valle de Pas ha perdido mucho en estos últimos tiempos por la emigración de la gente moza, y sólo quedan allí los viejos, que continúan fieles á la tradición y que vegetan cuidando de los prados y del ganado, que disminuye más cada día.



No se concibe al pasiego, y sobre todo á la pasiega, sin el cuévano...

niños, y la moda la ha preferido durante mucho tiempo para criar á los vástagos algo desmembrados de las familias aristocráticas, y aun á los nacidos en regia cuna y llamados á ocupar el trono.

En el palacio real se pueden ver retratos de amas pasiegas, pintadas nada menos que por Federico Madrazo, y la indumentaria de la pasiega, un poco exagerada, es por regla general el traje característico del ama de cría en España; esto es, la saya muy plegada y tocando al suelo, guarnecida con ricos galones; el jubón de terciopelo, muy ajustado, abierto por delante sobre un pechero ricamente bordado y con buen golpe de botones de plata en la manga y en la delantera; delantal lujoso y largo; collar de muchas vueltas de corales, y larga cadena de plata rematada con una imagen de la Virgen del Pilar; finas y colgantes arracadas de oro, y pañuelo de seda de vivísimos colores á la cabeza, ocultando casi por completo el pelo.

Las pasiegas aman entrañablemente el país en que han nacido, aunque tengan que abandonar en la lucha por la existencia, y permanecen siempre fieles á sus tradiciones, conservando, sea cualquiera la posición á que lleguen, como los más gratos recuerdos de su vida los de los días de la juventud pasados en su querido valle.

La cabaña pasiega, con el establo para las vacas en la planta baja; arriba el hogar donde se acomoda la familia, y muy inmediata la choza donde se recogen las cabras y las ovejas, es una de las viviendas más primitivas. El ajuar imprescindible le componen la artesa, donde la mujer amasa la torta de maíz que se pone todos los días á la lumbre en el momento de la comida; la zapita de madera, donde se recoge la leche que se ordeña dos veces al día; el odre donde se hace la manteca; el zurrón que se lleva al molino; las escudillas y los pucheros para la comida de la familia; el caldero para la del cerdo; inmensos arcones para guardar la ropa, y sobre todo el cuévano, auxiliar indispensable para todas las faenas.

No se concibe al pasiego, y sobre todo á la pasiega, sin el cuévano; de él hace cuna de sus hijos,

LA PUERTA NEGRA Y LA PUERTA AZUL

Ilustraciones de José Triadó

Era no sé qué año, de no sé qué siglo. Y para lo que vamos á referir, tampoco importa saberlo.

Era una noche de invierno: y había caído una gran nevada.

Los tejados estaban blancos cuando asomaba la luna por entre densos nubarrones. Y cuando la luna se ocultaba, la blancura se desleía en las sombras.

Blancas estaban también las calles formando una alfombra que amortiguaba los pasos de los escasísimos transeuntes.

Un reloj dió la una: ó, por lo menos, dió una campanada: si dió más, las restantes no se oyeron. Acaso al brotar del metal se quedaron heladitas de frío. Porque el frío era muy intenso. Y el frío todo lo hieló: hasta el sonido.

Por una calle estrecha y retorcida venían dos sombras en sentido contrario.

Dijérase que á una de ellas le crujían los huesos al andar, aunque más bien que crujido era el chirrido de un hierro ardiendo cuando se sumerge en agua.

Y esto último debía ser lo cierto; porque la sombra que por la calleja se deslizaba era el diablo: y como el diablo está que arde, al pisar la nieve la hace hervir.

Pero sólo en esto se conocía su procedencia diabólica. Que por lo demás, las negras alas venían cubiertas de nieve y parecían las alas de un ángel. Y le hacía estremecer esta idea, de dolor y de gozo al mismo tiempo; porque pensaba en aquellos en que sus alas eran blancas.

Por el lado opuesto hemos dicho que venía otra sombra: y en los cortos intervalos en que la luna brillaba, también podía observarse que traía alas blancas. ¡Como que era un ángel! Pero un ángel legítimo. Y la nieve formaba en el plumaje blancura sobre blancura.

De pronto el diablo se detuvo: estaba cansado; y con todo el fuego interno que le devora sentía frío: y aunque el diablo nunca duerme — porque si durmiese olvidaría, y no puede olvidar, — sentía sueño.

Con lo cual resolvióse á descansar unos instantes. Y acercándose á un portal muy hondo y muy oscuro, se sentó en un escalón y se acurrucó, cubriéndose con las alas, en la parte más sombría.

Bien pronto desaparecieron sus formas bajo un manto de nieve.

Entretanto el ángel seguía avanzando, pero lentamente; porque siempre que la luna salía, el ángel se paraba y miraba al cielo, y batía las alas como para querer subir. Y salpicaba el aire de una multitud de pequeños copos de nieve.

Cuando la luna se velaba, volvía á plegar las alas y seguía marchando.

También estaba cansado porque venía de muy lejos: también sentía sueño: uno de esos sueños de que gozan los ángeles; que son visiones de moradas celestiales tan altas, tan altas, que á pesar de ser ángeles, á ellas no pueden subir.

Junto al portalón en que estaba acurrucado el diablo se detuvo: al portal se dirigió, ó por casualidad extraña ó por decreto de la Providencia acaso.

Ello es que se sentó en el mismo escalón en que se había acurrucado el diablo, pero en el extremo opuesto. Y haciendo de las blancas alas almohada suavísima, se quedó profundamente dormido.

Y ya tenemos bajo un mismo portal, durmiendo entre la nieve, á un diablo y á un ángel. Y no se me diga que es un suceso extraordinario, porque yo creo firmemente que esto habrá sucedido muchas veces.

Siguió la nevada: siguió el frío: y en la misma torre que antes, dieron las dos, ó, por lo menos, dieron dos campanadas.

Casi al sonar la última, salió la luna y pudo verse que entraba en la calleja una mujer desarrapada, joven todavía, que habría sido hermosa, pero que estaba marchita, ó por el hambre ó por el vicio, ¡quién sabe!

Envuelto en un mantón y apretándolo contra su pecho, traía un niño como de dos años.

La nieve continuaba cayendo; y sus copos se enredaban en el negro cabello de la mujer, como si quisieran blanquearlo. Y metiéndose por el hueco del mantón, le caían en la cara al niño, que se estremecía de frío.

La mujer marchaba vacilante. Su respiración era desigual. El aliento se le helaba al salir envuelto en sollozos por entre los pálidos labios.

Aquella pobre mujer se iba muriendo: y el niño no podía tener mucha vida.

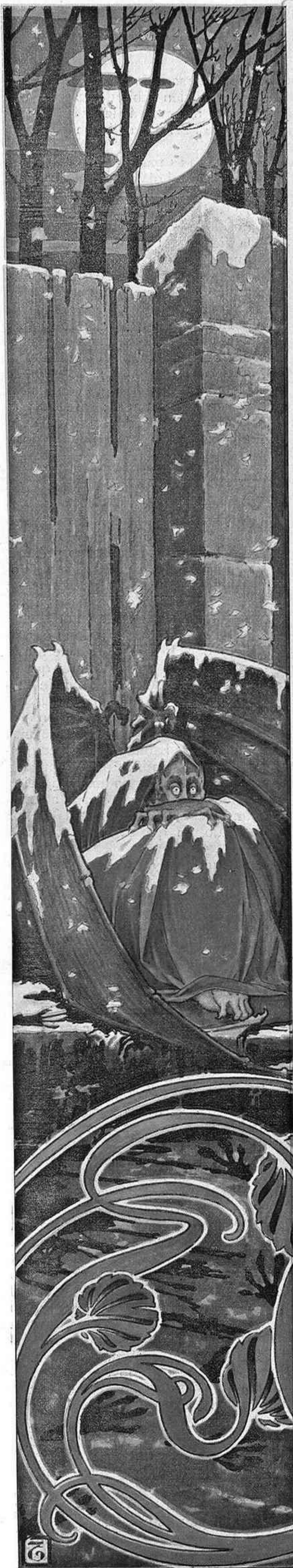
Al fin llegó al portal en que reposaban el diablo y el ángel; y faltándole las fuerzas del todo, cayó desplomada en el centro del escalón. Por algunos instantes se quedó rígida apretando convulsivamente al niño contra su cuerpo; pero al fin perdió el conocimiento y el niño se la desprendió de los brazos.

Ella cayó sobre el ángel: el niño cayó sobre el diablo: la nieve cayó sobre todos. La noche continuó cada vez más fría: la luna no salió más.

El ángel despertó: atrajo hacia sí el cuerpo de la pobre mujer, y quiso darle calor; pero fué inútil, estaba muerta.

Entonces el ángel la cogió en sus brazos; salió del portal; sacudió las alas; las abrió en toda su anchura; remontó el vuelo; y se perdió en el espacio, llevándose el cuerpo y el alma de la mujer muerta.

El niño, entretanto, atraído por el calor del diablo, se fué acercando





á él como pudo y se le puso encima. ¡No hay como ser inocente para abrazarse al diablo! ¡No hay como ser cándido para imaginar que todo fuego caliente! El diablo quema: pero calentar no puede; al menos, con calor de vida.

Así es que el pobre niño cada vez sentía más frío; y al fin, se le heló al diablo entre los brazos.

En ellos le cogió el diablo pensando: «es un alma muy chiquita; pero la noche no está para mayores ganancias.» Y saliendo del portal con el amoratado cadáver del niño entre las zarpas, olfateó á un lado y á otro para orientarse. Abrió las alas con mucho tiento, para que no se le cayese la nieve y para que de este modo parecieran blancas, aunque fuera de mentirijillas, y alzó el vuelo infernal llevándose al niño por los aires y diciendo para sí: «¡Qué diablo; es decir, qué yo!; el que me viese pensaría que soy un ángel que se lleva el niño al cielo.»

Y perdóneme el lector, porque necesito hacer una pausa. Como que es indispensable un cambio de decoración.

Ya no es de noche: la escena no representa una calleja; ni hay nieve; ni portal obscuro; ni cielo con nubes; ni plateada luna, que unas veces salga y otras desaparezca.

La escena representa un espacio caótico, sin formas, sin dimensiones: su anchura puede ser la de un escenario: su anchura puede ser infinita.

Hacia la izquierda se amontonan sombras; hacia la derecha las sombras se aclaran y se desvanecen en neblinas y en nubecillas rosadas.

A la izquierda, y entre el caos de negruras, hay una puerta de contorno indeciso y con un aldabón de fuego. Es, naturalmente, la puerta del infierno. Porque siendo tan negra y teniendo el aldabón hecho ascua, sólo la puerta del infierno podría ser, ó no hay arte clásico en el mundo.

A la derecha, y entre las nubes rosadas, hay una puerta de color azul de cielo, con un aldabón que parece de oro y debe ser de fundición de estrellas. Esta puerta es, naturalmente, tan naturalmente como antes, la puerta del cielo.

De pronto apareció el diablo con el niño en brazos: se fué á la puerta negra y dió un aldabonazo que resonó como trueno horrisono y despidió multitud de chispas.

— Aquí traigo esto, dijo el diablo.

Y una voz le contestó:

— ¿Hasta cuándo vas á ser imbécil? Las almas de los niños no entran en el infierno.

El diablo bajó los cuernos con humildad, porque en el infierno hay mucha subordinación, y dirigiéndose á la puerta azul, dió otro aldabonazo, sacudiendo después los dedos como si se hubiese quemado, y dijo como antes:

— Aquí traigo esto.

Una voz cascada, como de viejo gruñón, le contestó desde dentro y sin abrir la puerta:

— ¡Bueno será lo que tú traigas, protervo! Aquí no se entra.

Con lo cual, el diablo, con el niño colgando de una zarpa, se fué al centro del caos, se rascó entre los cuernos, pensativo; y dijo, con voz infernal:

— ¿Y qué hago yo de esto?

Poco después, llegó á la puerta del cielo el ángel, con la pobre mujer que había muerto de frío. Y llamó; y se entreabrió la puerta azul; y asomó la cabeza de un viejo, que con tristeza y dulzura le dijo:

— No podéis entrar: esa mujer es una gran pecadora.

Y se cerró la puerta azul.

Entonces, el ángel, sin abandonar á la madre, se vino adonde estaba el diablo con el hijo, y en breves palabras ángel y diablo se explicaron lo ocurrido.

Pero el cuerpo de la pecadora se animó: una triste sonrisa vagó por sus labios; un amor inmenso y una inmensa desesperación cruzaron por su alma como dos relámpagos; dolores, cariños, ternuras como los que hay por la tierra agitaron sus entrañas en aquel seno del caos; y por súbito impulso, arrancando á su hijo de entre las zarpas del diablo, le dió en la frente el beso de despedida por toda una eternidad, y entregando el niño al ángel, le suplicó de este modo:

— Llévale á la puerta azul, que á éste le dejarán entrar.

Después, se entregó al diablo: tantas veces lo había hecho en la tierra, que no le costó trabajo.

Los dos grupos se separaron.

El ángel, con el niño, llegó á la puerta azul, que de par en par se abrió. Y el niño y el ángel entraron.

Entretanto el diablo se llevó á la pecadora á la puerta negra y dió el último aldabazo.

Pero tampoco se abrió la puerta: y la misma voz que antes aulló de nuevo:

— ¡Imbécil! ¡Cada vez eres más imbécil! ¿Para qué traes á esa mujer?

— Es una pecadora, gritó el diablo.

— Lo fué; pero está perdonada, resonó tras la puerta.

Y el diablo, con tono de mal humor, abandonó á la mujer en el caos; y señalándole con los ganchudos dedos la puerta azul, le dijo:

— Ve tú: que yo no te llevo.

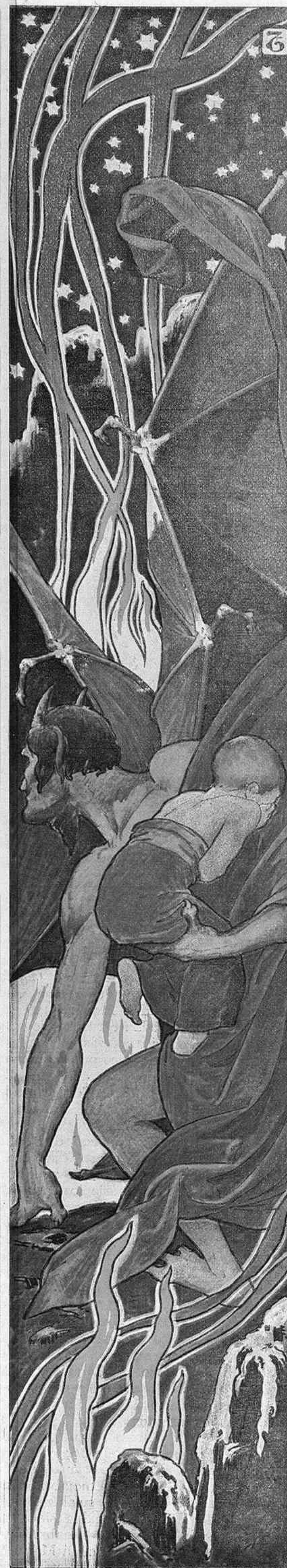
Y la mujer, obediente, pero con desaliento infinito, se dirigió hacia la puerta azul, murmurando entre sus labios:

— ¿Para qué he de ir?

Se acercó á la puerta azul: no se atrevió á llamar; pero la puerta se abrió un poquito: por el resquicio salió la manita de un niño; la cogió con cariño por el brazo y se oyó una voz que decía:

— ¡Entra, mamá!

JOSÉ ECHEGARAY



EL MOLINO,
cuadro de costumbres gallegas.—Ilustraciones de Angel Huertas

Desde lejos no lo veríais, porque lo tapa densa cortina de castaños y grupos de salces y mimbreras, cuyo fino verdor gris se armoniza con la pálida esmeralda del prado. Pero acercaos, y os prende y cautiva la gracia del molino rústico;



Mariniña la molinera

delante la *represa*, festoneada de espadañas, poas, lirios morados y amarilla cicuta; la *represa* con su agua dormida, su fondo de limo en que se crían anguilas górdas y alborotadoras ranas; luego las cuatro paredes blancas de la casuca, su rojo techo, su rueda negruzca que bate el agua con sordo resuello y fragor... Y en la puerta, de pie, con las abiertas palmas apoyadas en las macizas caderas, iluminado el moreno rostro por los garzos ojos y los labios de guinda, empolvado á lo Luis XV el revuelto pelo rizado, divisáis á Mariniña la molinera — que mira hacia la vereda del soto, esperanzada de que no tardará en asomar por ella Chinto Moure...

Para ir al molino jamás faltan pretextos; siempre hay un ferrado de millo, un saco de trigo que moler con destino á la hornada de la semana. Los de la aldea ya lo saben: Chinto está dispuesto á desempeñar la comisión, dando las gracias encima. Provisto de una agujada con que pica á su caballo y de un luengo *adival* para amarrarle los sacos al lomo; descalzo en verano, calzado en invierno con gruesos borceguíes de suela de palo, Chinto emprende su caminata desde la parroquia de Sentrove hasta el molino de Carazás, por ver un rato á Mariniña y gustar con ella sabroso parrafeo, entre el revolver de las finas nubes del moyuelo y la música uniforme del rodicio que tritura el grano incesantemente.

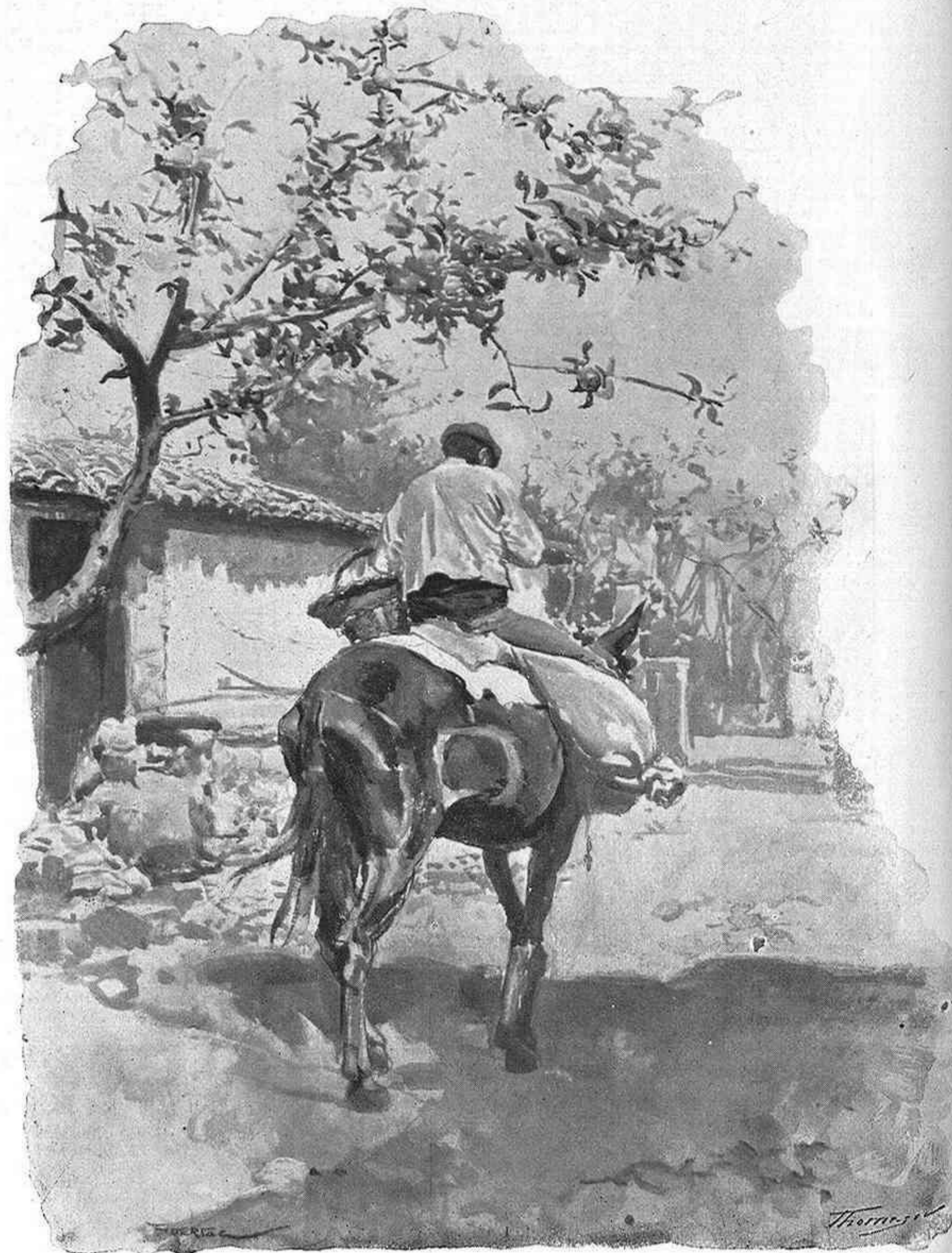
¿Por qué, si tenían sus pensares tan juntos y sus corazones tan allegados como la blanca muela y el blando maíz, no disponían casarse la Mariniña y el Chinto? — Nadie lo ignoraba en la parroquia: Chinto no había entrado aún en suerte; y su terror del cuartel y del uniforme era tal, que si le tocaba un mal número, había resuelto largarse á la América del Sur en el primer barco que del puerto de Marineda saliese... Y aun por eso se burlaban y hacían chacota larga de Mariniña los mozos de Carazás y los de las circunvecinas parroquias, anunciándola que con un amante y esposo tan cobarde y apocado, mal defendidos andarían el día de mañana la mujer y el molino, mal cobradas las maquilas, mal reprimidos los intentos de retozo con la frescachona y rozagante molinera...

El exterior de Chinto no puede negarse que prestaba fundamento á estas presunciones y augurios del porvenir. De estatura mediana, esbelto, con una testa rubia parecida á la de los santos del retablo de la iglesuela románica en que oyen misa los de Carazás, semejaba Chinto linda mozueta disfrazada en hábito de varón; su voz era suave, su acento humilde, sus modales tímidos y corteses. El trabajo del campo no había sido bastante para curtir su piel, y al entreabrírse su camisa de estopa descubría un blanco cutis de doncella, raso y terso, una dulce seda que enloquecía á Mariniña... Porque conviene saber que la molinera, aquella moza resuelta y enérgicamente laboriosa, «una loba,» como de-

cían las comadres del *ruciro*, se enternecía, se bababa de gusto, se moría, en fin, de amor por el mozo delicado y aniñado — hasta afeminado podría decirse — que todas las noches andaba y desandaba la vereda del molino.

No es que á Mariniña le faltasen otras proporciones. Al contrario: mujer más rondada y pretendida no existía en tres leguas á la redonda, desde la orillamar y los puertecillos de pesca que bañan las plateadas ondas de la ría, hasta los cerros de Britón, donde empiezan á erguirse los rudos peñascos célticos entre sombríos pinares. No consistía tanto en las turgentes formas y las floridas mejillas de la molinera, como en el maldito señuelo de la molienda, en la complicidad del rodicio, en la familiaridad de la maquila. En la aldea no hay *Casinos* ni *Veloces*, no se sabe qué sea un *sarao* ni un *raout*, pero no os fiéis: lo que pasa en la corte entre paredes vestidas de seda, ocurre allí en el atrio de la iglesia á la salida de misa mayor, en la *desfolia*, en el campo de la romería ó en las noches del molino... Sobre todo en las noches del molino; en verano, á la clara luz de la luna; en invierno, á la dudosa claridad de la candileja de petróleo, conciertanse las voluntades y se teje la guirnalda de amapolas y manzanilla del rústico amor. — La prisa, la aglomeración de trabajo, obligan á moler la noche entera, y esperando su saco se juntan allí rapaces y rapazas, cruzando coplas de *enchoyada*, vivo diálogo galante, de finezas y desdenes, de sátira y picardía, que á veces acompaña la pandereta en argentino repique. — Y en la atmósfera caldeada del *salón* campesino, Mariniña reina y atrae las voluntades: ya arisca, ya risueña; pronta á la chanza, instantánea en reprimir á los obsequiadores desmandados y sueltos de manos en demasía; activa y fuerte en el trabajo, animosa y de recios puños para erguir el saco lleno ó ayudar á descargarlo y á vaciarlo..., no hay mozo de los que al molino concurren que no piense en la molinera, y no le profese ojeriza y tirría á Chinto, murmurando de él con frases despreciativas é irónicas: «¡Vaya un gusto raro, ir á antojarse de aquel papi-rubio, de aquella madamita, á quien le venían las sayas antes que el calzón! ¡Uno capaz de desfondarse de miedo á la idea de servir al rey! ¡Uno que hasta no fumaba, ni gastaba navajilla, ni echaba palabras, ni el día de la fiesta cataba el aguardiente! ¡Un *papulito* que nunca había arrimado un palo á nadie, ni sabía romper una cabeza á golpe de *bisarma*!»

La rabia de los desairados pretendientes contra el afortunado Chinto les inspiró una idea diabólica. Entraron en la conjura Santiago de Andrea, Mingos el de Sentrove, *Calros* Antelo, Raposín... la *trinica* de calaverones de montera que solían recorrer las aldeas en son de parranda y de tuna, pegando *atruxos* retadores y arrimándose á la cancilla de las *raparigas* casaderas, para enderezarlas coplas picantes... Sucedió esto allá por Noviembre, cuando la senda que guía



Chinto emprende su caminata...

al molino se empapaba en rocío glacial, y las caídas hojas de los castaños formaban mullido tapiz, y los cendales de la niebla, envolviendo el paisaje en velo espeso, dejaban entrever las siluetas descarnadas de los árboles, parecidas á espectros de luengos brazos. Sabedores los conjurados de que Chinto pasaría en dirección al molino á eso de la media noche, envolviéronse en blancas sábanas,



Mojando su delantal le lavó ella misma los morros.

encasquetáronse en la cabeza sendas ollas con un par de agujeros cada una, y dentro de cada una fijo un cabo de vela de sebo; retorcieron haces de paja, y se apostaron en la linde del castañal, á la hora en que la luna se esconde y el mochuelo saluda á las tinieblas con su queja lúgubre. — Tardaba Chinto en llegar; no se oía rumor alguno en el sendero, sino á lo lejos el sollozo del molino, y el frío y la impaciencia producían honda desazón en los conspiradores. Al principio habían reído y bromeado, celebrando la ocurrencia, que era, como ellos decían, *una pava* preciosa! Remedar una procesión de fantasmas, de almas del otro mundo, la fúnebre *compaña*: encender el cabo de sebo y los haces de paja, y desfilas así ante el medroso Chinto... ¡para reventar de risa! — Pero transcurría la vigilia; el rocío, lento y helado, impregnaba los huesos; á lo lejos fanfarroneaba el cántico del gallo..., y ni señales de Chinto. — Empezaban á deliberar si convendría retirarse, á tiempo que allá de lo obscuro del bosque salió un gemido, una queja sobrenatural... Otra queja más doliente si cabe respondió á la primera, y los cabellos de los conspiradores se erizaron al divisar dos blancos bultos que surgían de entre los castaños y avanzaban lentamente con sepulcral majestad... Los más de los conspiradores, remangando el sabanón, echaron á correr; Mingos el de Sentrove cayó accidentado; Carlos Antelo se postró de rodillas y empezó á confesarse y pedir perdón de sus culpas; Santiago de Andrea fué el único que quiso arremeter contra los aparecidos; y lo hiciera, si una pedrada certísima, dándole en mitad de la frente, no le tumba en el suelo medio muerto de verdad...

Sábase todo en las aldeas, y á vueltas de mil supersticiosas invenciones y cuentos de *trastos* y brujas, se averiguó la verdad, y se solazaron en el molino á expensas de los burlados burladores. Porque era la avisada y traviesa Mariniña y era Chinto, por ella prevenido y aleccionado, quienes con el disfraz de fantasmas y con un buen fragmento de cuarzo de la carretera habían dispersado la hueste y santiguado al de Andrea, el más terco de los rondadores que á la molinera asediaban. — Y la rabia y el despecho y la vergüenza inspiraron al mozo un ansia terrible de vengarse, y de vengarse donde todos lo viesan, á la faz de la parroquia. Resolvió, pues, la primer noche que en el molino estuviese reunida gente bastante para servir de testigos, desafiar á Chinto y sentarle la mano á bofetadas y coces, hasta desbaratarlo.

A tiempo que con tan sañudos propósitos entraba en el molino Santiago, pocos días después de Reyes, hallábanse Mariniña y su mozo ocupados en colocar un saco de harina, riendo tiernamente cuando sus dedos se tropezaban ó sus rostros se aproximaban, en el calor de la tarea. Al punto conoció la molinera que el desdeñado y apedreado galán venía pendenciero, y con disimulada saña ordenó á Chinto que se apartase. La angustia y el temor de que pudiesen llegar los desquites á poner en riesgo la vida de Chinto, prestaron á Mariniña, en aquel instante, una rapidez de concepción y una energía de acción mayor aún de la acostumbrada. Encarándose con Santiago, riendo, provocándole, le propuso *loitar*.

Esta costumbre de la lucha, que ya va desapareciendo, subsiste aún en algunas comarcas galaicas, resto quizás de un estado social belicoso en que la mujer combatía al lado del varón. Luchan todavía las mozas entre sí, y hasta desafían al mozo, degenerando entonces la batalla en deleitable juego. Pero desde el instante en que Santiago — cuya sangre ardía en tumultuosa ebullición — se arrodilló frente á Mariniña también arrodillada, comprendió por instinto que aquella lucha no sería como otras; que iba de veras. Sólo con ver el movimiento de la moza al arremangarse, el brillo de sus ojos orgullosos, la rigidez de su talle, la dura barra de su entrecejo, se adivinaba la *loita* seria, á derrocar al contrario, empleando todo el vigor de los músculos y toda la resolución del alma...

Mientras Chinto, pálido y tembloroso, se acogía á un rincón, los adversarios se asían de las manos, poniendo en tensión el antebrazo y acercándose hasta mezclar el afanoso aliento. Mozos y mozas, en corro, se empujaban por ver mejor, apostaban y discutían. — Santiago desplegaba plenamente su fuerza, al notar que Mariniña, por momentos, le dominaba el pulso. Rojo el semblante, sudoroso el cutis, pugnaba el rapaz, en tanto que la amazona, firme y recia, sostenía su empuje ganando terreno. Tenerla así, tan cerca, turbaba á Santiago, quitándole el sentido; y ella, indiferente, atenta sólo á vencer, aprovechaba el trastorno de su adversario, é insensiblemente se le imponía. Al fin giró en el vacío la muñeca derecha del varón; doblóse el brazo; el izquierdo también cedió al pujante impulso de la mujer..., y Santiago, dando el *pinche*, fué lanzado hocico contra tierra, sujetándole la triunfante Mariniña, que sin piedad le hartaba de mojicones, le molía á puñadas en la nuca y en los lomos, le refregaba el rostro en el salvado y la harina que cubrían el piso, y no le permitía levantarse hasta que se confesaba rendido, vencido, dispuesto á aceptar la paz bajo cualquier condición que se le ofreciese.

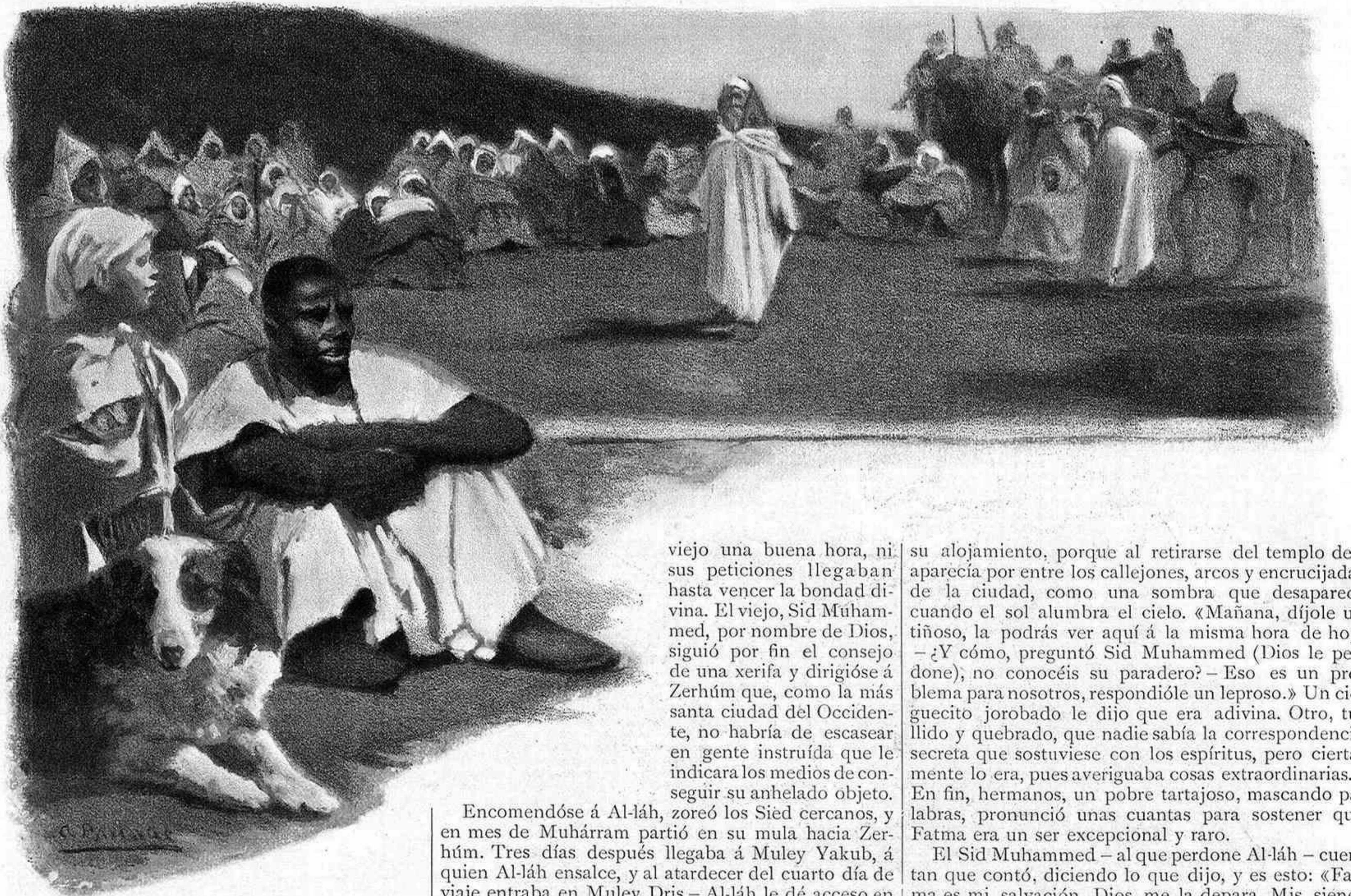
Apenas se alzó Santiago magullado, enharinado y con careta, Mariniña lo sacó á la represa del molino, donde mojado su delantal le lavó ella misma los morros. Y mimosa y dulce, como es siempre la gallega por forzada y briosa que la haya criado Dios, dijo á su enemigo derrotado:

— Por la madre que te ha parido no me has espantar á Chinto, *pobriño*, que el infeliz no sirve para hacer *barbaridás* como tú y más yo, y es un santo, sin mala intención, que con su sangre se pueden componer medicinas..., y si es medroso yo soy valiente, diaño... Y no he de casar más que con él, y si cae soldado se vende el molino y se compra hombre... Si me tienes ley, Santiaguño, con Chinto no te metas...

Suspiró el mozo, y acaso no sería porque le doliesen los arañazos ni los chichones; miró á Mariniña, toda roja aún de la lucha; la dió un cachete familiar, de cariño y resignación, y respondió lacónicamente, secándose con el pico del mandil que no se había humedecido en la represa:

— Palabra.

EMILIA PARDO BAZÁN



SIDI MESSAÚD. - Leyenda marroquí. - Ilustraciones de A. Parladé.

Hay en la región del Garb, limitando aduares distintos de las razas Beni Mélek y Sefián, tres cañadas paralelas entre sí que separan cuatro montecillos cónicos, tan semejantes, tan parecidos en color, dimensiones y estructura, que retratan á lo lejos la hechura de los pilones de azúcar de constante consumo entre los marroquíes. Llamen los moros á estas tres cañadas *El-Bibán* (las puertas), y frente á ellas, en una colina que ya pertenece al kaidiato jurisdiccional del Habbesi, álzase la *Kubba* de un santo que se denomina *Sidi Messaúd*; *Kubba* situada en el punto más alto de la colina, como la espoleta en la granada, como la albina *russa* del gorro en la cabeza de un morazo gordinflón y negro.

Subir al santo en compañía de peregrinos y no enterarse de la leyenda del *Sid*, sería sacar del sermón lo que el negro.

Hela aquí, contada por un garbau en el aduar de Uled Sennan, cuando, ya de regreso, sentados fuera del *marj* de unas chozas, contemplábamos la hermosa puesta del sol, el sol majestuoso que se ocultaba dejando rojo el lejano horizonte, tras *El-Bibán*, que dista como una legua del sitio en que estábamos conversando.

Yo puse atención especial al islamita, y en cuanto á los moros aquellos - hay que conocer á esta buena gente del campo para justificar la admiración que les producen cuentos y leyendas - esperaban con ansiedad que hablase Chix El-Yilali Ben Et-Táher, acomodándose en el suelo, uno junto al otro, hasta formar corro al narrador, sin desplegar siquiera sus labios...

- Había en Magaitan un anciano, dijo, cuyos constantes suspiros eran siempre pedir á Al-láh descendencia. Él, que disfrutó de una buena posición, jamás escatimaba intereses por recorrer zocos, zauias, sied, mezquitas, fa-ar..., en que hallase una gitana, adivinador, fascinadora, xerif, sabio, quien fuese, que le diera remedios, instrucciones, esperanzas siquiera, de una futura descendencia, por ver alborar en el fin de su vida el alegre consuelo de llegar á tener un vástago. Nada, en fin, dejó que estuviese al alcance de sus fuerzas. Y Al-láh, el poderoso, sin duda por probar el grado de fe de aquel creyente, ni accedía á sus pretensiones, ni daba á las mujeres del

viejo una buena hora, ni sus peticiones llegaban hasta vencer la bondad divina. El viejo, Sid Muhammed, por nombre de Dios, siguió por fin el consejo de una xerifa y dirigióse á Zerhúm que, como la más santa ciudad del Occidente, no habría de escasear en gente instruída que le indicara los medios de conseguir su anhelado objeto.

Encomendóse á Al-láh, zoreó los Sied cercanos, y en mes de Muhárram partió en su mula hacia Zerhúm. Tres días después llegaba á Muley Yakub, á quien Al-láh ensalce, y al atardecer del cuarto día de viaje entraba en Muley Dris - Al-láh le dé acceso en el paraíso - haciendo arracaas y axardas en aquella mezquita, maravilla de santidad, sol de milagros, virtud de las virtudes, con el fervor de quien pide las alegrías de la vida, la descendencia mandada por Al-láh para regocijo y goce de los padres. Al salir Sid Muhammed de la mezquita, de entusiasmo que le produjera el santo de los santos, ni siquiera reparó en una pobre mujer que á la puerta del templo le pedía limosna en versos, recitándole una *kasida* fina y elegante como los cantos del ruiñeñor en la mañana.

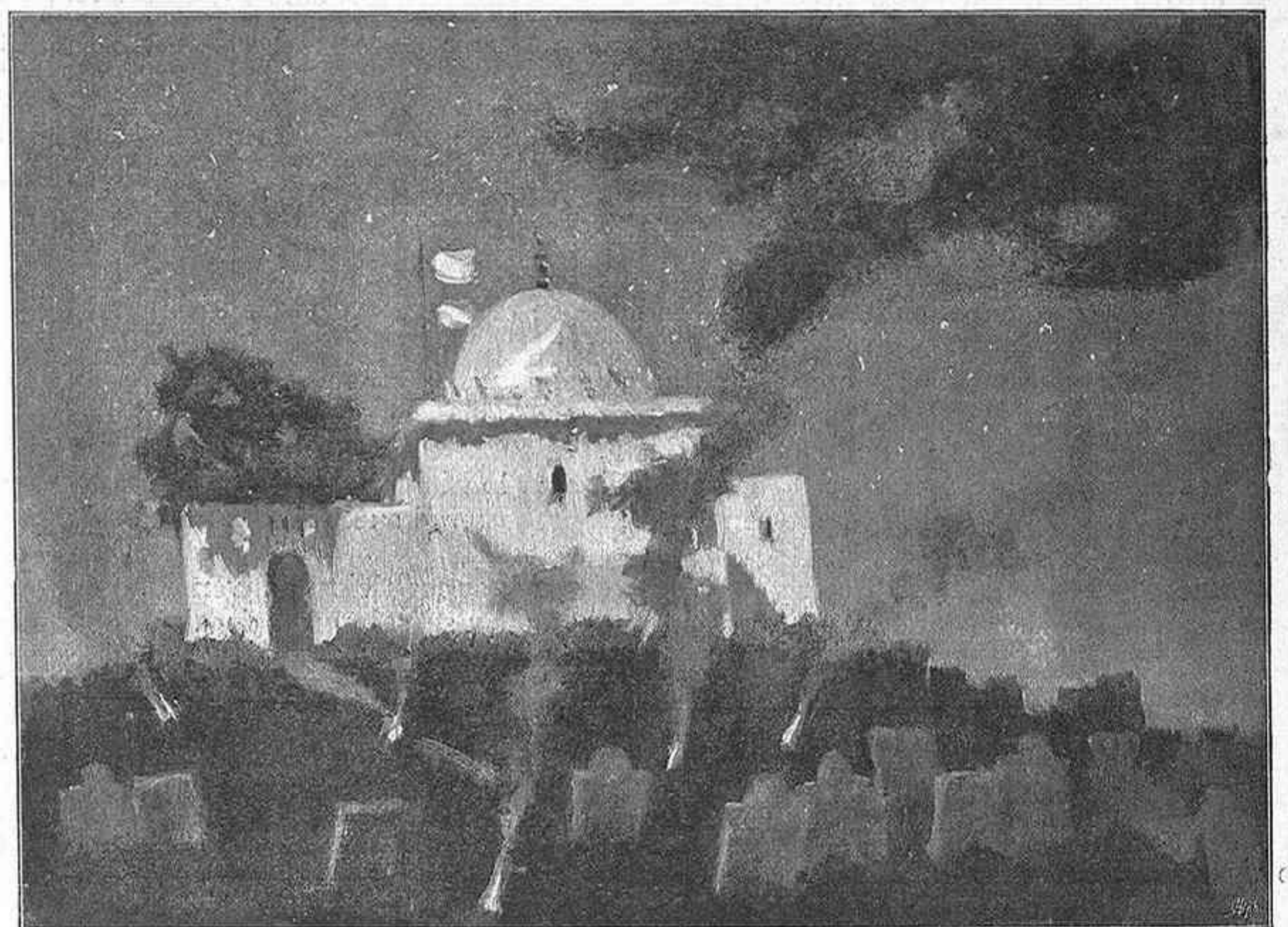
No hay fuerza ni poder sino en Dios el alto y el magnánimo, hermanos; el hombre se equivoca, hijos de Adán somos, y Dios, padre común de los islamitas,

no tocó en el corazón de Sid Muhammed, á quien Al-láh sea misericordioso en el fallo último, para que escuchara de la harapienta su *kasida* poética. Pero al entrar en el *fondak*, escrito estaba en el ágata blanco de su destino, tocóle Al-láh y le picó su voluntad, sumisa á Dios y á sus fallos conspicuos, se acordó, como los vecinos de Salamé cuando derramaban lágrimas de fuego, y se acordó con pena de no haber atendido á la pobretona. Y tanto, que volvió sobre sus pasos sin descansar de la distancia recorrida, acercándose á las puertas de Muley Dris - que Dios le distinga con su misericordia infinita - para hablarle. En vano, hermanos: la mujer se había ido. Preguntó por ella, y todos, como natural respuesta, dijéronle que Fatma, la mujer de la *kasida*, partió de allí al cantarse el *mdgreb*, que nadie sabía su paradero ni

su alojamiento, porque al retirarse del templo desaparecía por entre los callejones, arcos y encrucijadas de la ciudad, como una sombra que desaparece cuando el sol alumbra el cielo. «Mañana, díjole un tiñoso, la podrás ver aquí á la misma hora de hoy. - ¿Y cómo, preguntó Sid Muhammed (Dios le perdone); no conocéis su paradero? - Eso es un problema para nosotros, respondióle un leproso.» Un cieguecito jorobado le dijo que era adivina. Otro, tullido y quebrado, que nadie sabía la correspondencia secreta que sostuviese con los espíritus, pero ciertamente lo era, pues averiguaba cosas extraordinarias... En fin, hermanos, un pobre tartajoso, mascando palabras, pronunció unas cuantas para sostener que Fatma era un ser excepcional y raro.

El Sid Muhammed - al que perdone Al-láh - cuentan que contó, diciendo lo que dijo, y es esto: «Fatma es mi salvación, Dios me la depara. Mis sienes parece que quieren estallar. La sangre se me agita. Algo me espera. En Dios me pongo, que Tú, ¡oh Al-láh!, eres mi fe y mi puerto.» Ardía en impaciencia. Aquella noche no cerraba ojo. En cuanto alboreó se fué á Muley Dris - Al-láh le dé la felicidad, - y en la mezquita, reza que reza, recita que recita, canta que canta, llególe *El-Euli*. Fatma se le apareció, y juntos se fueron al *fondak*...

- Nueve meses después daba á luz Neyma, una sudanesa bronceada, el primer hijo de Sid Muhammed. Su felicidad no tuvo límites. De la alegría murió antes del año, y en los momentos de la agonía oyó la mágica palabra del profeta, que le decía: «Tú



Sidi Messaúa, «Kubba» situada en el punto más alto de la colina

eres el Messaúd (afortunado) y á Al-láh debes la descendencia después de cumplidos los setenta años...»

Al levantarnos, Chix El-Yilali me dijo que por las mañanitas salían nubes de humo, humo que, al decir de otro de los circunstantes, era demostración de los

pecados humanos que el santo hacía disipar. Un tuerto, sobrino del narrador, sostuvo que aún no había llegado al santo un viejo sin conseguir después descendencia. En cuanto á las luces, respondían los *sennanis* de su veracidad. Todas las noches se desprendían de los alrededores de la *Kubba* unos *chispazos* de luz azulada, que sirven para que los enfermos de la vista vayan allí á curarse abriendo los ojos ante los fuegos fatuos del cementerio (pues allí, en aquel monte, entierran sus muertos varios aduares), y para que algunos ladrones, menos sensibles á las suspicacias de la religión, se aprovechen saqueando á cuanto infeliz se acerca por aquel lugar santificado.

La familia de Sid Messaúd tiene una renta con el

producto de las limosnas de la comarca. Llega la *gaa* (el trigo en la era), y se dedica un tanto al Messaúd. Viene la fruta, y fruta escogida se ofrece á los supervivientes del santo. Hay buena venta de ganados en el Arbaa de Sidi Aisa, y el exceso de precio ó la subida de la res se parten con esa privilegiada familia, cuyos consejos son órdenes para la gente comarcana, y cuyas palabras se oyen allí como se oye al ser enviado por la mano oculta de un santo tan virtuoso y ejemplar como Messaúd.

En las disputas, escuchan los litigantes al sucesor del santo como apelación última de la querrela. En las bodas, es invitado para que el enlace sea dichoso y la descendencia no falte. En los entierros, si se acerca al campo de los muertos y les dirige una ple-

garia, valen más sus oraciones que las de todos los demás que acompañan el cadáver...

Y la *Kubba*, blanca como la nieve, erguida como un minarete, sencilla como las niñas pobres y limpias de los aduares, poética en aquellos campos feraces, siempre allí, siempre mantenida por la devoción de todos, se enseorea en *El-Bibán*, luciendo, hoy más que otros días, por ser Pascua de *Axur*, las banderas blancas de paz, sobre la sangre de los carneros degollados al pie del Messaúd como *aar* y sacrificio espontáneo de esos musulmanes sanos en quienes, tiene el profeta defensores ardientes.

FELIPE RIZZO

Alcázarquivir, 1899.

LA ÚLTIMA JOTA, CUENTO ARAGONÉS, POR EUSEBIO BLASCO

Ilustraciones de Méndez Bringa

¡Oh valle de Campiel, verjel de mi tierra, país de los melocotones sabrosos y de la áurea duraznilla! ¡Qué hermoso día aquel del otoño en que vol-

del partido, el alcalde de Calatayud, el capitán de la guardia civil, el telegrafista, el cartero, el recaudador de *contribuciones* (á condición de dejarse mantear) y

abatida mujer, la cual empezó á quejarse del pecho, y á toser y á escupir y á enfriarse en la iglesia, en la misa de alba del invierno. ¡Pobre infeliz, que sólo podría recobrar la salud ahora, estrechando de nuevo en sus brazos al hijo adorado!

Pero el médico le había dicho al marido: «¡Tenga usted cuidado, Roque, tenga usted cuidado, porque la menor emoción, la menor cosa, le puede costar la vida!»

En brazos la llevó su hijo al valle, entre los aplausos de los alegres vecinos, y arrancando lágrimas á la Cirila, que era la novia, la prometida, la que esperó seis años á Valero *pa casase*.

Allí estaba la Cirila con su señor padre, un honrado labrador, viudo, que iba á darle á su hija sus buenos dos mil duros de dote.

Y por eso en medio de la gran mesa hecha de tablonces se colocaron los tres viejos y los dos chicos, y se empezó el banquete á las tres de la tarde, de una de esas tardes de septiembre que sólo se ven en España.

* *

«¡Oh, valle de Campiel, donde los viejos de blanca cabeza, que jamás de tu recinto salieron, parecen profetas que han de venir un día al resto de España á pregonar la buena nueva! ¡Valle de las hojas verdes, y las parras cargadas de racimos, y las fuentes cristalinas que con sonora música derraman por sus caños el agua que conserva largos años la vida! ¡En tu seno se celebran las bodas de ayer y las de mañana, las de ayer entre el soldado y la gloria, las de mañana entre la fresca y sonrosada Cirila y el hombre que volvió, fiel á su palabra, á darte su victoriosa mano!»

Así habló el señor cura, que era elocuente en la cátedra del Espíritu Santo y fuera de ella. Y allí fué el abrir *botos* de vino de Cosuenda y botellas del dulce Cariñena, y anisado de las fábricas locales, y comer y beber, y decirles chicoleos á las mujeres hasta ponerlas más coloradas que las ricas y sabrosas *pavias* arrancadas de los árboles del valle.

Tres horas, tres, duró la comida. Tres horas, durante las cuales no se supo quién estaba más enamorada de Valero, si la Cirila, que pegada á él y mirándole en los ojos apenas comió, repitiendo miles de veces *te quiero* callados, ó la feliz dichosísima anciana, que embelesada contemplaba á los chicos. Los dos viejos, Roque y Jenaro, bebieron tanto y tan sin tino, que sólo barbaridades paternas decían.

— ¡Que hable el novio!, gritó una voz.

— ¡Que hable!, repitieron cincuenta.

Y Valero, con un porrón en alto, dijo:

— ¿Qué *querís* que diga? ¡Que se va á bailar ahora *mesmo*!

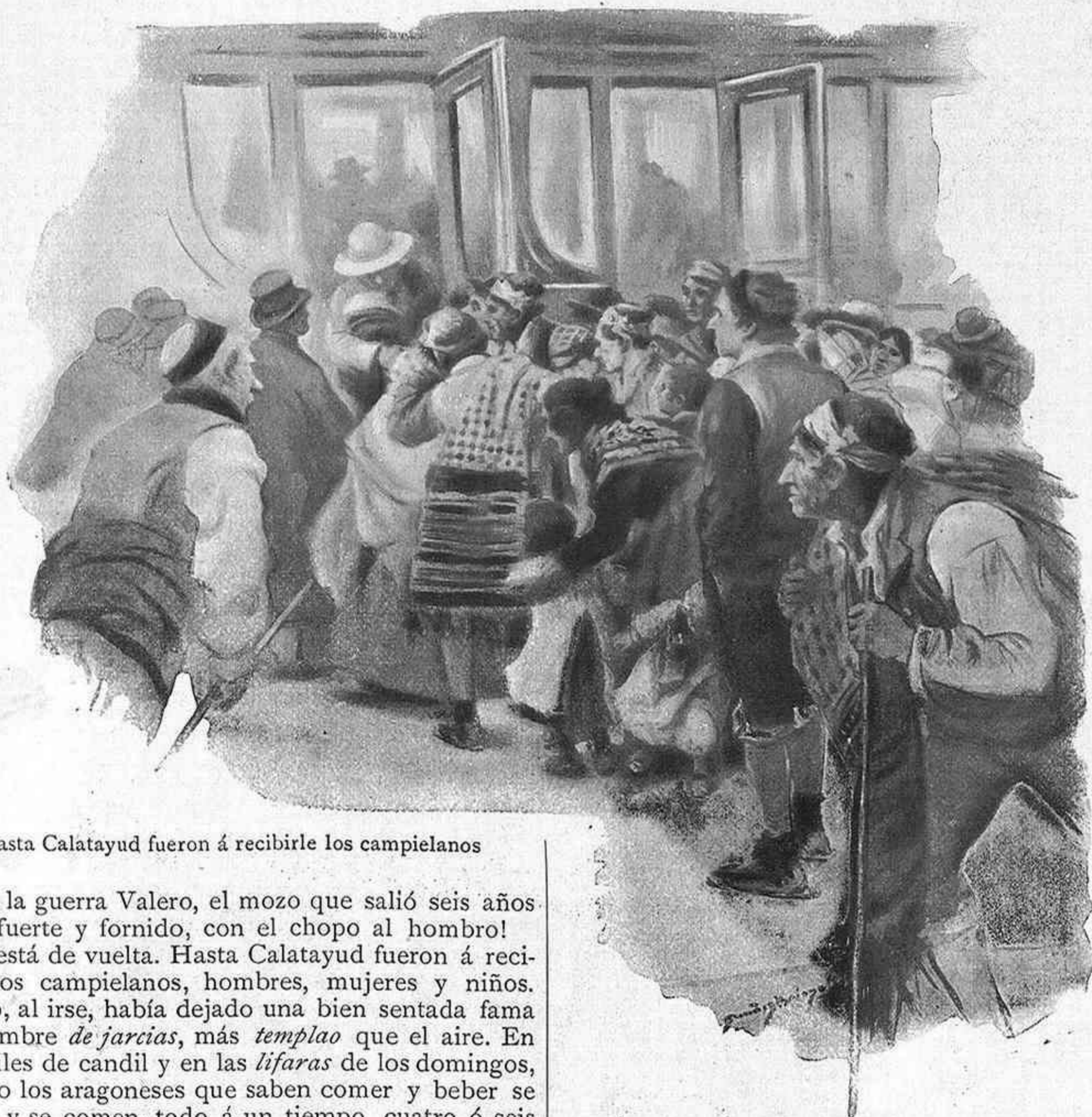
— ¡¡Baile!! ¡¡Baile!!

Y en cinco minutos desapareció la mesa, fué todo rodando detrás de los cañados á hacer la felicidad de una turba de chiquillos que empezaron á devorar los restos con ansia. Y sin saber cómo aparecieron las guitarras y sonó un *escomienzo* de jota.

¡Oh, infelices, los que no sabéis lo que es una jota al aire libre en una tarde hermosa en tierras de Calatayud! ¡No habéis visto nada!

* *

Se hizo *el corro*. Debajo de dos grandes madroñeros que formaban amplio dosel, se improvisó una especie de trono, en el que se sentaron la tía Simona, teniendo á Roque y Jenaro á ambos lados. Al pie



Hasta Calatayud fueron á recibirle los campielanos

vió de la guerra Valero, el mozo que salió seis años antes fuerte y fornido, con el chopo al hombro!

Ya está de vuelta. Hasta Calatayud fueron á recibirle los campielanos, hombres, mujeres y niños. Valero, al irse, había dejado una bien sentada fama de hombre *de jarcias*, más *templao* que el aire. En los bailes de candil y en las *lifaras* de los domingos, cuando los aragoneses que saben comer y beber se beben y se comen, todo á un tiempo, cuatro ó seis docenas de *molocotones* en vino, Valero era siempre la primera figura.

¡Vaya un baturro de veras! Y ¡vaya unos veinte años *mal empleaos*!, decían sus convecinos al verle salir *pa soldao*. ¡Lo que es á *tú* no te mata el *gómilo*! Y no le mató.

Volvió un poco más delgado, un si es no es amarillo, porque... ¡es claro! en Cuba no pudo echarse al colete los jarros de vino de la tierra; pero *si el clima es fuerte, con fuertes pega*, decía el soldado. Y si soldado se fué, sargento volvía.

¡Sargento! La familia, los amigos, las antiguas *cor-tejadoras* lo celebraban tanto, que á *escote*, y para obsequiar al *herbè* (con acento en la o) habían dispuesto en el valle, en un hondo rodeado de frutales, una merienda de esas que dejan memoria.

Cincuenta personas eran las que se habían cotizado para los gastos. Tenían que comerse, sin dejar nada:

Una ternera.

Ocho docenas de perdices.

Cuatro corderos con *agalchofas*.

Una tinaja llena de arroz con leche.

Y de beber..., eso no se puede decir por no ofender á la comarca.

Entre los *tragansales* figuraban el cura, el médico

dos docenas de chicas de aparejo redondo, con ocho sayas cada una y unas pantorrillas de las que hay que mirarlas con anteojos ahumados.

* *

Pero sobre todo en este grupo de entusiastas des-collaban cuatro figuras interesantísimas que merecen párrafo aparte.

Los padres del sargento. La novia y su padre.

La madre de Valero tenía setenta y seis años. A los cincuenta tuvo á su hijo, de su segundo matrimonio con el tío Roque, y había sido mujer hermosa y fuerte, y hacendosa y lista. Pero desde que el chico se fué... ¡ay!, desde entonces..., fué cayendo, cayendo, cayendo, hasta el punto de que al darle Valero en la estación de Calatayud un abrazo y mil besos, no pudo contener su asombro, y dijo:

— ¡Rediós, madre, *paice* que sea usted la que ha *estao* en la guerra!

Y así era. La tía Simona había estado en la guerra desde su casa. Apenas durmió en seis años, las noches se le pasaron rezando: «¡Dios mío, que vuelva! ¡Virgen Santísima del Pilar, que le veamos dormir en su cama!»

Y el tío Roque no pudo levantar el espíritu de su

de ellos, sentados en bancos, estaban los guitarristas, y los mozos empezaron a apretarse las fajas moradas y a sacar a las mozas al medio.

Simona lloraba.

— ¡Que no llores, que *te va á hacer mall*!, decía su marido.

— ¡Déjame, déjame, que *quisié morime* ahora mismo, porque ya Dios me ha *dao to* lo que le he *pidido*!

— ¿Dan ustedes su permiso?, dijo Valero llevando de la mano á Cirila y colocándose delante de los viejos.

— ¡A bailar!, respondió el tío Roque.

Y comenzó el baile, ese que es el más pintoresco y el más respetuoso, honrado contraste del lúbrico *agarrao* madrileño.

A honesta distancia los bailadores, los brazos al aire, la alegría en las caras, allí; habían de ver á los *baturros* aplaudir y á la tía Simona, con sus setenta y seis años, patear el suelo desde su asiento, mur-

murando temblorosa: «¡Bendito sea Dios, que da todo lo que se le pide!»

Y un importuno (que nunca faltan), que la estaba mirando rato hacía, se levantó y dijo:

— ¡Que baile la tía Simona!

Gran carcajada, hilaridad general; pero hilaridad de buena fe: recuerdos en la mente de muchos, de aquellos tiempos en que la Simona bailaba y bailó hasta los sesenta. No fué menester más para que todos los presentes se pusieran de pie.

— ¡Que baile la madre del novio!

— ¡Que salga la Simona!

Valero y la Cirila no pudieron contenerlos.

— ¡No seáis brutos! ¡Dejarla que mire! ¡*Mia* que está muy vieja!

— ¡Una *vueltecica pa* que la aplaudamos!

— ¡Que no *pue* ser!

Y en medio de este barullo se oyó la voz del tío Roque que decía:

— ¡Ahí va la Simona!

Resonó un gran aplauso. Vióse de repente á la anciana en medio del corro, con los ojos centelleantes, ir derecha adonde estaba su hijo, y decirle con entusiasmo indescriptible:

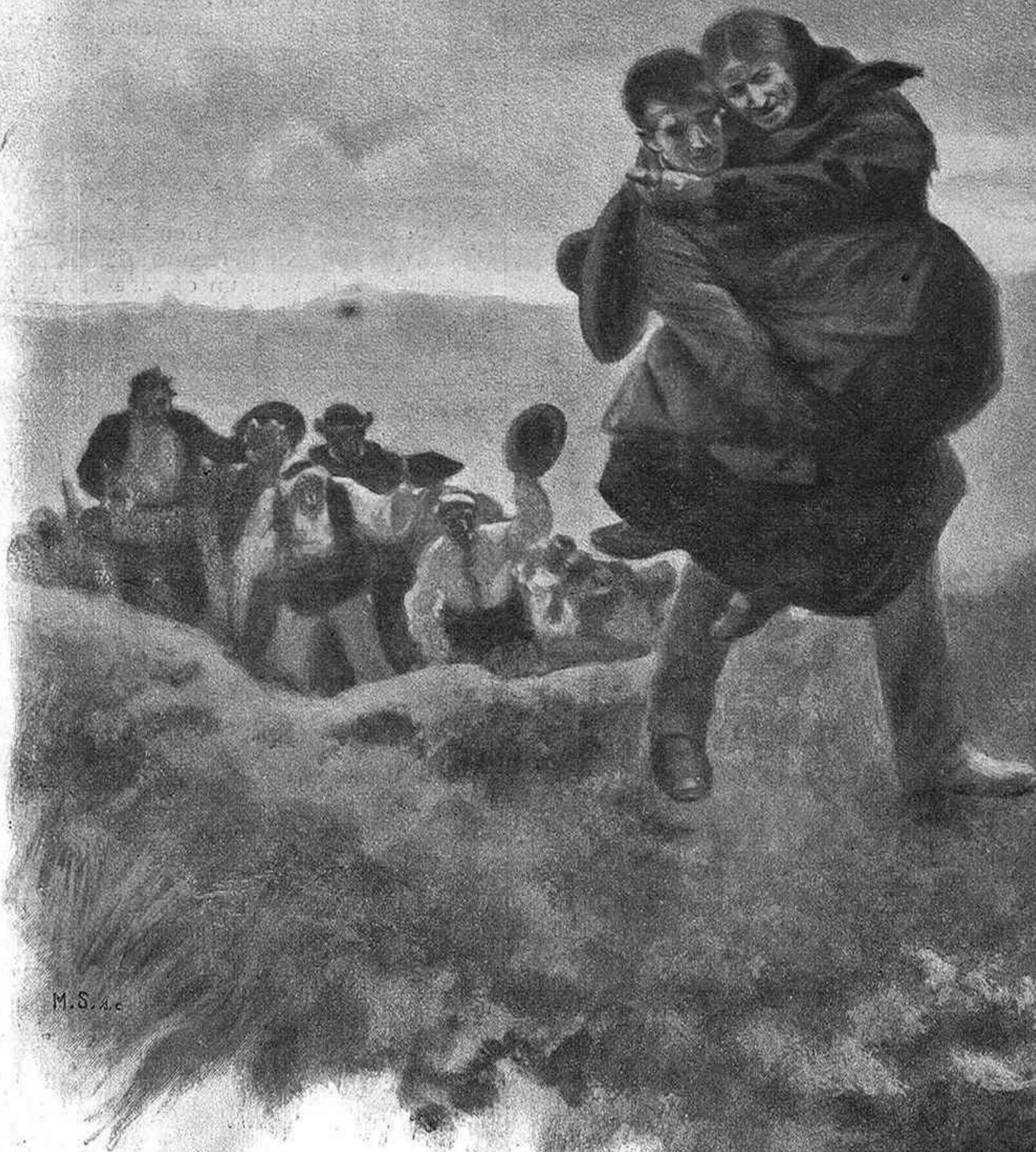
— ¡A bailar conmigo!

Y empezó una jota como si tuviera quince años, y dió una vuelta, y dos, y tres, con garbo increíble, en medio de un gran silencio, porque había en aquella cara algo que se impuso; y el público notó que iba poniéndose cada vez más encendida, que los ojos parecían salirse de las órbitas..., y de pronto... se oyó un ¡ay!, y Simona cayó hacia atrás, su cabeza rebotó en el suelo, acudieron todos á ella y vieron que la pobre anciana estaba muerta.

— ¡De rodillas, *remoño*!, gritó Valero entre sollozos; ¡ya que me *l'habís matao*, encomendala á Dios..., que mañana no *habís* de quedar uno vivo!

Caía el sol, cesaron las guitarras, la campana lejana tocaba á oraciones.

EUSEBIO BLASCO





Detuve mi cabalgadura junto á la venta de Alcolea y me imitó Chano

LA PALABRA DE FARRÁN, NARRACIÓN ANDALUZA POR M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO
Ilustraciones de J. García y Ramos.

Estando en el cortijo de *los Roque-tes*, del término de Villafranca, tuve que ir á Córdoba. Era en tiempo de feria. *Chano*, mi mozo, iba conmigo; iba contra su gusto; había puesto mala cara al saber que me acompañaría; hasta me pidió que llevase á otro; yo no le hice caso, ofendido, y lo llevé á él.

Chano, para que lo sepáis, era un jayán morenote, de ojos muy negros, co-rrontón y echado para adelante. Tenía fama en la sierra de gozar de buena fortuna entre las mujeres; contábase historias, en este sentido, que le favorecían muy poco. Pero mi hombre andaba tristón, paliducho, como indeciso, sin hablar y sin salir desde hacía algunos meses; yo le quería, llegué á temer por su salud, y fué una de las razones que me indujeron á ordenar que me acompañase.

Del cortijo á Córdoba hay cinco leguas; habíamos salido de noche; caminamos algunas horas sin hablar una palabra. Para llegar á Alcolea atrave-

samos *El Capricho*, en cuya gran casa de labor tuvo Serrano su cuartel general durante la batalla famosa.

Era muy temprano; al salir á la carretera, costean- do el huertecillo de la ermita de los Angeles, lo primero que vimos fué el puente del ferrocarril con sus altos pretiles; en aquel instante avanzaba el tren hacia Córdoba, é introdujose en el puente con gran estruendo de rodaje, de pitar y de silbidos de válvulas. En la gran balumba pareció estremecerse toda la campiña.

— Las cinco, dijo *Chano* pensativamente.

Detuve mi cabalgadura junto á la venta de Alcolea y me imitó *Chano*; no quiso tomar nada; parecía disgustadísimo; pero yo quise dispensarle, en gracia á la impresión que me producía aquel amanecer.

Empezaban los hombres la labor, oíanse los cantares entre los maíces y bajo la arboléda. Sentíase rejuvenecer mi espíritu á la contemplación de la ermita, que tenía para mí recuerdos muy dulces, con su pequeño campanario y su esquiloncillo, cuyo eternal silencio no se comprende. Allí van todas las tardes las palomas y las golondrinas; allí cuelgan sus nidos y arrullan á sus pichones; allí entonan sus cánticos matinales y sus cánticos vespertinos, y el esquilon siempre mudo, siempre silencioso, como si hubiese quedado allí en penitencia por alguna falta cometida. Las palomas y las golondrinas hacen las veces de la campana; á la oración, elevan sus trinos, como en salve misteriosa; al amanecer, atruenan con su piar jugueteón, que despierta á los hombres para el trabajo.

Abstraído en mis recuerdos, no pensaba yo en mi mozo; súbitamente púsose delante de mí y dijo en voz temblorosa:

— Mi amo, *osté* me perdone, pero de aquí no pasará.

Le miré indignado; pero la extrañeza pudo más en mí que el amor propio herido, y exclamé resueltamente:

— Ahora vas á decirme por qué no quieres venir á Córdoba.

Inclináronse con temor sus grandes ojazos negros, y no respondió una palabra.

Yo insistí en mi pregunta, y me miró entonces suplicante y como pidiéndome perdón por su silencio.

Le amenacé con despedirle si no hablaba... *Chano* me quería mucho y habló. Dijo ahogadamente:

— No quiero ir porque estoy seguro; *Farrán* está en la feria.

— ¿Quién es *Farrán*?, pregunté admirado; sobre todo, ¿qué tienes tú que temer de *Farrán*?

— Yo no tengo que temer de nadie, dijo ardentemente, clavando en mí sus formidables ojos. Es que...

Se detuvo y lanzó un suspiro. Yo tuve una idea; de pronto le pregunté:

— *Farrán*, ¿es casado?

— No, señor, que es mocito.

— ¿Tiene hermanas, entonces?

— Tenía una.

Y *Chano* estaba amarillo como la cera.

— ¡Tenía una! Pero ¿no la tiene ya?

— Se murió de pena porque la burló un hombre.

— ¡Ah!, dije tristemente. Y fuiste tú ese hombre, ¿es cierto, *Chano*?



J. García y Ramos

— Yo fuí, respondió el mísero, cuyos sollozos le impidían hablar. Yo fuí, y la Virgen del Socorro que ve en mi alma sabe bien que estoy arrepentido. Yo fuí, y Farrán tiene juramento hecho de no buscarme nunca, pero de matarme donde me vea. Yo fuí, y

beza gris y su cara arrugada, pero era ágil, fuerte; sus ojos negros respiraban juventud y lealtad. Tenía sombrero de anchas alas; chaquetón de *estesado*, pardusco, con grandes broches de plata y alamares en ellos; calzón corto, de lo mismo; polainas de cuero blanco, lustroso ya y renegrido por el uso, con sendas borlas de correillas, que constituían con los respuntes y bordados del cuero el gran adorno de las polainas; chaleco de gran escote, oculto hasta más arriba de los bolsillos con obscura faja de fina seda, y pechera cañoneada, en dobles rizos, sin cuello, con otro broche de plata en la tirilla para el cierre.

Le llamé por su nombre; vino al punto, pidiendo permiso antes á otros con quienes hablaba junto á una mesa. Fué á descubrirse cortésmente, pero no le dejé; cogiéndole la mano, se la estreché con afecto y le dije:

— Farrán, sé que es usted un hombre de corazón, aunque no le conozco, y quiero hacerle una súplica.

Me miró sorprendido; antes que hablara, añadí prontamente, con verdadera emoción:

— Chano es mi mozo; necesito que esté en la feria para asuntos míos, y quiero que usted le respete.

Yo pretendía llegar con mis ojos á lo profundo de su corazón; pero no vi en él nada que revelase sus iras contra Chano.

— Valiente susto *ma dao osté*, señorito, exclamó riéndose con franqueza. ¿No es más que eso?

— ¿Le parece á usted poco?

— Hombre, respondió graciosamente, si digo que es mucho, no tendrá mérito el *favó* que le haga. Eso no es *na*.

— ¿Me lo concede usted?

— Con alma y *vía*. Chano está *sagrao* pa mí mientras dure la feria.

Fué á la mesa, volvió con dos copas de aguardiente, me dió una y dijo con sencillez:

— Señorito, vaya por los hombres que saben cumplir lo que ofrecen.

Y se llevó la suya á la boca. Yo bebí también.

Una hora más tarde estaba Chano en la feria.

¿Quién piensa en morir entre la animación de una feria andaluza, y mucho menos si es la feria famosa de Córdoba? ¿Quién piensa en la muerte con el barullo de las músicas, los fuegos, las parrandas, los bailes andaluces, las tiendas lujosísimas, los grandes trenes, las grandes damas con sus mantillas de blonda velándoles el rostro hermosísimo y el fulgor de sus ardientes ojos africanos; las muchachas del pueblo, con sus mantones vistosos y sus cabezas gentiles sembradas de claveles; las transacciones, los dichos agudos, las risas, las coplas, el jaleo, los requiebros, el ir y venir de aquella multitud alegre y compacta que se agita en el real de la feria y se extiende por la población como río sin dique que todo lo inunda? Farrán, Chano, yo, mis amigos, los amigos de ellos, ¿quién recordaba la muerte en aquel inmenso marasmo, en que todos los corazones parecían arder en una misma luz y todos los espíritus haber brindado por la paz en la misma caña?

Yo no dudé; todo temor había desaparecido. En el trájín de la feria encontramos á Farrán algunas veces; la primera me saludó muy atento, sin mirar á Chano, que se puso lívido, pero que no pestañeó; la segunda me ofreció una caña, que acepté gustoso; cogió otra y se la dió á Chano. Chano bebió, portándose cumplidamente. Al tercer encuentro el convite fué mío; Farrán aceptó una caña de Chano. Seguimos ya juntos, en gran jolgo-

rio. Chano y Farrán hablaban como los mejores amigos.

Cambié mi caballo por la yegua de Farrán, y lo hice principalmente por hallar pretexto para que Farrán y Chano se metiesen en plática más honda; eran los dos grandes caballistas é inteligentes muy famosos. Para celebrar el trato se empezó la broma, que se convirtió en jolgorio. Yo estaba satisfecho; había conseguido la absolución de Chano.

Terminó la feria y dispusimos partir al amanecer del día siguiente. Me ofrecí á Farrán en todo cuanto yo valiera. Farrán estrechó mi mano conmovido. Se empeñó en hacernos compañía un poco; yo protestaba, pero no conseguí que desistiese.

No he visto hombre mejor ni de más buen trato en su clase.

Montamos; yo iba en medio, á mi derecha Farrán, Chano á mi izquierda. Se habló mucho, pero Farrán habló casi siempre. Tenía un arsenal muy completo de chascarrillos y un gracejo inolvidable para contarlos.

Nos apeamos en la venta de Alcolea para que nos echasen la *viajá* de despedida. Fué cosa de algunos minutos solamente.

— Adiós, Farrán, dije de pronto, por última vez.

Chano habíase despedido. Iba delante.

Farrán estaba á pie aún. Preparábame yo para montar. Chano iba á desaparecer por un recodo del sendero; volvió Chano la cabeza y exclamó conmovido:

— ¡Farrán, que Dios te guarde!

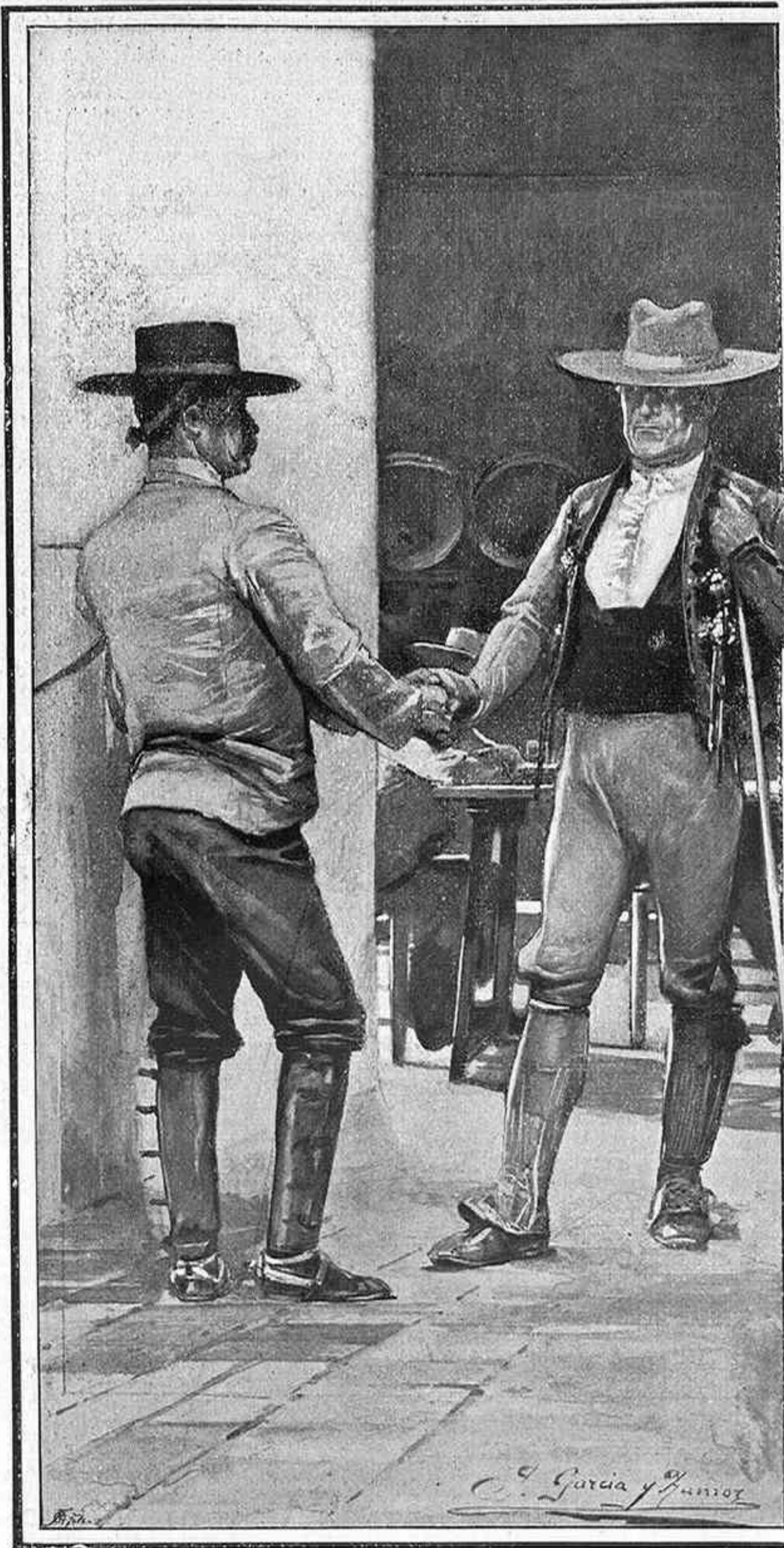
— Que te guarde á ti, Chano, contestó riéndose; bien te hace falta.

Dí un grito de horror y me lancé á Farrán. Era tarde. Había deslizado rápidamente un cuchillo del interior de su manga derecha á la mano, retivéle por la hoja, levantó el brazo, lanzó el cuchillo, que hendió el aire con sonos y destellos, y fué á hundirse en la espalda de Chano. Chano lanzó un rugido y cayó en tierra de bruces. Su caballo relinchó fieramente y se lanzó á escape por una torrentera.

— ¡Buen golpe, señorito!, exclamó Farrán fríamente. Lo estudié un año entero, día por día. ¡Desde que murió ella!

Corrí á Chano; estaba muerto.

Allá iban las mozuelas, con el cántaro al cuadril



Cogiéndole la mano, se la estreché con afecto y le dije...

en castigo de mi culpa hice también juramento de no defenderme cuando él me mate. Por eso no me quiero poner delante de Farrán; porque sé que moriría.

Yo quedé confundido, como absorto en la contemplación de aquel bello espectáculo de la sierra, con sus manchitas oscuras y blancas de los árboles y los diminutos caseríos.

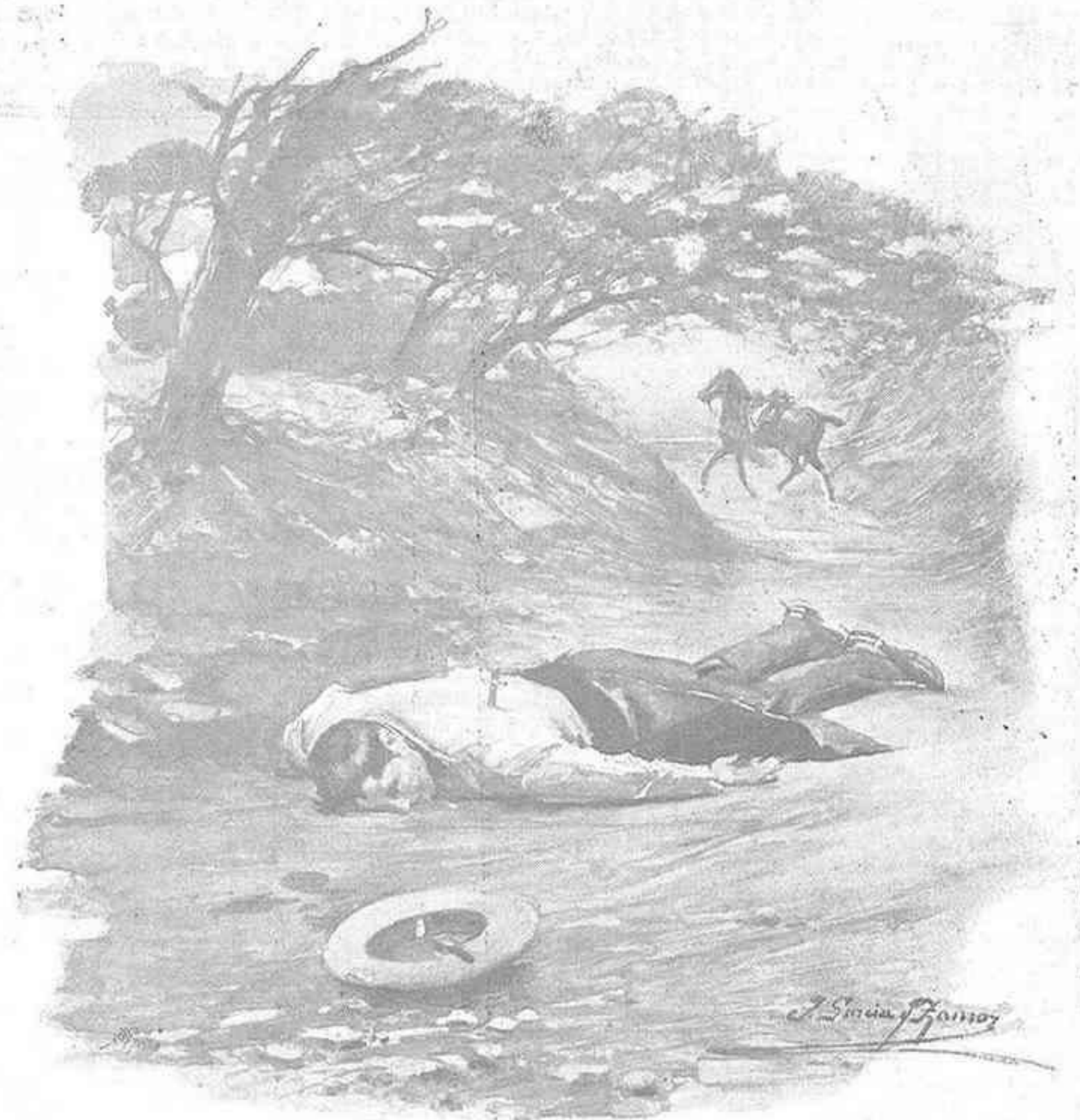
— Está bien, dije de pronto; monta y arrea; volveremos á los Roquetes.

Se aproximó más; cogió mis manos con intención de besarlas, pero yo se lo impedí. Él dijo:

— Mi amo, si es *menesté*, voy á Córdoba; no corro ningún peligro si *usté* habla primero con Farrán y él le promete respetarme. Farrán es un mozo ya *tayno*, mu hombre y de mucho empuje; es el chalán de más garbo de *toa* la tierra cordobesa. Aunque los del oficio tienen fama por trapiondas y fachendosos, éste no, mi amo; como Farrán diga *se hará esto*, se hace aunque el mundo se hunda... ¡Por Dios, mi amo! Está cerquita... Como *usté* pregunte en la feria por Farrán, no habrá quien no se lo señale.

La curiosidad por un lado y el deseo por otro de hacer salir de penas al mísero hicieronme consentir. Le dije que esperara, puse mi caballo á galope, y poco después estaba en Córdoba.

Hallé á Farrán al punto. Farrán era un mocetón como un castillo; parecía viejo al pronto, con su ca-



Chano lanzó un rugido y cayó en tierra de bruces

con el amor en los ojos, con la gracia andaluza en el cuerpo, con la copla en los labios.

Era precisamente el instante mismo en que las palomas y las golondrinas empezaban sus arrullos como una bella oración en el campanario silencioso de la ermita.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



LAS ADIVINAS - GALQUIN LEUVU

RECUERDOS DE LA FRONTERA ARGENTINA

Ilustraciones de B. Gili Roig

El regimiento había trotado durante la noche fresca hasta la alborada. Acampamos en el fortín de los *Soldados muertos*, y á las nueve de la mañana todos dormían al raso, envueltos en una atmósfera densa, caliente, abrasadora. Las arenas suspendidas en el aire brillaban como polvos de oro, agitadas por el soplo intermitente de ráfagas tibias y enervantes. El ganado se reunía en el borde verdoso del arroyo, y las partidas exploradoras recorrían al paso monótono de los caballos los cuatro puntos del horizonte.

En el centro del fortín relucían, no obstante su exposición secular á la intemperie, dos culebrinas de bronce, yacentes sobre cureñas de podrido palo. Me acerqué á ellas, ávido de recuerdos y de emociones. Eran monumentos históricos y gloriosos de la madre patria y sus inscripciones decían:

FEREX VIOLATI FULMINA REGIS
(Real Escudo de Armas de España)

SOLANO FECIT: HISPALI: ANNO 1750: FERDINANDO VI
D. GR. HISPANIAR. REX

VIOLA REGIS
(Escudo real de España)

PHILIP V, HISPANIAR. REX. ELISAB. FARNES. HISP. REGINA
VOIE I ABET FECIT. SEVILLA, ANNO 1726

Había copiado apenas en mi diario las leyendas, cuando un toque estridente y prolongado de clarín despertó á los dormidos:

— ¡Atención!..

Las descubiertas campeaban hacia el Oriente. Bandadas de aves, apenas perceptibles, remontaban el vuelo, muy lejos, de espacio en espacio y en aquella dirección..., y todas las miradas, aún soñolientas, escudriñaban con avidez el horizonte, poblado de espejismos, del Desierto... Las aves desaparecieron entre las dos inmensidades, de la atmósfera y de la *pampa* (1). Media hora después se descubría una mancha pequeña en el confín lejano, un humo leve, acaso la polvareda de algunas cabalgaduras, y de nuevo aparecieron las aves en el aire..., y el clarín ordenó, con su voz ejecutiva:

— ¡A caballo!..

Un jinete corría sobre el campo ondulado á toda furia, y sofrenando de improviso su zaino al pie del fortín, adelantó hacia el coronel. Hablaron un instante, hizo la venia, y saltando á caballo, partió como una exhalación. Los exploradores se reconcentraban, avanzando al galope hacia el Oriente, y la loma cercana los ocultó á nuestros ojos, cuando el clarín resonó para mandarnos:

— ¡En marcha!.. ¡Al trote!..

(1) Voz de la lengua *kechúa*. Significa «llanura.»

Los que no han recorrido cien leguas de la *pampa*, durante quince días, sin proveedores, llevando el pobre alimento y todo el ajuar á la grupa del caballo, con frío que hiela de noche y calor quemante á la siesta, al raso, sin abrigo ni techo, obligados á dormir sobre la hierba húmeda, con el potro asustadizo de la brida; los que jamás se han internado en países casi inconmensurables, desconocidos y solitarios, expuestos á morir helados, de insolación ó de sed, sin base de operaciones ni línea de retirada, sin otra alternativa que morir ó vencer al enemigo; los que no han luchado jamás con la naturaleza primitiva, ni sentido las responsabilidades del honor militar, ni escuchado la alarida pavorosa del salvaje al blandir su lanza larga, flexible, mortal, tal vez envenenada por el desaseo y la intemperie, no pueden imaginar las zozobras y las esperanzas que agitaron nuestras almas, cuando un murmullo apenas perceptible, como una exclamación ahogada, corrió en las filas anunciando al enemigo.

¡Helo ahí, al fin, después de cien leguas de marcha, que más parecían de martirio!

* *

A mediados de diciembre los araucanos celebran grandes fiestas populares, presididas por su gran sacerdote ó *Vichá loncó* (2).

Son las fiestas del Año Nuevo ó del equinoccio de verano, observadas entre los indios con intensas alegrías.

La llegada del equinoccio es, en efecto, uno de los acontecimientos extraordinarios en la religión araucana, y el pueblo se congrega en la selva, en la montaña ó en el llano, para dedicarlo al Sol.

La fiesta preliminar dura varios días, preparando los ánimos para el gran sacrificio que se ofrece á la divinidad, en el médano más alto ó en un cerro, donde pueda contemplarlo de más cerca la mirada del Supremo Señor.

El día antes del señalado para celebrar lo que llamamos altares públicos, preparan un lazo peludo de piel de toro colorado y atan con él á estaca un potrillo *porcelano* ó tordillo (cuando los hay) y un cordero de lana negra y se les impide cuidadosamente alimentarse.

Al primer canto del gallo la tribu se pone de pie, esperando con profunda ansiedad los celajes de la aurora del gran día equinoccial.

Mientras que el alba empieza á disipar las tinieblas de la noche, reina inmensa agitación entre el pueblo, porque cada uno expone sus sueños y sus presentimientos para que las adivinas los descifren, en presencia de las entrañas de las víctimas.

Cuando los rayos del astro esperado rompen los

velos del abismo y tiñen con suaves matices los espacios celestes, el *Vichá loncó* previene que cada cual ocupe su puesto. Y al asomar en los horizontes lejanos la cabellera de fuego del astro bienhechor, la turba prorrumpe en aclamaciones y transportes de entusiasmo, saludando la venida del «Dueño de todas las Tierras» y «Padre de todos los hombres.»

* *

El potrillo está ya tendido sobre el espinazo, con la cabeza hacia el Oriente, sujeto de cada pata por el lazo de piel de toro, que tienen firme cuatro jinetes. Al salir el sol, procede el sacerdote á abrir el vientre del trabado potrillo y le saca el corazón.

El Parlamento, la congregación de todos los caciques y viejos del pueblo, se pone de pie. Los bárbaros veneran la sinceridad del anciano cuyo corazón, experimentado por las crueles tempestades humanas, juzgan libre de toda superchería y sus preces gratas á Dios. Mira al Oriente la tribu y se lleva el corazón del potrillo al centro de ella, donde lo recibe el indio de más edad para que el *Vichá loncó* beba la primera sangre que gotea. Después de él todos se apiñan con idéntico propósito, pugnando por acercarse primero y contentándose muchos con haber tocado apenas la sagrada reliquia con la punta de los dedos; y para lograrlo, en el delirio de su fanatismo, se empujan y se pisotean á porfía, porque desesperan de mojar el dedo en esa sangre que ha salpicado la frente del Sol y está ya dotada de todas las virtudes creadoras.

La misma escena tiene lugar con el cordero, cuyo corazón recibe el mismo anciano y recoge la sangre arrojándola á los cuatro vientos, mientras el patriarca ó *Vichá loncó* entona la siguiente oración:

Vichá huenú mapú.

Vichá huenthú.

Címelepe ñi mapú.

Mohuepé tva ñi pú loncó.

Maupé may bothay ñicachuguean tva mapú

Raithipeté, chical, sohy, thecá, guigan.

Vilipellé mulepé.

Brenemoiñ may vichachai,

cuya traducción literal es esta:

«Señor de las Tierras de Arriba,

»Gran Padre de los hombres:

»Que esté en paz la comarca.

»Conservad la vida de nuestros caciques.

»Que llueva, Señor, para que den pasto los campos

fruta los chañares, la algarroba, el piquillin y el molle.

»Que abunde toda clase de alimentos.

»Este favor te pedimos, pues, Gran Padre.»

Y pasan los notables á comer la carne de las víctimas, entregándose el pueblo á diabólicas borrache-

(2) *Vichá*, sacerdote, patriarca, profeta; *loncó*, cabeza, jefe.

ras durante todos los días de las fiestas. Los esqueletos de las dos reses sagradas son arrojados al fondo de una laguna para que los infernales espíritus del mal ceben en ellos sus tendencias maléficas.

* * *

El toque del clarín interrumpió otra vez el silencio

en una abra verde y fresca del bosque de *caldenes*. El pueblo estaba reunido celebrando el equinoccio de diciembre, en la tercera jornada de las borracheras y de las orgías. Era la siesta y muchos dormían.

El regimiento se dividió en escuadrones para penetrar por los cuatro vientos á la selva cerrando todas sus salidas. Y marchábamos en absoluto silencio y anhelosos...

los..., en el instante mismo en que terminaban sus cantares de pitonisas de la tribu:

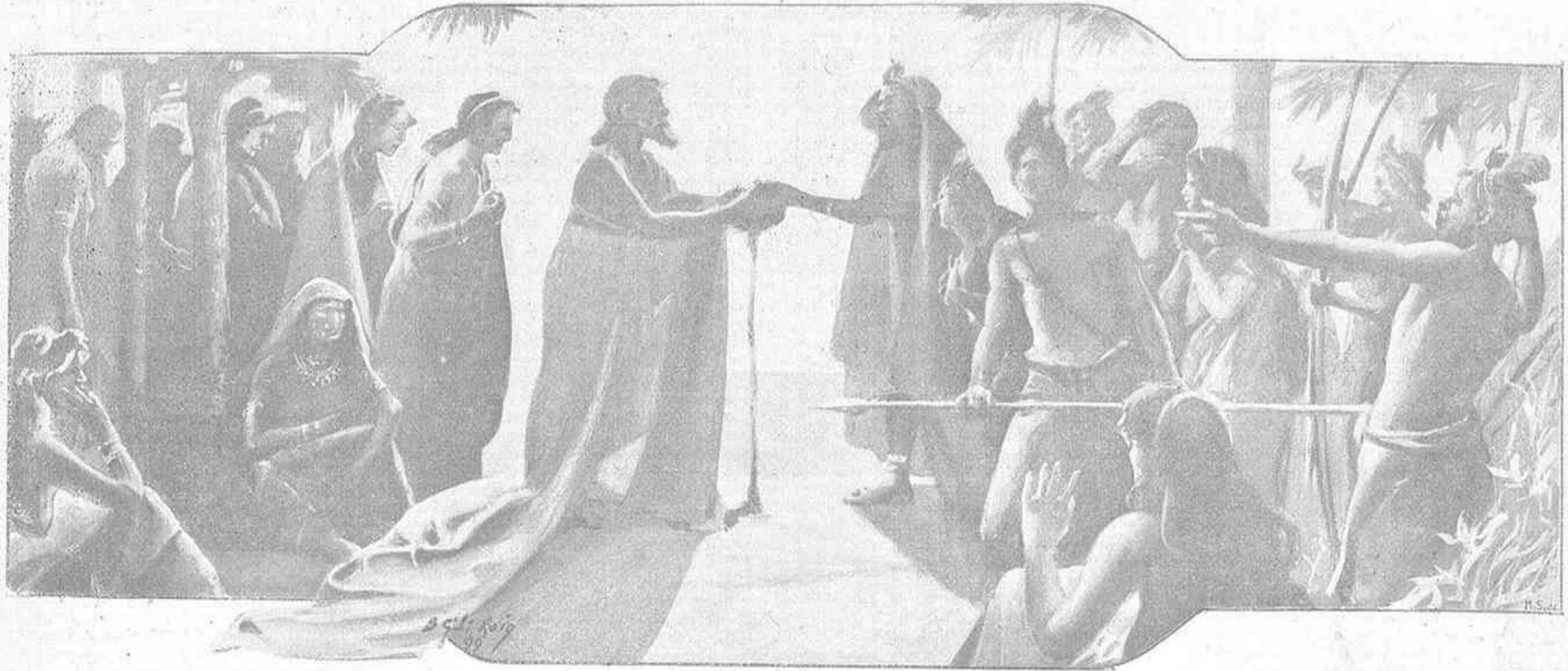
«¡La tierra está tranquila y segura!

»¡El cristiano tiene horror á sus misterios!

»¡Bebamos, bailemos, cantemos al Sol!

»¡Que nos ampare y defienda y alimente el Gran Padre!

»El cristiano está en sus tierras y tiene miedo á la



Mira al Oriente la tribu y se lleva el corazón del potrillo al centro de ella, donde lo recibe el indio de más edad...

de la solemne soledad de la *pampa*, caldeada al mediodía:

— ¡Alto!.. ¡Pie á tierra!.. ¡Saqueen los frenos!..

Y los fuertes corceles, sudorosos, sostenidos por los cabestros, arrancaban ávidamente las plantas secas y amarillentas en el flanco deleznable del médano de *Calquin Leuvú* (1).

El coronel y los ayudantes se adelantaron hacia la cima de la duna desnuda y exploraron el horizonte atentamente...

La selva de *caldenes* (2) estaba próxima y en ella habían desaparecido nuestros exploradores.

* * *

Los bárbaros observan la costumbre de consultar sus sueños fervorosamente; y cuando los agitan en una noche clásica, en la víspera de la fiesta del Sol, por ejemplo, la interpretación de su significado adquiere misteriosa importancia. Ese día se decide la suerte del hombre que sueña bien, porque gozará de una felicidad suprema; y el que sueña mal cae en las sombras de una constante é irreparable desventura. El que sueña en desacuerdo con sus ilusiones pierde toda esperanza de bienestar sobre la tierra, porque así lo dice el oráculo de Dios. Las adivinas se pronuncian después de colgados del árbol los corazones de las víctimas y predicen además la suerte de la nación.

Y ellas habían asegurado esa mañana que el cristiano no invadiría sus tierras.

* * *

Varios camperos llegaron al galope, conduciendo un indio aprisionado, de ancha y chata cara, bronceada, con bigotes ralos, ojos de víbora y musculatura de atleta, más bien desnudo que vestido de pieles raídas de carnero.

Tenía los brazos atados y bramaba arrojando espumarajos sanguíneos por la boca...

— ¡Cristiano flojo!.. ¡Indio toro!.., gritaba al provocar iracundo y á singular combate á sus opresores, que reían con crueldad y desdén de sus enojos.

Era para el indio el toro bravío emblema arrogante y supremo del valor y de la fuerza.

La *toldería* (3) de la tribu se alzaba allí cerca,

(1) *Calquin*, águila; *Leuvú*, río.

(2) *Caldenes*, árboles altos, de ancha copa y madera roja.

(3) El aduar de cabañas de cuero.

* * *

De repente el misterio pavoroso del desierto fué interrumpido cuando las trompas de los cuatro escuadrones tocaron frenéticamente:

— ¡A degüello!..

El tropel de los caballos, la algarada de los soldados, los alaridos de las indias, las maldiciones de los guerreros, el llanto de los niños, el ladrido de mil perros aterrados, la dispersión de los ganados de la tribu, la detonación de las armas, el chasquido de las balas entre la hojarasca resinosa ó marchita y el graznar de las aves de rapiña profanaron aquel recinto sagrado, de súbito convertido en campo de los horrores, de la sorpresa, de la sangre, de la cautividad y de la muerte.

Allí estaba la arena de los equinociales sacrificios, y en su centro, suspendidos en altos maderos clavados á la manera de picotas, el potrillo *porcelano* y el borrego de lana negra. Allí pululaba también el enjambre repugnante de las adivinas, con los pechos y las cabelleras cubiertas de joyas de plata. Sus caras horripilantes tomaron aspectos infernales, sorprendidas por el terror y por la cólera de los espíritus ma-

soledad de los campos y á la lanza de sus guerreros. »Bebamos...»

Y en el escuadrón del coronel sonó un toque nervioso y prolongado:

— ¡Alto el fuego!.. ¡Avanzar al arma blanca!..

Y cien combates singulares se trabaron con los mil indomables araucanos, estrechados en un círculo de acero, como leones hostigados en su jaula.

* * *

De improviso aparecen tres jinetes, radiantes de majestad salvaje, en soberbios y piafantes corceles de pelea, enjaezados de plata. Blanden mortíferas lanzas y traen *boleadoras* en bandolera para defenderse y agredir en los encuentros singulares. Arremeten con furia implacable contra las adivinas embusteras; y en un instante ruedan sus negros cuerpos ensangrentados, exhalando gemidos lastimosos, bajo el casco de los caballos de aquellos genios vengadores de la barbarie sorprendida. El coronel admira á los héroes y corre á salvarles la vida.

— *Peñi*, *anay*..., (4) *no matando*..., *siendo amigos*... ¡Rindiendo hermanos!..

Y un lenguaraz, que acompaña á los guerreros, de estirpe de soberanos jamás vencidos, exclama con voz estentórea:

— Sepan que el cacique *Millá Nahuel* (5) y sus hermanos, solamente se rinden al espíritu del *Huenú Mapú* (6).

— ¡*Huincá!*..., ¡*huincá!*..., ¡*huincá!*... (7), gritaban los caciques enfurecidos.

Y echando pie á tierra, cargaron con el denuedo de los viejos musulmanes sobre la hueste invasora y maldecida del cristiano.

— ¡*Huincá!*..., ¡*huincá!*..., ¡*huincá!*... ¡*Jaa*..., *Jaa*..., *Jaaa!*..

Y el cabo Rozas, desmontado velozmente y dueño de la arena, partió de un sablazo el cráneo de *Millá Nahuel*, mientras sus hermanos morían allí cerca, profiriendo á la faz de sus enemigos, con cólera de héroes impotentes, esta provocación arrogante:

— ¡*Huincá* cobarde!.. ¡*Indio toro!*..

E. S. ZEBALLOS

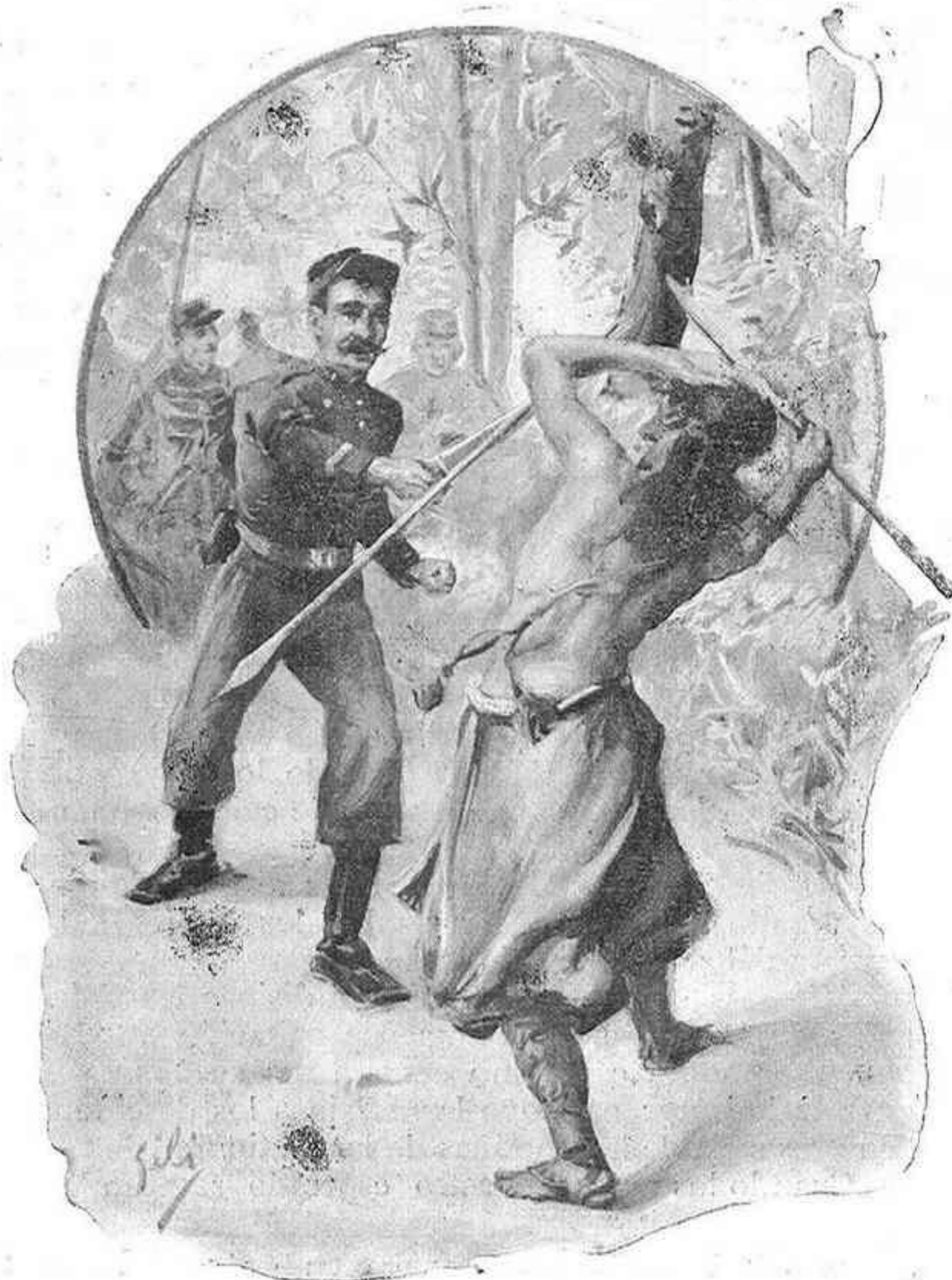
Cavahué, diciembre de 1879.

(4) *Peñi*, hermano; *anay*, amigo.

(5) *Millá*, oro; *Nahuel*, tigre.

(6) *Huenú*, arriba; *Mapú*, país, el Cielo, la tierra del Sol.

(7) *Huincá*, cristiano.



EL PEZ TONTO CASTIGADO (I)

Allá en remotos tiempos, el rey de los dragones, que permanecía soltero, cansado de su soledad, pensó en casarse y bien pronto encontró una digna compañera á quien unir su suerte.

Al fin, un día los médicos, ya desalentados, se declararon impotentes para salvar á la reina, no ocultando su temor de que la enfermedad, que seguía su curso, acabase con la preciosa vida de la paciente.

Entonces la reina llamó al rey y le dijo:

- Yo conozco un remedio que me curará... Búscame un hígado de mono vivo para comérmelo y me restableceré muy pronto.

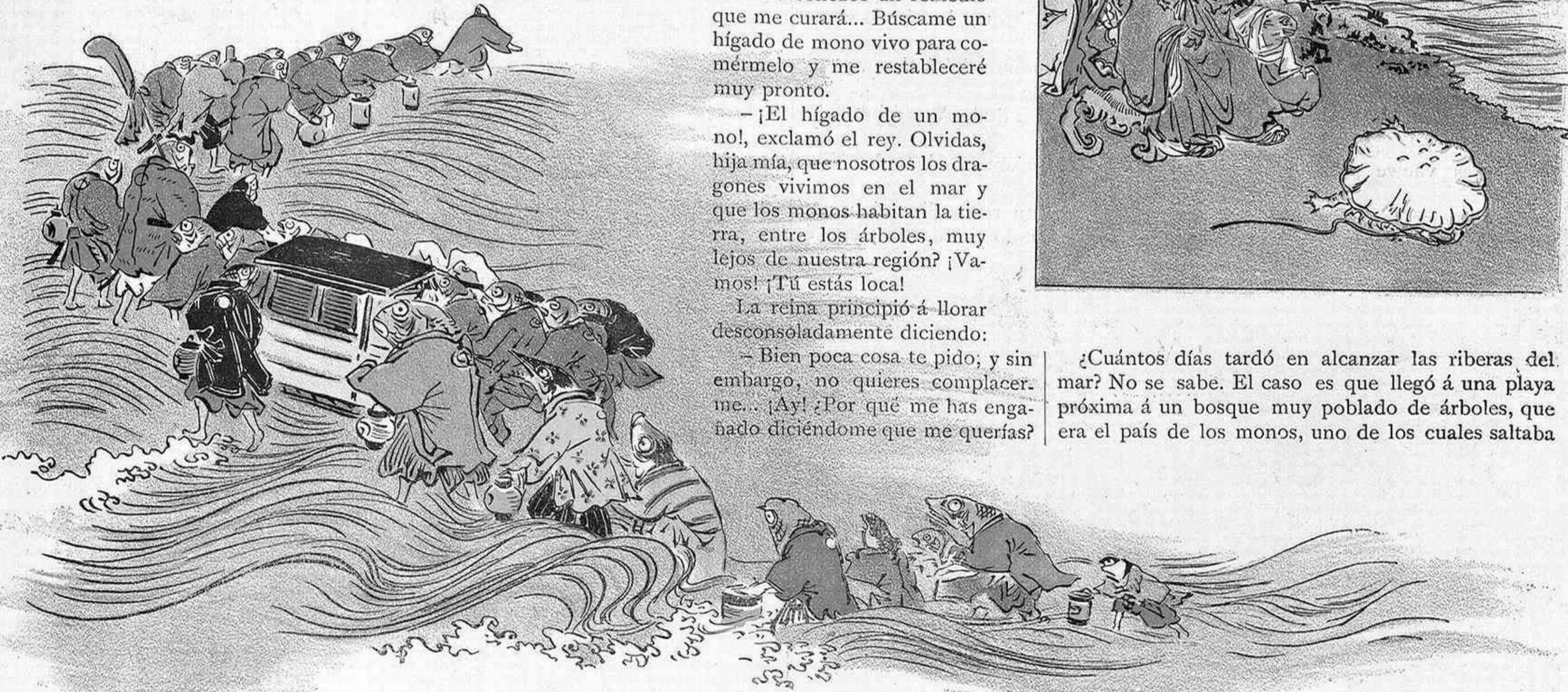
- ¡El hígado de un mono!, exclamó el rey. Olvidas, hija mía, que nosotros los dragones vivimos en el mar y que los monos habitan la tierra, entre los árboles, muy lejos de nuestra región? ¡Vamos! ¡Tú estás loca!

La reina principió á llorar desconsoladamente diciendo:

- Bien poca cosa te pido; y sin embargo, no quieres complacerme... ¡Ay! ¿Por qué me has engañado diciéndome que me querías?



¿Cuántos días tardó en alcanzar las riberas del mar? No se sabe. El caso es que llegó á una playa próxima á un bosque muy poblado de árboles, que era el país de los monos, uno de los cuales saltaba



Era la prometida una preciosa dragonesa de diez y seis años, adornada de todos los encantos y virtudes propios de una reina.

¡Ojalá que no me hubiera separado de mis padres!

El rey de los dragones, muy triste y apesadumbrado, salió de la estancia, y llamando á su fiel criado el pez gelatinoso, le dijo:

- Te voy á confiar una misión muy delicada. Nadarás hasta llegar á la tierra y allí buscarás un mono, induciéndolo á que te acompañe á nuestro reino, que puedes pintarle como el país más hermoso del mundo, donde hallará toda clase de frutos para su regalo. Yo necesito el mono para cortarle el hígado y que la reina, tu señora, que como sabes está enferma de suma gravedad, lo coma, pues es la única medicina que puede curarla.

**

El pez gelatina marchó á desempeñar su misión. En aquella época este pez era como todos los demás; es decir, que tenía ojos, aletas y cola y además dos apéndices que le servían lo mismo para andar por tierra que para nadar en el agua.

ágilmente entre las ramas de un corpulento castaño.

- Buen mono, díjole el pez gelatina, ¿quieres venir conmigo al país más hermoso del mundo?

- ¿Y qué país es ese?, preguntó el mono.

- Es el reino de los dragones marinos, cuyo clima es muy agradable y donde siempre hay frutos maduros en los árboles y no se encuentran esos malignos seres llamados hombres.

- Debe ser aquello muy hermoso, exclamó el mono.

- No tienes idea de ello. Si quieres venir conmigo te conduciré allí, para lo cual basta que te coloques sobre mi dorso.



El mono pensó que sería muy divertido ver un país nuevo. Saltó, pues, sobre el pez gelatina y ambos emprendieron la marcha por el agua.

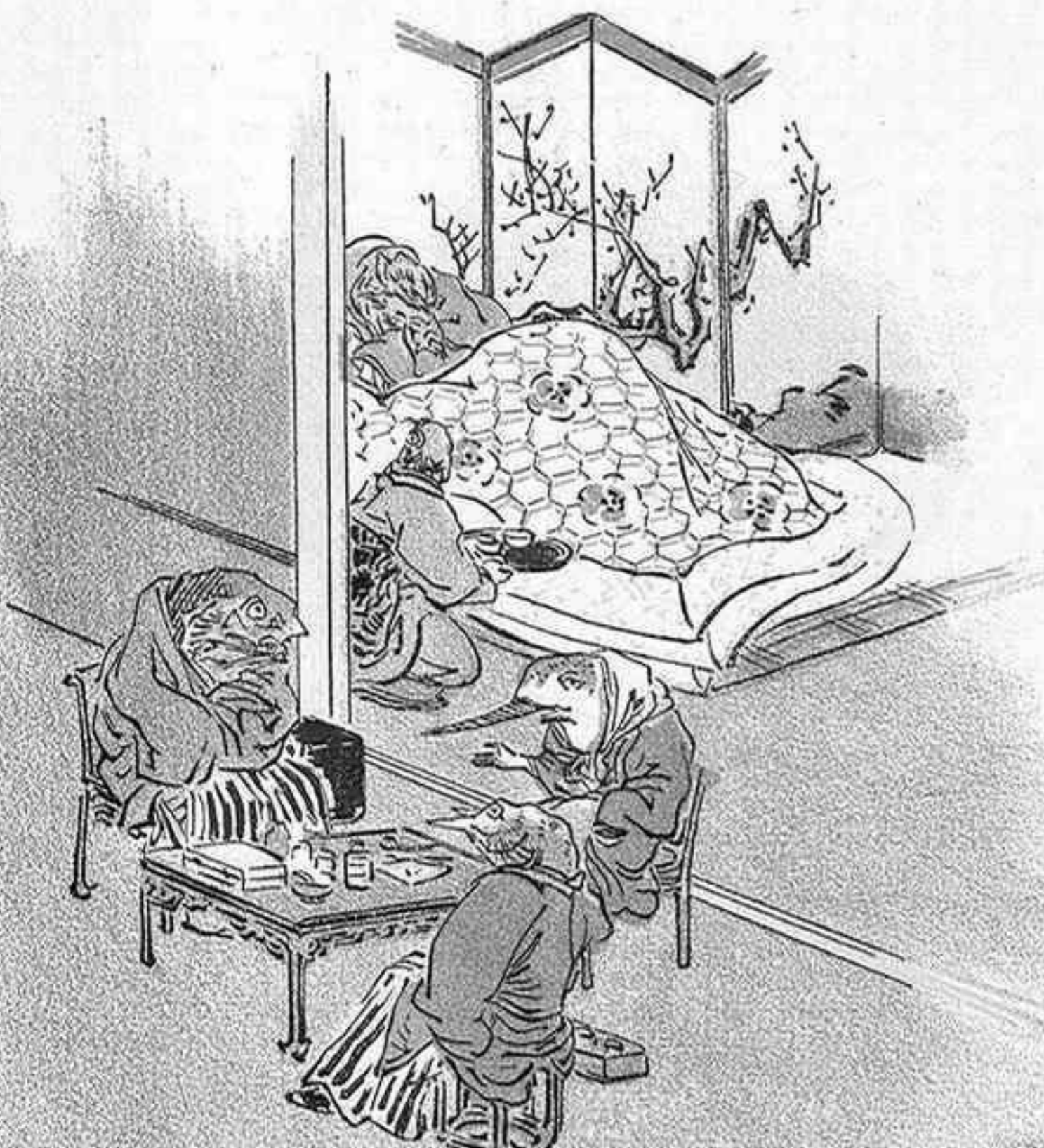
**

A mitad del camino el mono comenzó á sentir ciertos temores, y pareciéndole extraño que un extranjero fuese á buscarle tan de improviso, preguntó á su compañero:

- ¿Cómo es que te ha ocurrido venir á buscarme?

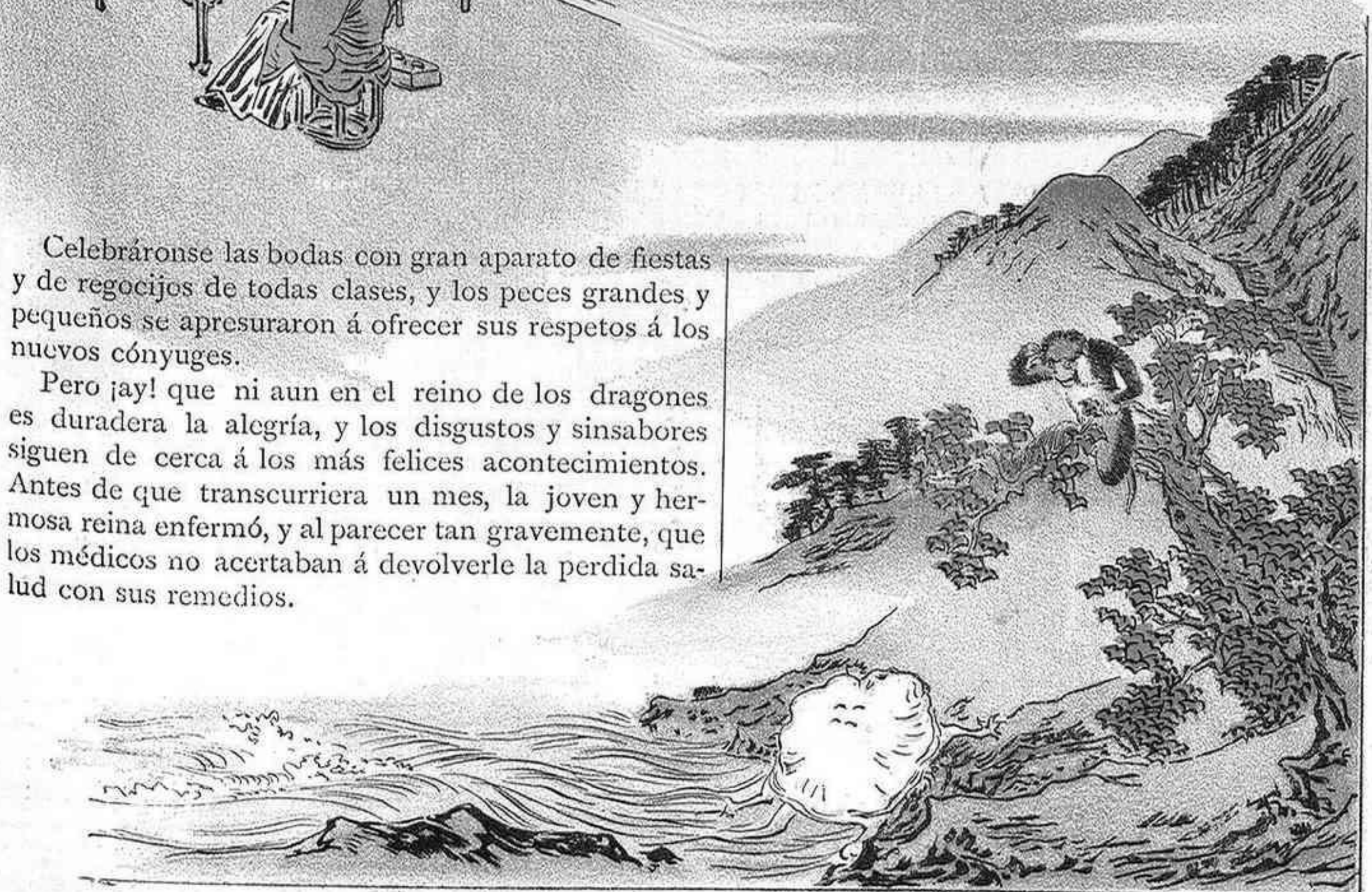
- Mi amo, el rey de los dragones, contestó el pez, te necesita para cortarte el hígado y dárselo como remedio á la reina, que está enferma.

- ¡Oh!.. ¡Conque para eso me llevas!, pensó el mono.



Celebráronse las bodas con gran aparato de fiestas y de regocijos de todas clases, y los peces grandes y pequeños se apresuraron á ofrecer sus respetos á los nuevos cónyuges.

Pero ¡ay! que ni aun en el reino de los dragones es duradera la alegría, y los disgustos y sinsabores siguen de cerca á los más felices acontecimientos. Antes de que transcurriera un mes, la joven y hermosa reina enfermó, y al parecer tan gravemente, que los médicos no acertaban á devolverle la perdida salud con sus remedios.



Y luego, disimulando lo que sentía, dijo:

— Nada podría serme tan agradable como servir á tus reyes, pero es el caso que me he dejado el hígado pendiente de una rama de aquel corpulento castaño en que me viste saltar. Es cosa que pesa mucho y generalmente me lo quito para estar más ligero.

— Pues será preciso ir á buscarle, contestó el pez gelatina, porque nada se puede hacer sin el hígado.

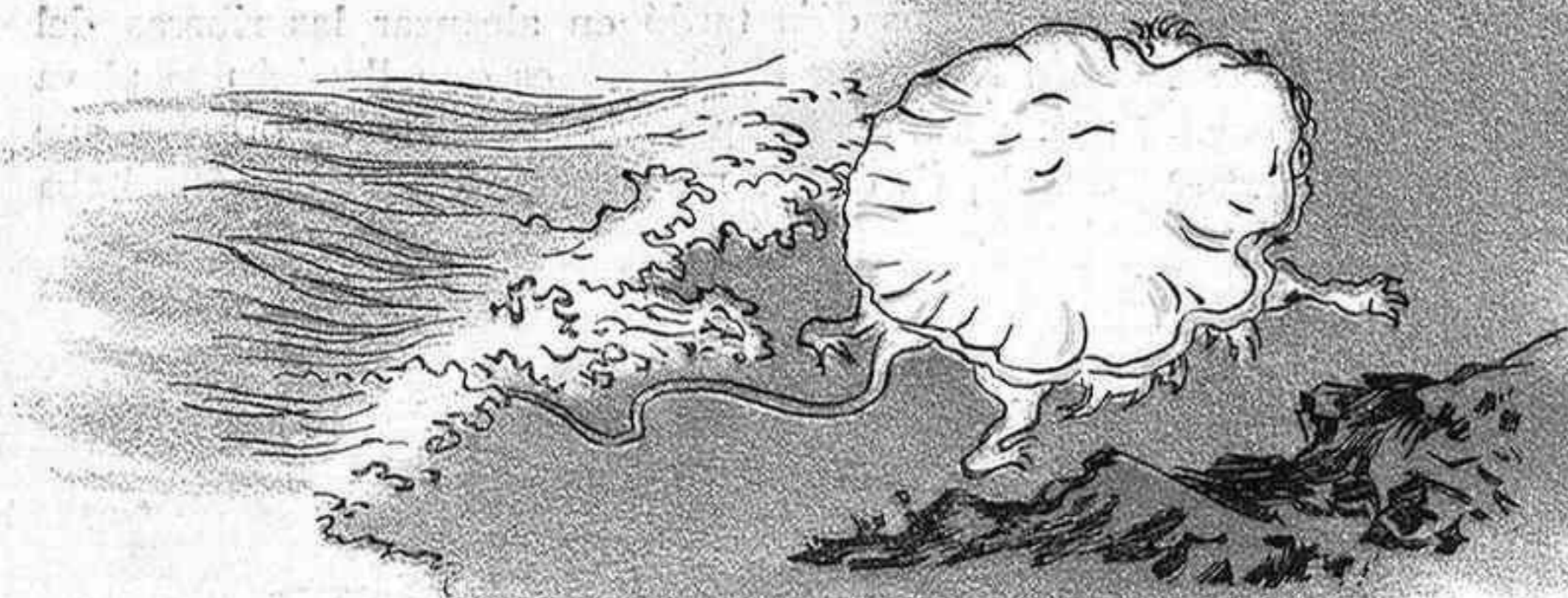
El buen pez, tonto de remate, no cayó en la cuenta de que el mono le engañaba, tratando de evitar que le sacasen los hígados.

Volviéronse hacia la orilla, y al llegar á ésta el mono saltó á tierra, y encaramándose en la rama más alta del castaño dijo al pez:

— Oye; mi hígado no está aquí; se lo han llevado sin duda. Voy á buscarlo por los otros árboles.

— Pues vuelve pronto, porque mi rey se impacientará si tardo, dijo el pez.

— Lo mejor será, replicó el mono, que vuelvas á tu reino, digas á tu rey lo que sucedió y vuelvas por mí, que ya habré encontrado mi hígado y estaré esperándote.



— Tienes razón. Voy á dar aviso al rey y volveré por ti.

* * *

El pez gelatina se puso en marcha por segunda vez, y llegando á palacio dió cuenta al rey de los dragones de todo lo sucedido. Pero el rey, montando en cólera ante la torpeza de su emisario, dijo á sus servidores:

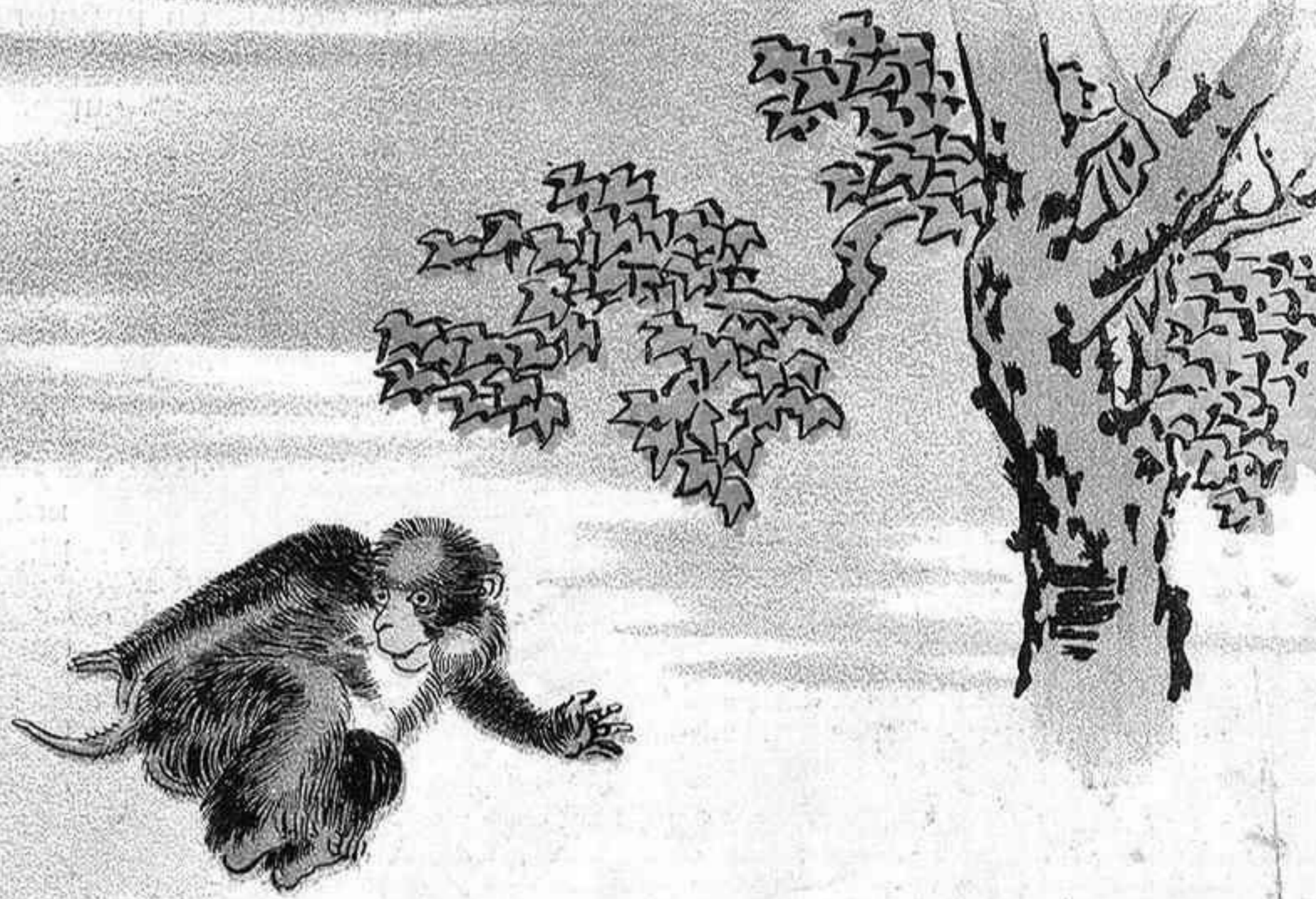
— Llevaos á ese y dadle de palos hasta que rotos todos los huesos se convierta en gelatina.

Los criados del rey cumplieron la orden al pie de la letra, dejando al pez gelatina convertido en una masa pulposa.

Enterada la reina de la aventura del pez y de la orden dada contra éste, se rió mucho, disipándose su melancolía.

Con esto y con un poco de resignación — que es remedio universal para todos los males cuando ya los otros remedios están agotados, — la reina recobró su salud y sus colores, el rey su perdida dicha y el reino de los dragones la tranquilidad que ha tiempo le faltaba.

A. SÁNCHEZ RAMÓN



(1) Los cuentos japoneses que publicamos en el presente número, lo mismo que los grabados que los ilustran, están tomados de una colección de cuentos, fábulas y narraciones populares japonesas publicada en Tokío en francés, inglés y alemán para la enseñanza de estos idiomas en las escuelas de aquel imperio. Por estas muestras podrá juzgarse de lo que es la literatura popular del Japón, literatura cuyas producciones se distinguen por la sencillez de su estilo, por su ingenuidad narrativa, por su carácter poético revelador de una poderosa fantasía y sobre todo por la idea filosófica ó moral que en el fondo de cada una se admira.



LOS RATONES Y SU HIJITA

(FÁBULA)

En las cercanías de una granja que se alzaba entre campos de arrozales, vivía en otro tiempo una ratonil pareja que gozaba de una posición desahogada y del respeto y consideración de todos los ratones de la comarca. Tuvo el matrimonio, entre otros vástagos, una hija tan linda, de agrisada piel tan brillante, de anchas orejas tan derechas y de ojitos tan relucientes, que era el orgullo de sus padres: cuando la ratita estuvo en condiciones de poder tomar estado, convinieron sus progenitores en que sólo podía ser esposo de tal portento el ser más poderoso del universo.

Consultado tan importante asunto con un vecino, díjoles éste:

— Puesto que queréis dar por compañero á vuestra hijita al ser más poderoso, no tenéis más remedio que elegir por yerno al sol, porque es indudable que nadie en el mundo le iguala en poder.

De igual opinión fueron los interesados, y sin esperar al otro día, encamináronse á la residencia del astro rey, á quien expusieron su pretensión y ofrecieron la mano de su amada hija.

— Mucho os agradezco la honra que me dispensáis, respondió el sol, eligiéndome por esposo de vuestra

hija idolatrada; pero ¿podrías decirme qué razón os ha movido á escogerme por yerno?

— Señor, contestaron aquéllos: quisiéramos que nuestra hija se uniese al ser más poderoso del universo, y el más poderoso eres tú, sin duda alguna.

— En parte tenéis razón, replicó el sol; mas habéis de saber que hay alguien más poderoso que yo, y por consiguiente á ese debéis solicitar como esposo para vuestra hija.

— ¿Es posible que haya alguien más poderoso que tú?, exclamaron los ratones en el colmo del asombro.

— Cuando quiero contemplar la tierra, repuso el sol, interpónese á veces una nube que me lo impide: mis rayos no pueden atravesarla ni ahuyentarla; soy impotente contra ella, de modo que lo que habéis de hacer es dirigiros á la nube y proponerle el enlace con vuestra hija.

Asintieron á tan sabio consejo los ratones y fuéronse á encontrar á la nube, ante la cual formularon su demanda.

— Estáis en un error, díjoles la nube al saber de qué se trataba, si creéis que soy el ser más poderoso. Ciertamente tengo poder para tapar al sol; pero nada puedo, en cambio, contra el viento, pues apenas comienza éste á soplar me empuja y me despedaza, sin que me sea dado resistirle.

Y hete á los dos ratones en busca del viento, á quien propusieron que se casara con su hija porque

era su deseo que ésta fuese compañera del ser más poderoso.

— Os equivocáis, díjoles el viento; es verdad que puedo empujar las nubes, pero mi poder no alcanza á vencer á la pared levantada para contener mis ímpetus; no me es dado soplar al través de ella ni vencer su resistencia, de manera que la pared es mucho más poderosa que yo.

Los ratones, continuando su peregrinación, llegaron adonde la pared se alzaba y reprodujeron en su presencia la súplica que al sol, á la nube y al viento habían dirigido.

— Ciertamente, la pared les respondió, tengo poder para resistir al viento; pero ahí tenéis al ratón que mina mis cimientos, se introduce dentro de mí y me agujerea sin poder yo evitarlo. ¡Soy impotente contra el ratón! Obraréis, pues, más cuerdamente en tomar á éste por vuestro yerno.

Alegráronse los ratones cuando tal razonamiento escucharon, y comprendiendo que la pared había hablado como un libro, volviéronse á su casa y casaron á su hijita con un ratón joven y hermoso.

Y no tuvieron por qué arrepentirse de ello: la ratita vivió contenta y feliz con el esposo de su propia clase, y no menos contentos y felices vivieron, contemplando dichosa á su hija, aquellos padres que tan elevado compañero habían querido buscar para su niña mimada. — A.